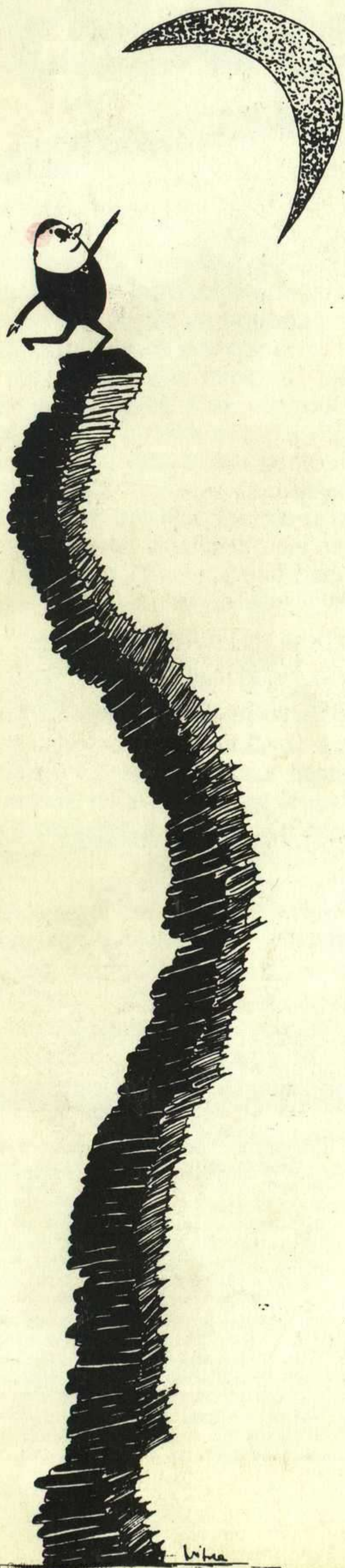


Nuestra

Bandera

REVISTA DE DEBATE POLITICO Y TEORICO EDITADA POR

EL PARTIDO COMUNISTA DE ESPAÑA N.º 143 Febrero 1988 300 Ptas.



PROYECTOS PARA UNA NUEVA ETAPA

- JUAN BERGA
 - ANTONIO GUTIERREZ
 - GERARDO IGLESIAS
 - FRANCISCO PALERO
 - RAFAEL RIBO
 - NICOLAS SARTORIUS
- y un colectivo de economistas

URSS ¿revolución en la revolución?

LEN KARPINSKI Y ADOLFO SANCHEZ VAZQUEZ



S U M A R I O

CONSEJO DE REDACCION

Eulalia VINTRO - Directora
Salvador JOVE - Subdirector
Daniel IRIBAR - Redactor Jefe
Luis ARROYO
Esther BENITEZ
José Luis BUHIGAS
Santiago GARMA
Antonio GUTIERREZ /
Francisco HERRERA
Antonio KINDELAN ✕
Daniel LACALLE
Jordi LOPEZ
Damián PRETEL
José SANDOVAL

Secretaría de redacción y corrección de pruebas:

María GARCIA OSET

Maqueta y confección:

Javier URBEZ

CONSEJO ASESOR

María Antonia CALVO
Andreu CLARET
Ramón ESPASA
Agustín MORENO
Fernando PEREZ ROYO
Nicolás SARTORIUS

Administración y distribución:

MUNDO OBRERO

Redacción y

Administración:

Santísima Trinidad, 5
28010 Madrid
Teléfono 446 11 00 Ext. 126

Fotocomposición:

LASIT.S.A.

Imprime:

Gráficas Ruiz Polo.
Carretera de Alovera, 27
Azuqueca de Henares
Guadalajara
Depósito legal: M.20.166-1977

EN PORTADA, URSS ¿REVOLUCION EN LA REVOLUCION?

- Del octubre ruso a la perestroika. *Adolfo Sánchez Vázquez*..... 4
- El socialismo es una vida normal. *Entrevista a Len Karpinski* . 16

PROBLEMAS DE HOY

- El Sida no pasará sobre mi cuerpo. *Lucía Irigaray*..... 22

DOSSIER PROYECTOS PARA UNA NUEVA ETAPA

- Una política de alianzas para un proyecto transformador.
Gerardo Iglesias..... 28
- El partido como proyecto colectivo. *Francisco Palero*..... 32
- La estructuración del Estado español. *Rafael Ribó* 37
- El Estado federal. *Juan Berga*..... 40
- Repensar la izquierda. *Nicolás Sartorius* 43
- La crisis del orden mundial y la perspectiva económica
al largo plazo. *Jorge Aragón, Juan José Chaperó,*
Eduardo Gutiérrez, Salvador Jové, Javier de Quinto,
Javier Ramos, Antonio Suárez y Enrique Viaña 57
- Una nueva etapa de CC.OO. *Antonio Gutiérrez* 73

Carta de la Redacción

Querido lector:

En vísperas del Congreso del Partido Comunista de España, *Nuestra Bandera* le ofrece en el *dossier* de este número (pág 27 en adelante) un repertorio de *proyectos para una nueva etapa*.

La redacción había decidido, antes del verano, publicar dos números sucesivos sobre el debate congresual del PCE; en ellos escribirían portavoces significados de los diferentes puntos de vista que, enriqueciéndose mutuamente, coexisten en el PCE y en los sectores sociales en que éste está presente; *Nuestra Bandera*, quería ofrecer un panorama de ideas tan amplio y diverso como lo son las inquietudes que se expresan en las políticas y valores de los comunistas.

El obligado retraso con que, por dificultades económicas ya conocidas, apareció el último número de la revista, hace apenas un mes, no ha dejado tiempo material para editar y difundir esos dos números que *Nuestra Bandera* había planificado; usted, lector, y la redacción, no tenemos más remedio que resignarnos con solo éste. La reducción de espacio que ello comporta limita, evidentemente, la amplitud y diversidad de aportaciones; en consecuencia, usted echará de menos, como la redacción, temas, voces y espacio.

A pesar de todo, los siete artículos que aquí le presentamos, divergentes entre sí en ciertos aspectos, como usted comprobará, si no completan el espectro del posible debate congresual del PCE sobre las tareas políticas de la izquierda, sí que son una parte

significativa de él.

Además del *dossier* de *proyectos para una nueva etapa*, *Nuestra Bandera* le ofrece en este número una nueva aproximación a las revolucionarias transformaciones que se están produciendo en la URSS. *Nuestra Bandera* supo ver ya en 1985 -número 132- el significado de las iniciativas del entonces nuevo grupo dirigente del Pcus; fue la primera publicación española que ofreció análisis en los que se hablaba de una ruptura en la rutina de la URSS de los sesenta/setenta. Si esta revista ya entonces pudo intuir hacia dónde iban a ir las cosas en la URSS, ello se debió a que había mirado de frente con anterioridad lo que realmente ocurría en la URSS de Brejnev: con Berlinguer, aquel revolucionario eurocomunista, habíamos constatado el agotamiento del impulso de la revolución de 1917, agotamiento del que solo se podría salir, utilizando las palabras de Shevardze en Madrid, con *una revolución sin armas*. Quienes en el campo comunista no analizaron la época de Brejnev, todavía hoy dudan sobre lo que está ocurriendo en la URSS o simplemente lo condenan porque no lo entienden.

Nuestra Bandera le ofrece ahora en este número (pág 4 en adelante) dos nuevos artículos que le permiten reflexionar sobre la amplitud de la ruptura que allí se está produciendo, ruptura que no está aún asegurada. Tal ruptura plantea interrogantes, algunos de ellos incómodos.

De todos modos, lo importante es que un impulso revolucionario, el de 1917, puede encontrar en una nueva revolución la superación de su estancamiento.

Desafíos para el sindicato

representan ya hoy en Italia el 60% de la fuerza de trabajo.

En los años 60, mi generación también constituyó una nueva fuerza de trabajo. Eramos jóvenes que llegábamos del campo a trabajar en las fábricas y también planteamos nuevos problemas al sindicato, también portábamos una nueva cultura, diferente a la entonces tradicional de la clase obrera. Pero, a diferencia de la nueva clase de hoy, encontrábamos nuestro trabajo como obreros de una cadena: constituíamos una fuerza de trabajo homogénea. Hoy nos encontramos ante

una fuerza de trabajo fuertemente deshomogénea. Ese es nuestro desafío: la construcción de una nueva clase, la de los trabajadores por cuenta ajena (treinta y tres millones en Italia) en torno a la cual habrá que construir alianzas. La línea que puede permitir tal construcción de una nueva clase no puede ser otra que la centralidad del trabajo y el reforzamiento del Estado social.

Hoy el terciario es mayoría; se habla de terciarización del conflicto. Es ciertamente ahí donde nos encontramos con dificultades antiguas y modernas: por nuestra cultura (la perspectiva clasista no ha sido nunca popular en esos sectores) y también por la difícil colocación social de estas capas.

Antonio Pizzinato

Del octubre ruso a la perestroika

Adolfo Sánchez Vázquez

Hace setenta años, —el 25 de Octubre, según el viejo calendario ruso, de 1917— los obreros armados de Petrogrado asaltaban el Palacio de Invierno y al detener a los 13 temblorosos y acongojados miembros del Gobierno Provisional, ponían fin al poder burgués en Rusia e instauraban así el primer gobierno de la clase obrera. Aunque este grandioso paso tuviera sus antecedentes históricos en

la Efímera Comuna de París del último tercio del siglo pasado, no se trataba de una simple conquista del poder sino del derrocamiento, por primera vez en la historia, de todo el sistema de relaciones de explotación del hombre por el hombre, basado en la apropiación privada de los medios de producción. Al derribar el Estado burgués y las relaciones de explotación, se abrían las puertas al

4 URSS



URSS ¿revolución en la revolución?

tránsito a una nueva sociedad, difícil de perfilar aún, ya que no tenía precedente alguno en toda la historia de la humanidad.

Justamente por el pasado que arrinconaba y el futuro emancipador que prometía, el Octubre ruso adquirió desde el primer momento un significado histórico universal. No sólo cerraba y abría un nuevo capítulo de la historia rusa sino que iniciaba una nueva fase de la historia de la humanidad. Ello explica las esperanzas que despertó en los trabajadores y oprimidos del mundo entero, incluso en sectores alejados del marxismo que la había inspirado. Así, por ejemplo, en España los anarquistas de la Confederación Nacional del Trabajo saludaron con entusiasmo el paso transcendental dado por los revolucionarios rusos y en el lejano México, en plena revolución social, Emiliano Zapata expresaba su simpatía a dichos revolucionarios y Ricardo Flores Magón, captando lúcidamente el verdadero significado del derrumbamiento del viejo sistema en tierra rusa, escribía: *La revolución de Rusia no es una revolución nacional sino que es una revolución mundial.*

La facilidad con que los guardias rojos vencieron la débil resistencia de los defensores del Palacio de Invierno, tras los disparos del cañón con pólvora seca del acorazado *Aurora*, podía desdibujar —a una mirada superficial— todo lo que entrañaba aquel asalto —con su ahorro de sangre— del último bastión del gobierno burgués. En ese acto culminaba y se condensaba todo un largo proceso de luchas complejas y difíciles en las que se alternaban éxitos y fracasos y destacaban sobre todo el heroísmo, el sacrificio y la entrega incondicional de los sectores más combativos de la clase obrera, bajo la dirección y estrategia del Partido Bolchevique. Lo que se había ensayado en la escena revolucionaria rusa en 1905 y saldado con una derrota dramática desembocaba victoriosamente 12 años después en el asalto al Palacio de Invierno.

Por qué triunfó

¿Cómo pudo triunfar esta revolución en 1917, como revolución proletaria, tras haber tenido como objetivo primero, que se alcanza de febrero a

abril de ese mismo año, la revolución burguesa, si bien como una revolución burguesa peculiar, específica, rusa?. Pudo triunfar desde el punto de vista de las condiciones subjetivas, por el papel dirigente del Partido Bolchevique, encabezado por Lenin, que a lo largo de esos años, sobre la base de una clara comprensión de la naturaleza y contradicciones de la sociedad rusa, y de los análisis concretos correspondientes, traza una estrategia y las tácticas adecuadas, introduciendo en ellas los cambios exigidos por el movimiento mismo de lo real. Y unido a ello, su combatividad, audacia y energía revolucionarias. Rosa Luxemburgo, que nadie puede considerar sospechosa en sus elogios a este conductor ejemplar, ya que nunca ocultó sus críticas cuando las juzgó necesarias, a los bolcheviques y al propio Lenin, escribió poco después de la Revolución:

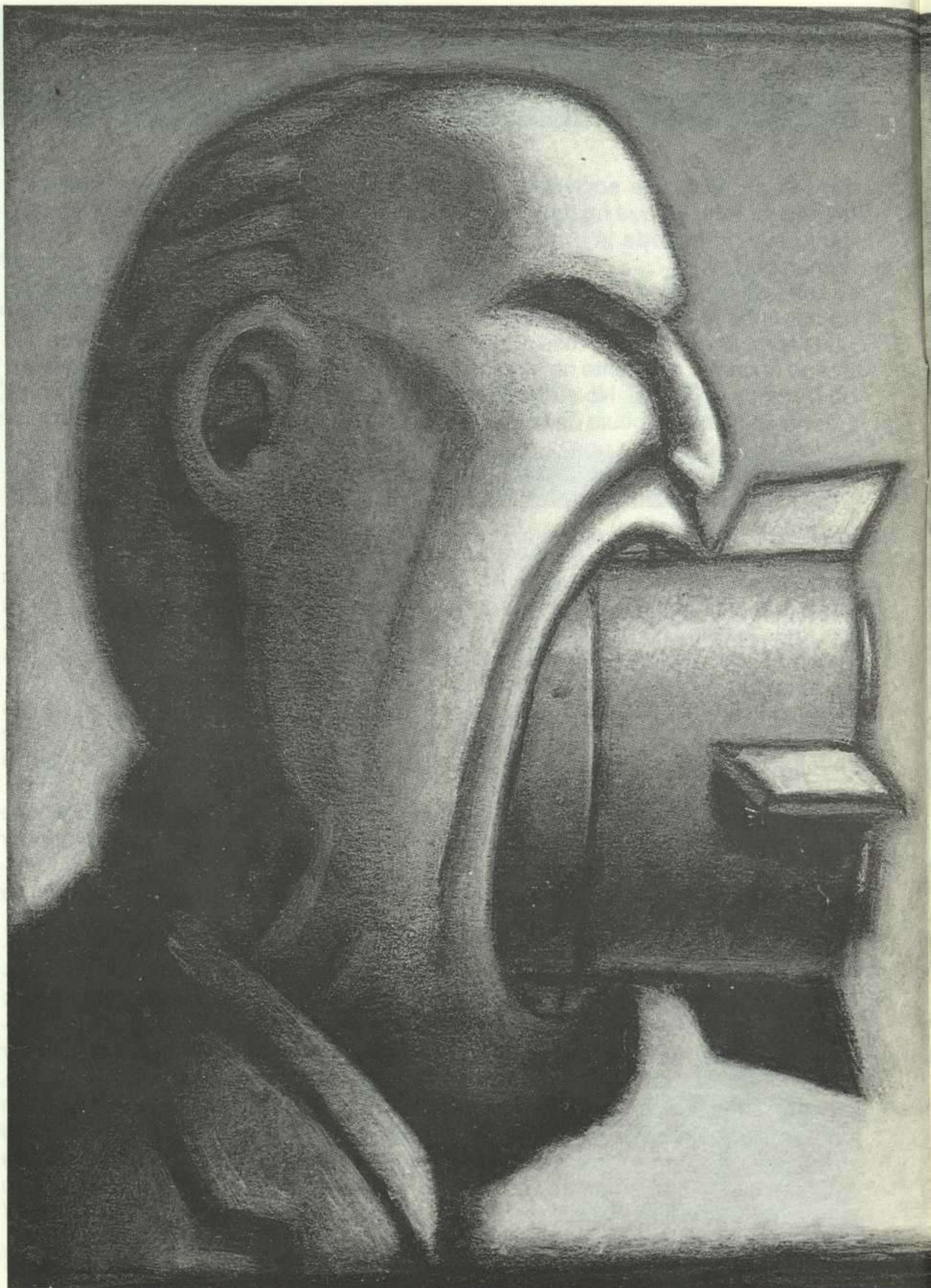
El Partido de Lenin fue el único que comprendió las exigencias y el deber de un partido realmente revolucionario... Todo lo que un partido ha de demostrar de coraje, energía, clarividencia revolucionaria y consecuencia en un momento revolucionario, lo exhibieron con plenitud sus camaradas. Todo el honor revolucionario y toda la capacidad de actuar que le han faltado a la socialdemocracia de Occidente, estaba presente en los bolcheviques. Su insurrección de Octubre no fue sólo la verdadera salvación de la Revolución Rusa, sino también la salvación del honor del socialismo internacional.

Pero junto al papel dirigente cumplido tan plenamente por el Partido Bolchevique, hay que destacar también el papel decisivo desempeñado —y en gran parte por influencia suya— por la clase obrera no obstante su debilidad numérica en el conjunto de la población trabajadora y su concentración en pocas ciudades, particularmente en Petrogrado y Moscú. Ese papel decisivo se había puesto ya de manifiesto en las jornadas revolucionarias de 1905 al surgir de las masas obreras la iniciativa de crear la forma de organización —los soviets— que tan importantísima habría de ser en el proceso revolucionario que culminaría en el Octubre de 1917, justamente como el paso del poder a los Soviets.

“La médula de la reforma radical actual consiste en poner fin a la planificación centralista y autoritaria sustituyéndola por una planificación indicativa compatible con el papel preeminente de la autogestión de los obreros. Esta reforma no sólo tiene un significado económico, sino político y social, pues su aplicación podría desembocar en el tránsito a una verdadera propiedad social de los medios de producción.”

URSS

6



Ideas e historia

Los bolcheviques constituían un partido marxista. Y gracias a la Revolución que ellos inspiraron, organizaron y dirigieron, las ideas de Marx y Engels sobre el carácter transitorio y perecedero del capitalismo y sobre la posibilidad de ser desplazado ante el empuje revolucionario de la clase obrera, se cumplieron. Pero también hay que reconocer que se cumplieron en condiciones históricas que Marx y Engels no podían ni tenían por qué haber previsto: las condiciones propias de un país atrasado, de débil desarrollo capitalista, con una minoritaria clase obrera y una predominante población campesina así como con un

elevado índice de analfabetismo. Por ello, Gramsci, fijándose sobre todo en el capitalismo inmaduro, calificó al Octubre ruso de *revolución contra «El Capital»*. Y por ello no faltaron tampoco los que ateniéndose a la letra de Marx consideraban que, faltas las premisas materiales y culturales del socialismo, la Revolución de Octubre no podía abrir el camino a la nueva sociedad. Ahora bien, la historia real mostraba que por una serie de circunstancias que fueron aplicadas por Lenin con su teoría de la ruptura de la cadena capitalista mundial por su eslabón más débil, Rusia había resultado ser precisamente ese eslabón. ¿Qué hacer entonces?. Y el propio Lenin respondía: construir las bases



que faltaban a partir de las premisas sentadas por la Revolución con el derrocamiento de los capitalistas y terratenientes y desde ellas avanzar hacia el socialismo. La respuesta de Lenin, sin embargo, no excluía la necesidad de tomar en cuenta los riesgos que imponía las condiciones peculiares en que debía llevarse a cabo el tránsito al socialismo.

Los bolcheviques tenían, pues, que avanzar hacia el socialismo en condiciones imprevistas por Marx lo que les obligaba a aplicar su teoría creadoramente, es decir, inventando soluciones, inéditas. Pero, considerando el período anterior a Octubre ¿no habían tenido que comportarse de un modo semejante al

hacer la revolución en las condiciones peculiares rusas lo que les obligaba — y a Lenin en particular— a romper con el esquema revolucionario del marxismo clásico mientras los mencheviques se aferraban a él?

Ciertamente, de acuerdo con esas condiciones Lenin consideraba que, en el periodo de 1905 a abril de 1917, la revolución no podía dejar de ser burguesa, pero a diferencia de las revoluciones burguesas clásicas tenía que ser —y en ello radicaba su especificidad *rusa*— una revolución en la que el papel dirigente correspondiera al proletariado. Y los esquemas revolucionarios clásicos se rompen aún con más fuerza, cuando en sus *Tesis de abril* Lenin considera ya ago-

“No puede considerarse socialista una sociedad en la que:

- 1) la propiedad sobre los medios de producción no es social sino estatal;**
- 2) la burocracia se convierte en una clase;**
- 3) la democracia real está ausente;**
- y 4) el partido único no deja el menor espacio autónomo a la sociedad civil”.**

URSS

tada la revolución burguesa y, en un viraje estratégico radical propone el objetivo, que se realiza el 25 de octubre, de conquistar el poder para los soviets, es decir *por* y *para* el proletariado e iniciar así la transición al socialismo. Aunque los objetivos siguen siendo democráticos —la paz, la tierra para los campesinos y el control obrero de la producción— ya no se trata de la revolución burguesa, sino proletaria. Proletaria por la clase que conquista el Estado y por las perspectiva socialista que abre el poder a los soviets.

De la revolución al «socialismo real»

Las condiciones históricas en que triunfó la Revolución y las enormes dificultades a que tuvo que hacer frente desde el primer momento —atraso industrial y ruina económica, guerra civil e intervención extranjera— puso en los primeros años como objetivo prioritario la supervivencia misma de la revolución y exigió un enorme sacrificio del pueblo ruso y, en particular, del proletariado que quedó prácticamente diezmado después de la guerra civil. Gracias a estos inmensos sacrificios y al heroísmo de los sectores sociales más combativos pudo asegurarse la supervivencia de la Revolución, mantener el poder soviético e iniciar, redobladas las dificultades materiales, la dura, compleja e imprevisible transición al socialismo.

La tarea primordial que se planteaba entonces era justamente la de construir las bases materiales y culturales que habrían de permitir esa transición. Se abordó como tarea central el desarrollo acelerado de las fuerzas productivas y de modo prioritario la industrialización del país.

En el curso de esos primeros años se planteó igualmente como una necesidad vital una revolución cultural que sacara al país del atraso secular en este terreno. Finalmente, al convertirse el reparto individual de la tierra en un freno para el desarrollo económico, se imponía la necesidad de la colectivización del campo.

Las duras condiciones en que tenía que cumplirse estas tareas vitales, y particularmente la de la industrialización, faltos los medios adecuados para cumplirla, obligaron a un esfuerzo gigantesco, a sacrificios inauditos y a un comportamiento heroico por parte del pueblo soviético.

También crearon las condiciones favorables para la centralización rigu-

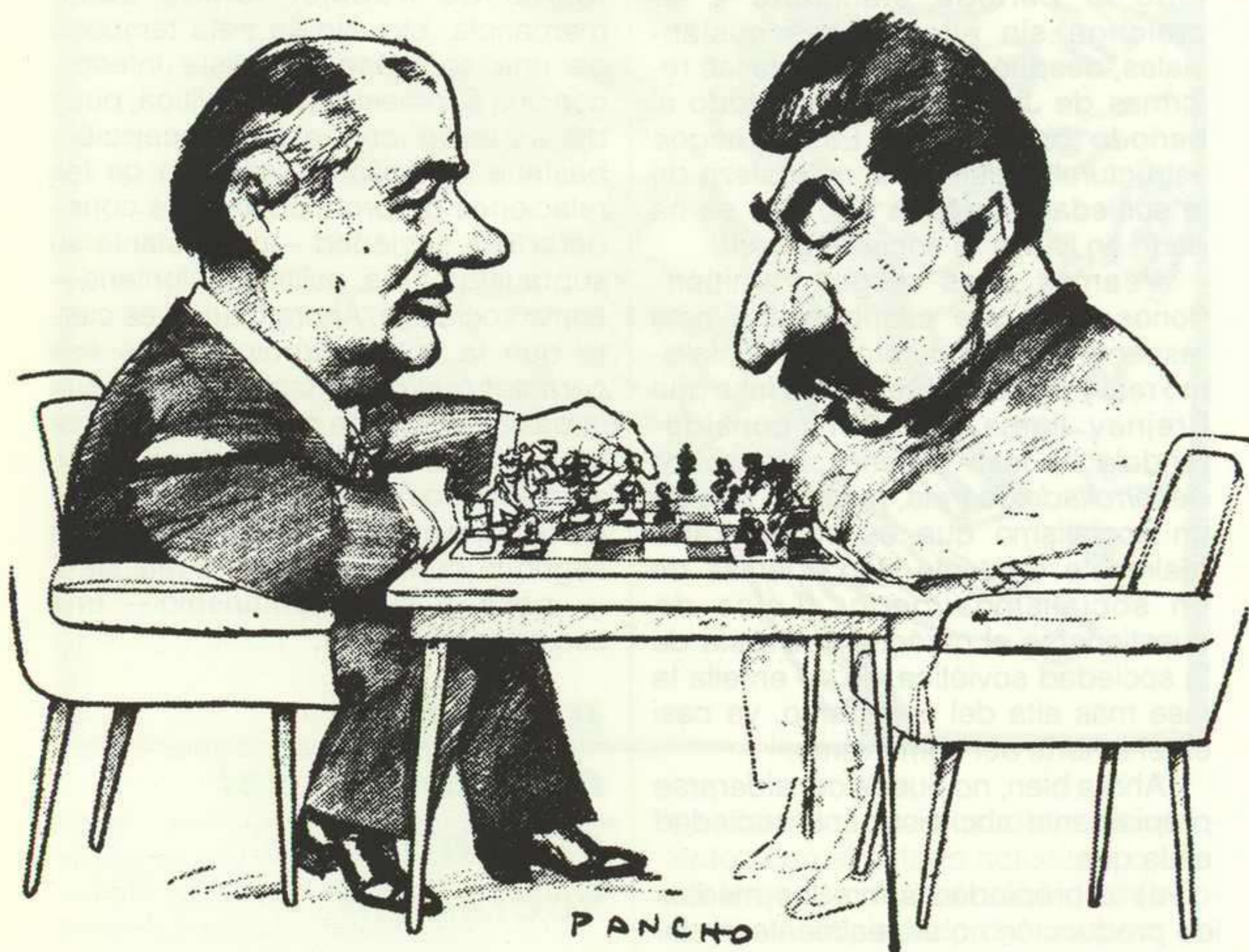
rosa, la limitación de las libertades conquistadas y la extensión cada vez mayor de elementos coercitivos en las relaciones sociales. La dictadura del proletariado se fue convirtiendo en una dictadura del Partido y la función originaria de los soviets fue apagándose cada vez más ante el empuje de los aparatos estatales y del partido. Mientras vivió Lenin, la sustancia democrática ya debilitada fuera del partido, se conservaba aún dentro de él, permitiendo la confrontación de ideas diversas e incluso de plataformas opuestas. Trotsky y Bujarin, por ejemplo, tuvieron una y otra vez la oportunidad de exponer y defender sus posiciones hasta 1927. Limitada severamente la democracia en la sociedad se convertía en una necesidad aún más vital en el Partido. Pero ésta quedó abolida también en su seno y, de este modo, la dirección se concentró cada vez más en su Comité Central y, finalmente, en un sólo hombre: Stalin. Este Partido que, al intervenir en todas las cuestiones de la vida pública, se identificaba con el Estado, fue en definitiva el que modeló, en los años 30, la estructura económica, política e ideológica que permanecerá intangible, durante dos décadas y media y, con ciertas reformas que no afectaban a su estructura, dos décadas más. Esa estructura es la que se conoce como *socialismo real*, expresión ya consagrada, aunque sus apologistas y críticos, viertan en ella un significado diametralmente opuesto. La línea divisoria entre unas y otras décadas, o sea entre el stalinismo y el intento frustrado de reformar ciertos aspectos de él, está representado por el XX Congreso del PCUS de 1956 y por el papel que en él desempeña el informe secreto de Jruschov.

Bajo el puño de hierro de Stalin, se cumplió el objetivo fundamental e inaplazable de construir las bases materiales del socialismo: la industrialización del país a un ritmo acelerado, sin precedentes históricos y la colectivización forzosa del campo. El cumplimiento de ambas tareas tuvo una significación decisiva para la consolidación de la nueva sociedad surgida después de la Revolución. Pero a la vez que exigió esfuerzos y sacrificios inauditos del pueblo soviético, acarreó también un empleo cada vez mayor de métodos administrativos y coercitivos —particularmente en el campo— que condujo a la anulación del potencial democrático de la nueva sociedad.

La dirección del Partido, encarnada por Stalin y el Estado, se fundieron plenamente, y ambos quedaron en

manos de una burocracia que cerraba el paso a todo control o crítica desde abajo o desde fuera. La represión se convirtió en una práctica política justificada teóricamente con la tesis de Stalin de la agravación de la lucha de clases en el proceso de construcción del socialismo. El carácter masivo de la represión staliniana lo prueban eloquentemente estas dos cifras: unas 500 mil ejecuciones capitales entre 1935 y 1939 y unos 7 millones de detenidos al finalizar el periodo staliniano, en 1953. Los militantes del partido fueron también víctimas en gran escala de la represión. Baste mencionar, de acuerdo con los datos de Jruschov

reinado del terror de los años 30 y 40. A partir del XX Congreso, el terror desapareció y se suavizó un tanto la preminencia anterior de los elementos coercitivos, pero el marco estructural del régimen bajo Stalin quedó intacto. La propia expresión con que se condenaba el pasado (*culto a la personalidad de Stalin*) patentizaba los límites de esa condena. De todos modos, la correlación de fuerzas del Partido, dominado por una burocracia que se resistía a hacer concesiones, frustró las reformas de Jruschov y, en primer lugar, sus tímidos intentos de democratizar la vida del partido y de la sociedad.



en el XX Congreso, que 98 de los 131 miembros del Comité Central pagaron con su vida la aplicación práctica de la teoría staliniana de la agravación de la lucha de clases en una sociedad socialista.

No obstante la sangría que representó para el pueblo soviético esta represión monstruosa, y de la que no escapó un porcentaje elevado de los mandos del Ejército, aún pudo desplegar un inmenso, heroico e incondicional esfuerzo en todos los campos para derrotar a la Alemania nazi y reconstruir, de nuevo en un plazo sin precedentes, su economía devastada.

Fue en el XX Congreso del PCUS, de 1956, donde Jruschov denunció abiertamente los métodos stalinianos de dirección, y particularmente el

El periodo posterior al XX Congreso hasta abril de 1985, ocupado en su mayor parte por la dirección de Breznev, se caracteriza —sobre todo al comenzar la década de los 80— no solo por los males ya apuntados —rígida centralización, intervención del Partido en todas las esferas de la vida social, ausencia de democracia, etc.— sino por un estancamiento peligroso en diferentes áreas de la vida social y particularmente en la economía así como por la aparición de elementos de corrupción en la vida espiritual y moral que se ponen de manifiesto especialmente en una actitud pasiva y egoísta hacia el trabajo. Lo que caracteriza a la sociedad soviética al comenzar la década de los 80, después de haber conocido en otros tiempos,

“El ‘socialismo real’ es una formación social postcapitalista —ni capitalista ni socialista— cuya base y superestructura bloquearon de Stalin a Brehnev, el tránsito ideológica y moral fueron una expresión de ese bloqueo. Frente a esa sociedad estancada se propone en abril de 1985 la perestroika”.

URSS

con sus grandes logros y sus terribles costos sociales, un dinamismo impetuoso, es su estancamiento económico, su inmovilismo político y su empobrecimiento espiritual.

Rasgos estructurales del «socialismo real»

Estos fenómenos que afloran abiertamente al finalizar la era de Brejnev se dan en el marco estructural de una sociedad cuyos rasgos fundamentales se perfilan claramente en los años 30, se mantienen con firmeza durante todo el periodo staliniano y se prolonga sin alteraciones sustanciales, después del fracaso de las reformas de Jruschov, durante todo el periodo brejneviano. Estos rasgos estructurales definen la naturaleza de la sociedad soviética o lo que se ha dado en llamar el *socialismo real*.

Veamos esos rasgos remitiéndonos a lo que escribimos a este respecto en 1981 acerca del socialismo real y particularmente a la fase que Brejnev llama en 1967, considerándola su fase superior, *socialismo desarrollado*. Se trata, pues, no sólo de un socialismo que es considerado realmente existente sino además de un socialismo superior. Lejos de cuestionarse el carácter socialista de la sociedad soviética, se ve en ella la fase más alta del socialismo, ya casi en el umbral del comunismo.

Ahora bien, no puede considerarse propiamente socialista una sociedad en la que:

a) la propiedad sobre los medios de producción no es realmente social sino estatal;

b) la burocracia, al poseer de hecho —no de derecho— los medios de producción, se convierte en la clase que controla y dirige el uso y distribución de sus productos y cuyos miembros más altos —la *nomenklatura*— ocupan los puestos clave en la economía y la política, en el Estado y el Partido;

c) la democracia real está ausente, lo que determina que los trabajadores no participen en las empresas ni a nivel estatal en la toma y el control de las decisiones económicas y políticas;

y d) el Partido único omnipotente, fundido con el Estado, interviene en todas las esferas de la vida pública sin dejar el menor espacio autónomo a la sociedad civil.

El socialismo exige por el contrario la propiedad social sobre los medios de producción y una profunda

democratización de la vida social que asegure la participación de los productores en la vida económica y política mediante formas de autogestión y permita asimismo el control cada vez más estrecho del Estado —no ya por el partido único— sino por la sociedad.

¿Qué es, pues, propiamente el *socialismo real* si no es realmente el socialismo?. No se trata simplemente de un *Estado obrero burocráticamente degenerado* dada la ausencia de una verdadera propiedad social sobre los medios de producción, ni de un capitalismo peculiar ya que no se dan las características capitalistas esenciales: producción mercantil dominante, fuerza de trabajo tratada como mercancía, etc. No se trata tampoco de una sociedad socialista inferior, con una supraestructura política, pues de acuerdo con esta concepción, bastaría el carácter socialista de las relaciones de producción para considerar esa sociedad —no obstante su supraestructura política autoritaria— como socialista. Ahora bien, si es cierto que la supraestructura tiene ese carácter realmente también lo es que la base económica no es propiamente sólo socialista, lo que invalida —ateniéndonos al peso determinante de las relaciones de producción— la tesis según la cual el socialismo real sería — pese a su autoritarismo— una sociedad socialista.

Bloqueo y desbloqueo del camino del socialismo

La conclusión a que llegamos es la de que se trata de una formación social postcapitalista, surgida después de la Revolución de Octubre en el proceso de transición al socialismo; una formación social —ni capitalista ni socialista— en la que la base económica y la supraestructura política se corresponde, bloqueando a lo largo del periodo considerado —de Stalin a Brejnev— el tránsito al socialismo. Lo que quiere decir que el socialismo —aunque hace ya 50 años que se proclamó institucionalmente al término de su construcción— está aún por construir. La expresión más aguda y dramática de este bloqueo es el estancamiento económico, el inmovilismo y la degradación ideológica y moral en el período de Brejnev que se prolonga de hecho hasta que en abril de 1985 cae, en esa sociedad estan-



cada, gris y conformista, como una especie de reto, la propuesta de reestructuración que se conoce con el término ruso de *perestroika*.

En verdad no se trataba de un acto súbito, inesperado, ya que la imperiosa necesidad de dar ese paso se había ido engendrando y madurando en un sector de la dirección del Partido, encabezado por Gorbachov, para romper el inmovilismo y el conservadurismo e iniciar así un proceso de transformación profunda de la sociedad soviética. Se trataba de una iniciativa transformadora que —como en el caso de su precedente anterior, las reformas de Jruschov—, dada la naturaleza burocratizada del Estado y la inexistencia de una sociedad civil, sólo podía provenir de arriba frente a la pasividad y el conformismo generalizado y, para los cuales aquello tenía ciertamente, el carácter de un verdadero rayo. Sin embargo desde el primer momento, aquella iniciativa contó con la adhesión de amplios sectores de la sociedad que, sin haber podido

manifestarlo, se mostraban descontentos con el estado actual de cosas, por lo que se representaba de deterioro de la sociedad, de bloqueo del camino del socialismo o de degradación de la imagen que tenían de él.

Dimensiones y contenido de la «perestroika»

La *perestroika* ha cumplido apenas dos años y medio, lo que hace que nuestros juicios acerca de ella sean un tanto arriesgados. Sobre todo si nos atenemos a los ambiciosos objetivos que proclama. No se trata sólo de un remedio urgente —por otro lado necesario— para hacer frente a los males más graves de una situación coyuntural sino que —con palabras de Gorbachov— se trata de *un viraje radical* o de una verdadera *revolución* (*revolución sin disparos* aclara Gorba-

“Las bases del sistema de gestión de la economía fueron establecidas en los años 30. Tal sistema se caracteriza por un centralismo que no deja resquicio de autonomía a las empresas y a los trabajadores ni en las decisiones ni en el usufructo de sus productos. Esos métodos de gestión y planificación han conducido a la economía, según un Informe del Comité Central del PCUS, a una situación sin salida”.

URSS

chov) en el seno de la sociedad soviética. Y esta caracterización del máximo dirigente soviético la hace suya el Partido en una resolución del Comité Central de febrero de 1986 en los términos siguientes: *La perestroika tiene un carácter global y revolucionario... no es un acto aislado y momentáneo sino un proceso que marcará todo un período histórico. Un proceso que concierne a todas las esferas de la vida social, la economía, las relaciones sociales, la supraestructura política, la vida espiritual, el trabajo de los aparatos del Partido, del Estado y de la gestión.*

No se trata, pues, sólo —no obstante el papel importantísimo que tiene en esa transformación global— de la economía. Si queremos destacar lo preeminente en ella, podríamos decir que está en el aspecto político o condiciones políticas de esa transformación.

En su informe del 7 de noviembre de 1987, reitera Gorbachov la finalidad profunda y el largo alcance de la *perestroika*. Su finalidad, dice —es *restablecer en plena medida, teórica y prácticamente, la concepción leniniana del socialismo, en la que la prioridad indiscutible pertenece al trabajador y a sus ideales e intereses, a los valores humanistas de la economía, de las relaciones sociales y políticas, y de la cultura.*

Pues bien, reconocida la dimensión profunda de esta transformación no sólo proclamada sino ya puesta en práctica, ¿cuál es su contenido fundamental en los diversos planos en que se desarrolla —económico, social, político, cultural, así como en el de la visión de ciertos aspectos de la historia que arranca de la Revolución del 17?

Veámoslo con un esquematismo inevitable por razones de tiempo.



Por lo que toca a la situación económica, Gorbachov subraya que *los métodos de gestión y planificación han conducido a la economía a una situación sin salida*. (Informe político del CC. del PCUS al XXVII Congreso) Al decir esto tiene en cuenta una serie de fenómenos negativos que la economía soviética venía ya arrastrando desde hacía años: baja tendencial de la tasa de crecimiento tomando en cuenta los indicadores del ingreso nacional, producción industrial y agrícola; baja correspondiente de la productividad; aumento del desnivel en la eficacia de la producción, la calidad de los productos y el progreso tecnológico con respecto a los países capitalistas más industrializados, etc. Este estado de la economía tiene profundas consecuencias sociales; en primer lugar, repercusiones negativas en el nivel de vida de la población y, en segundo, una actitud de indiferencia del obrero hacia su trabajo, falta de estímulos para realizarlo eficazmente; en tercer lugar se da un conjunto de fenómenos que Gorbachov engloba bajo la expresión de *corrosión social* y que surgen al anteponerse los intereses inmediatos, particulares, a los intereses de la sociedad. Sin desconocer el peso que tienen en la situación de la economía los factores objetivos como el de la competencia militar con el capitalismo impuesto por las necesidades de la defensa, al examinarse las causas fundamentales del estancamiento económico y de sus consecuencias sociales negativas, el acento principal se pone en el sistema de gestión vigente en la economía. Este sistema, cuyas bases fueron establecidas en los años 30, se caracteriza por un centralismo tan riguroso que no deja el menor resquicio de autonomía a las empresas y a la participación de los trabajadores en las decisiones acerca de su propio trabajo y el usufructo de sus productos.

Aunque este método de planificación total permitió en décadas pasadas la industrialización acelerada que hizo de la URSS la segunda potencia mundial industrial, su mantenimiento en las últimas décadas había conducido al estancamiento económico abiertamente reconocido por Gorbachov.

A grandes males, sólo podían aplicarse grandes remedios. Y éstos son los que se proponen con la transformación radical del sistema de gestión.

La médula de esta reforma radical consiste en poner fin a la planificación centralista y autoritaria sustituyéndola por una planificación indicativa compatible con el papel preeminente de la

autogestión de los obreros como dueños de la producción. De acuerdo con lo que proclaman los dirigentes soviéticos, la planificación no desaparece; lo que desaparece es su carácter imperativo, autoritario para dar a la autogestión el lugar central en la gestión de la economía. Y con este fin se aprueba la Ley que reforma el funcionamiento de las empresas con el fin de asegurar su autonomía, su autofinanciamiento y la autogestión de sus trabajadores. Esta reforma no sólo tiene un importante significado económico —el de sacar a la economía soviética de su estancamiento— sino político y social al permitir, en la medida de una ley que se cumpla efectivamente, y se gane una batalla larga y difícil, la democratización económica que debe desembocar en el tránsito a una verdadera propiedad social sobre los medios de producción. Naturalmente, ello implicará una óptima combinación de planificación y mercado, de centralización y autogestión que eviten, no sólo los males condenados de la planificación anterior sino nuevos: la absolutización de los estímulos materiales y el egoísmo de grupo o empresa.

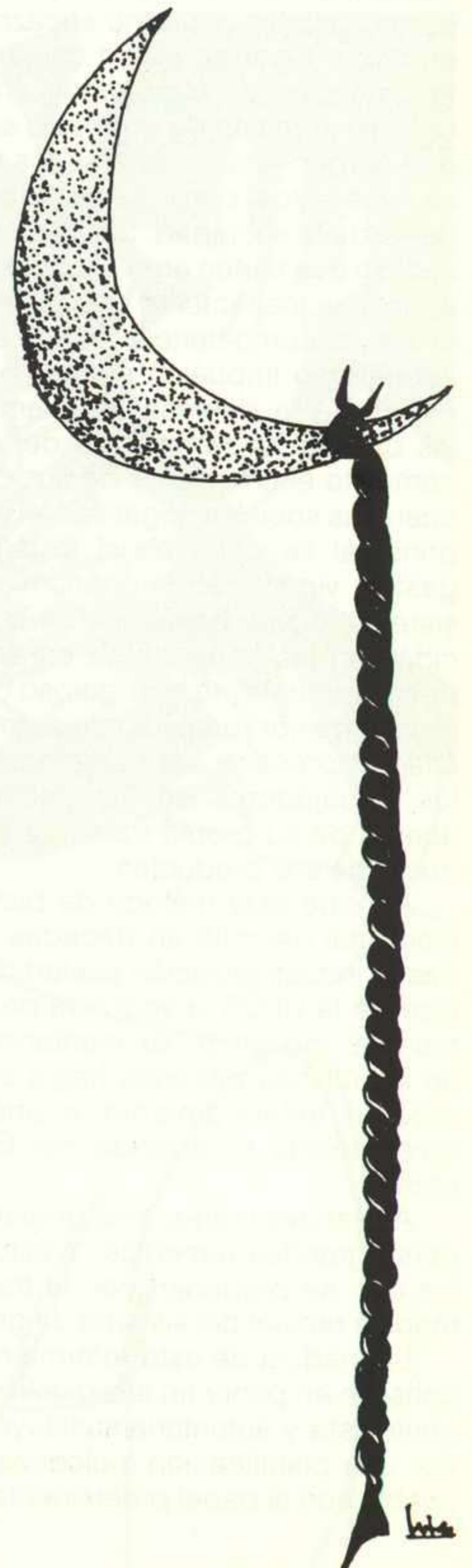
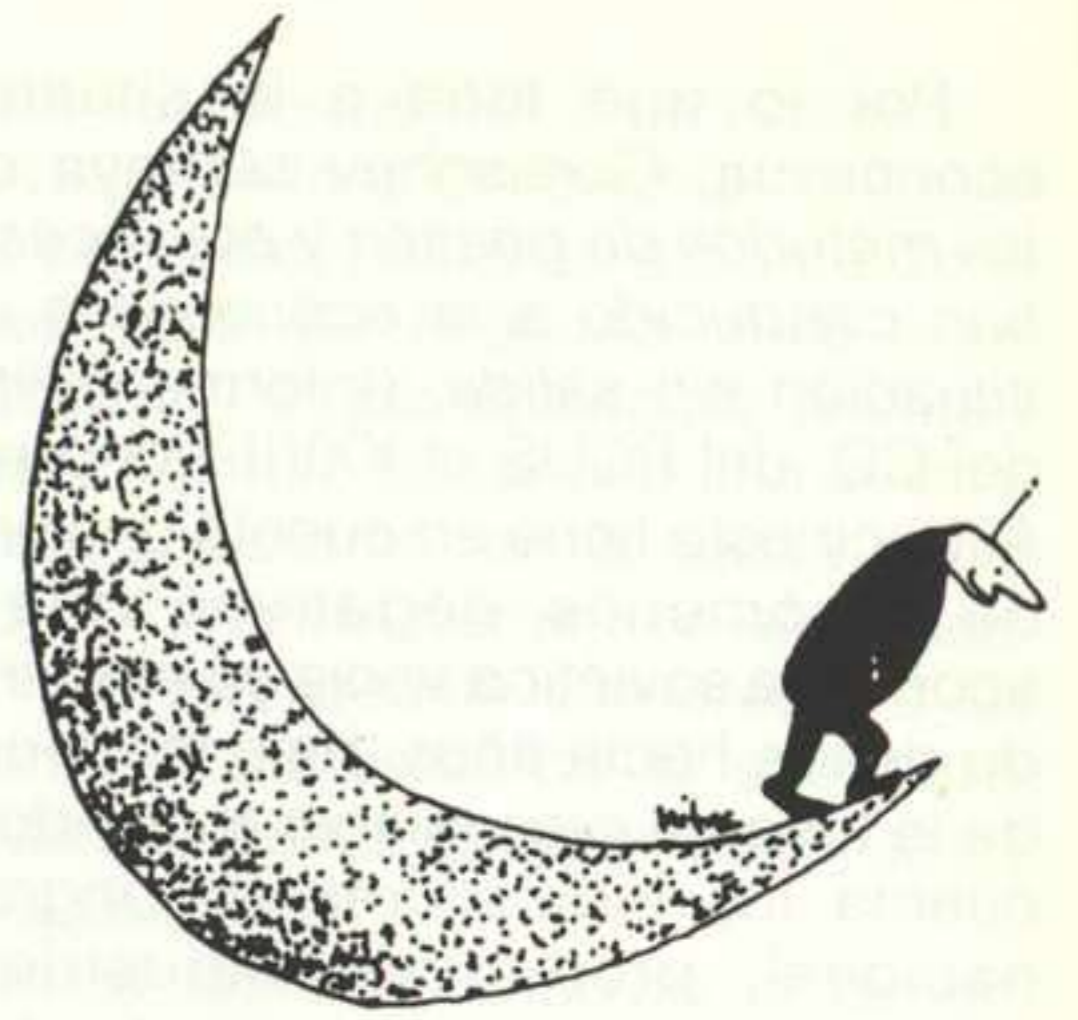
En el terreno político—social, la *perestroika* pretende introducir cambios importantes en la vida del Partido, en el funcionamiento del Estado y la vida social. El papel dirigente del Partido único, promotor de la transformación a la que pretende incorporar, bajo su dirección, a toda la sociedad, sigue considerándose una necesidad vital, aunque se reconoce que el Partido — como dice Gorbachov— *ha de liberarse del complejo de infalibilidad* pues sus dirigentes tienen también derecho al error. Pero, a partir de esta premisa (papel dirigente del Partido tal como se sanciona en la Constitución de 1977) la democratización más profunda y la *transparencia (glasnost)* o acceso a la opinión pública a la información, deben permitir el mayor pluralismo en las organizaciones e instituciones sociales, que en otras épocas —de acuerdo con el papel que se les había asegurado— se limitaban a ser *correas de transmisión*. La democratización de toda la vida social —del Partido, de los soviets, de los sindicatos, organizaciones de la juventud, escritores, cineastas, etc.— se convierte así en el problema clave. De la democratización de la sociedad depende, en definitiva, el destino de la *perestroika* y, a juicio de Gorbachov, no sólo ella sino *el porvenir del socialismo en su conjunto*. Nunca se había vinculado tan estrechamente en la Unión Soviética socialismo y demo-

“El XX Congreso del PCUS de 1956 denunció el reinado del terror de los años 30 y 40; 98 de los 131 miembros del Comité Central habían sido ejecutados; unos 500 mil ciudadanos habían sufrido pena de muerte en sólo cinco años, entre 1935 y 1939; en 1953, al finalizar el periodo stalianiano, había unos 7 millones de detenidos. Pero el XX Congreso que denunció la represión dejó intacto el marco estructural del régimen de Stalin”.

URSS

cracia, pues se trata no sólo de la democratización económica en las empresas sino, como dice Gorbachov en su informe del 7 de noviembre, de *la incorporación real de todos los trabajadores a la solución de los asuntos estatales y sociales*.

La democratización no se limita a la esfera de la política y la economía sino que, junto con *la glasnost* (transparencia en la información) se extiende a todas las esferas de la vida social, a los medios masivos de comunicación (prensa, televisión) despertando una movilización de la opinión pública sin precedentes, impregnando asimismo a la vida cultural en tal forma que, por su profundidad y extensión, Gorbachov ha podido hablar, en el pleno de junio de 1987, de una *explosión de la actividad espiritual*. Las restricciones a la libertad de expresión y creación han sido eliminadas al desaparecer de hecho la censura. Así lo atestigua la publicación de obras malditas en otros tiempos como las del poeta Mandestalm, las de autores emigrados como Nekrasov y Nabokov, las novelas publicadas en el extranjero pero conocidas en la URSS como Grosman, o las prohibidas en los años 60 ó 70 como la de Rybakov sobre el terror staliniano o la de Dudintsdev sobre el *affaire* Lysenko. Y en el cine baste citar una cinta como *El arrepentimiento*, crítica demoledora del poder despótico, para ver hasta que punto han caído las barreras y la censura. La ingerencia arbitraria del Partido deja paso a una política que estimula la actividad cultural y la libre creación en el arte y la literatura. Sin renunciar públicamente al *realismo socialista*, esta expresión ha desaparecido de los discursos de Gorbachov, aunque no se niega el papel del Partido en materia cultural. Y en la prensa soviética, por ejemplo en el número del 25 de octubre pasado de Novedades de Moscú, se publican cosas como éstas; referidas a la esencia de la *prerestroika*: *Se trata no sólo de una ampliación sin precedentes de los derechos y libertades de los ciudadanos ... del control de la actividad de las autoridades por las masas sino de la reestructuración de todo el sistema político de la sociedad. Es indispensable invertir esta pirámide, poner a todos los funcionarios sin excepción bajo control de masas. De este modo, todo el sistema de poder político deberá transformarse gradualmente en «poder del pueblo por intermedio del pueblo» (Marx), es decir, en sistema de autogestión socialista del pueblo, cuando todo se cumple no sólo en interés de los trabajadores, sino*



también por la voluntad de los trabajadores mismos. (palabras del profesor Anatoli Butenko, Doctor en Filosofía). Y en la prensa soviética cada vez aparecen con mayor frecuencia los nombres de Trotsky, Bujarin, Zinoviev, Radek, sin ir acompañados de los epítetos repulsivos del pasado (aunque sin ser rehabilitados todavía lo que justifica un documento reciente, del 31 de octubre pasado, firmado por intelectuales tan destacados internacionalmente como Noam Chomsky, Paul Seewzy, Samir Amin, Perry Anderson y muchos otros en el que piden al gobierno soviético *reexaminar el caso de todas estas víctimas de la perversión de la justicia soviética... seguros de que los acusados de los procesos de 1936-1938 quedará claramente establecida*. Ciertamente, aunque hay que protestar porque este paso no se dé todavía, en relación con la *perestroika* se han planteado públicamente en la URSS la necesidad de analizar el pasado y de colmar, como resultado de estos análisis, lo que se considera las *manchas blancas* de la historia oficial.

Perspectivas de la «perestroika»

Abordemos finalmente, el problema de la caracterización de la *perestroika*. Gorbachov afirma que *constituye el paso más importante que se da después de Octubre en el camino del fomento de la democratización socialista*. (Informe del 7-XI-87). Y como la democracia es inseparable del socialismo, es innegable que se trata del paso más importante en la transición al socialismo al desbloquear el camino que se había cerrado. Pero Gorbachov dice también —como ya vimos— que se trata de una revolución.

¿Revolución o reforma? cabe preguntarse, aunque ciertamente se trata de una reforma profunda, radical. A nuestro juicio, una verdadera revolución tendrá que romper el marco estructural vigente desde los años 30 lo cual significaría: 1) la transformación de la propiedad estatal sobre los medios de producción en verdadera propiedad social y 2) la transformación del poder político en manos de la burocracia en un poder popular, o Estado sujeto al control de la sociedad; o sea: su transformación en un sistema de autogestión social en el que, como decía el profesor soviético antes citado, se gobierna no solo en interés de los trabajadores,

sino por la voluntad de los trabajadores. La *perestroika* no es esto; ni hay condiciones todavía para serlo aunque puede crear desde ahora las condiciones para ambas transformaciones.

Lo importante es que, al romper el inmovilismo político y social, ha desbloqueado hoy por hoy el camino del socialismo. En este sentido despierta las energías dormidas o ignoradas durante largo tiempo del pueblo soviético y cuenta con su apoyo consciente y activo aunque también con la resistencia de los sectores de la burocracia estatal y del Partido que se ven en ella una amenaza a sus intereses así como a su dominio y privilegios; tiene que contar también con la inercia, el conformismo de una parte de la población que sólo anhela que las cosas queden como están.

Por esto cabe preguntarse: ¿qué puede garantizar que la *perestroika* no tenga el mismo destino que las reformas de Jruschov de hace 20 años?. Es una posibilidad que no puede ser descartada. Ciertamente los factores negativos apuntados conspiran contra ella. No hay que descartar tampoco la posibilidad de que se produzca un desequilibrio —buscado o no— que sería funesto, entre la planificación y la autogestión, o sea la inclinación del peso de la balanza hacia un nuevo centralismo o hacia una autogestión deformada por el interés esgoísta o de grupo. La reestructuración o *perestroika* será por ello una batalla larga, compleja y difícil cuyo resultado victorioso, que anhelamos todos los que aspiramos al socialismo, dependerá en definitiva de la participación activa y masiva de los ciudadanos soviéticos. Pero esta participación dependerá a su vez, y con ella la del destino del socialismo en la URSS, de la democratización profunda y cada vez más amplia de toda la sociedad soviética, pues como ha dicho Gorbachov, la democratización es *el alma de la perestroika*. Si, como esperamos y deseamos, esta condición decisiva se cumple, el Octubre ruso, después de una dura y dramática nevegación, tras las tormentas que amenazaban hundirlo y la inmovilidad que lo iba corroyendo, habrá llegado a buen puerto; el puerto del socialismo

“Para justificar la represión, Stalin formuló la tesis de la agravación de la lucha de clases en el proceso de construcción del socialismo”.

[Ponencia presentada en la Mesa Redonda sobre el « Significado actual de la Revolución de Octubre », organizada por el Centro de Estudios del Movimiento Obrero Socialista, de México D.F. el 17 de noviembre de 1987].

El socialismo es una vida

Entrevista con Len Karpinski

Entrevistó G. Paulovski

El 70 aniversario de la Revolución de Octubre coincide con un momento crucial: estamos reconsiderando nuestro lugar en la comunidad mundial y las bases sobre las cuales participaremos en el futuro orden global. ¿Existe una relación entre esas bases y la Revolución de Octubre?

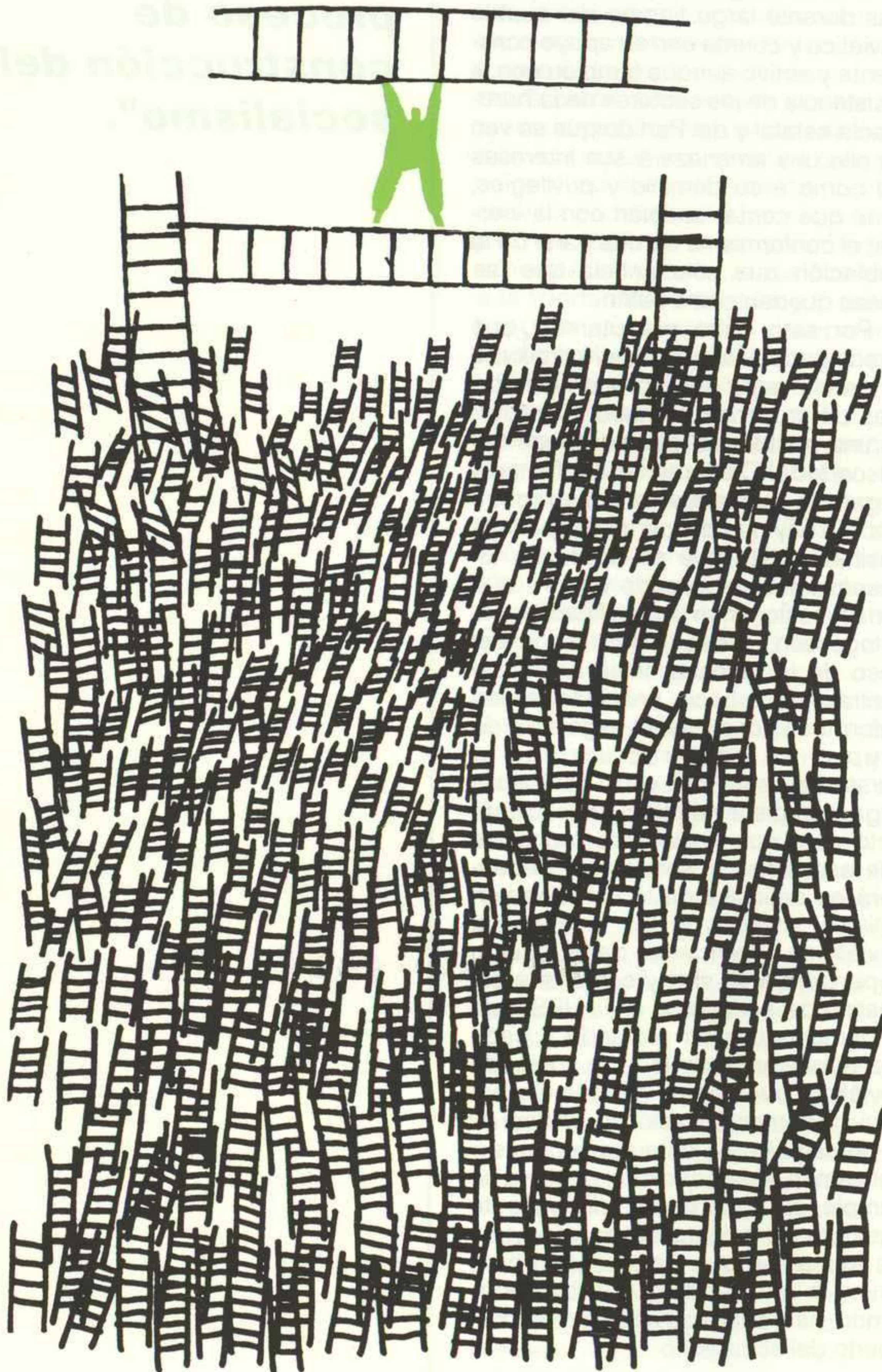
L.K. Estamos conectados de la manera más natural con el desarrollo universal, y la Revolución de Octubre en modo alguno es un *fenómeno local*. El supuesto *atraso* de Rusia de ningún modo fue la causa de los dramas que ha sufrido el país, ante todo, el drama de que, pese a los enormes sacrificios, no hemos logrado el socialismo en la forma en que se lo concebía la gente de los años 20. Se creó algo completamente diferente, una sociedad que a partir de 1930 se desarrolló sobre principios distintos. La inercia de lo ocurrido en los años 30, la inercia del mecanismo económico y político creado entonces fue tan grande que recién después de 1985 hemos podido ponernos de cara a aquellos principios que Lenin había intuido ya en 1921.

G.P. ¿Y usted considera que en esos principios consiste el modelo socialista?

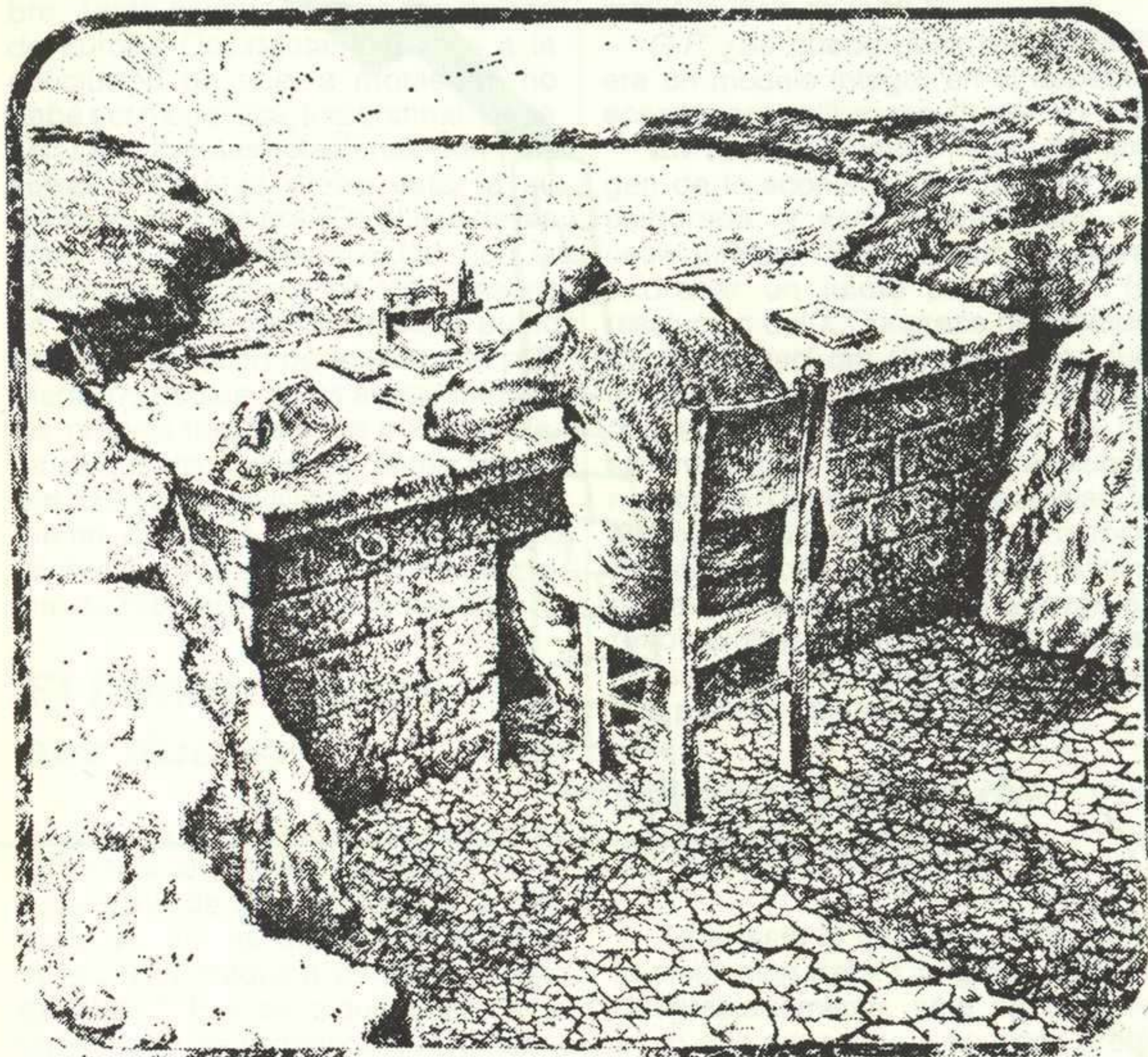
L.K. Sí, en la política que se llamó NEP (Nueva Política Económica), que es valiosa debido a sus principios, aunque no su encarnación concreta. Entre esos principios figura la renuncia al dogmatismo en la idea de la socialización y un enfoque realista respecto al problema de la propiedad. La NEP está ligada al hecho de que la doctrina elaborada por los ortodoxos prerevolucionarios, y que preveía proletarizar la sociedad, era errónea.

La NEP es el socialismo

Me explico. En los primeros años después de la revolución, se suponía, como algo que caía de su propio peso, que todos los miembros de la



MOKAROFF



sociedad debían inmediatamente convertirse en comunistas y ser reformados en proletarios, en los que nada poseen excepto sus manos callosas. Una confusión bastante extraña: precisamente, se intentó, en nombre del proletariado, llevar a buen término la misión que estaba cumpliendo el capitalismo, al separar la propiedad y al trabajador. El postulado de que todos los hombres debían ser separados de la propiedad y convertidos únicamente en trabajadores, pero de ninguna manera en propietarios, en dueños, fue la esencia de la política del comunismo de guerra. Precisamente esto, y no la situación externa de la guerra.

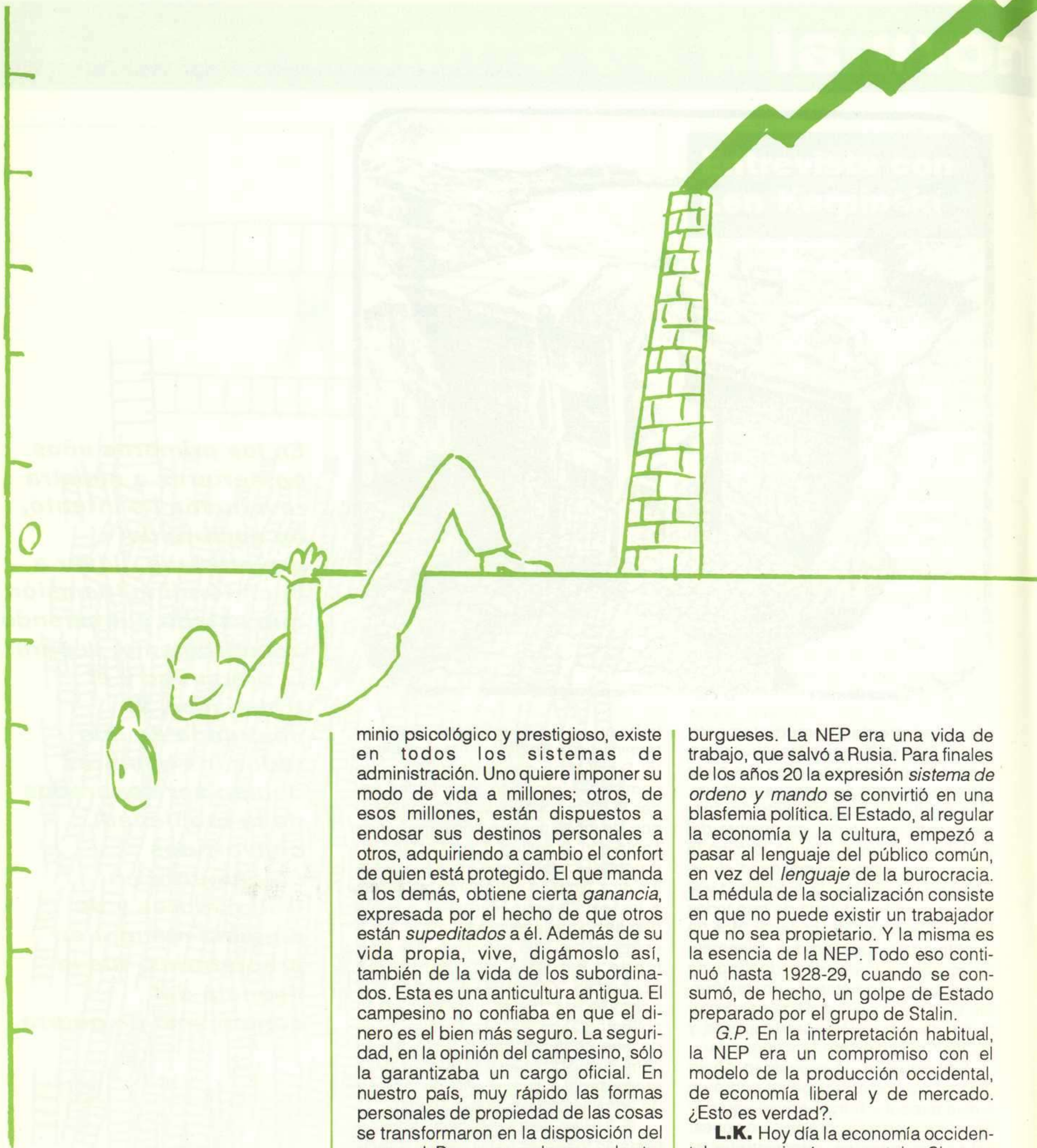
Sin embargo, la propiedad no se dejó *abolir*. Inmediatamente cobró un nuevo aspecto. Surgió aquello que yo llamo propiedad sobre las funciones, sobre los puestos administrativos. Esto es comprensible. No bien despojo a los demás de los caballos y las cucharas, acto seguido debo nombrar a dos funcionarios que van a vigilar esas cucharas. ¿Por qué dos?. Porque el segundo hace falta para controlar al primero... Ya no basta con sólo vigilar, hay que juntar cada día lo despojado con el hombre, para que éste pueda

trabajar. En aquél entonces existía el término *tierra fundida*, y era muy exacto. Significaba que un sinnúmero de comisiones repartían incontables veces la tierra concedida a los campesinos, de modo que el campesino nunca sabía con exactitud dónde estaba su parcela. Hoy labra una, mañana debía ir a otra. No bien entregaron las tierras a los campesinos, surgió el aparato que de noche la retiraba, para volver a entregarla al día siguiente. De ese modo, siempre se mantenían *ocupadas*... Ya en 1921, en el país que acababa de hacer una revolución antiburocrática, había cuatro millones de nuevos funcionarios. Esto era el comunismo de guerra: la reforma de la propiedad y el surgimiento de la clase de administradores burocráticos.

G.P. Pero esta tendencia se manifiesta en todas las revoluciones, precisamente la tendencia de mandar directamente al hombre, digamos, en vez del *autopiloto* de la vida tradicional, pasar a la *dirección manual* de todo y de todos...

L.K. Sí, porque las raíces se remontan a la antropología, a la tradición de predominio de uno sobre otro. En todo el mundo existe el tipo de predo-

En los primeros años posteriores a nuestra revolución se intentó, en nombre del proletariado, llevar a buen término la misión que estaba cumpliendo el capitalismo: separar la propiedad y el trabajador. El postulado de que todos los hombres debían ser separados de la propiedad, convertidos únicamente en trabajadores y de ninguna manera en propietarios, fue la esencia del comunismo de guerra.



minio psicológico y prestigioso, existe en todos los sistemas de administración. Uno quiere imponer su modo de vida a millones; otros, de esos millones, están dispuestos a endosar sus destinos personales a otros, adquiriendo a cambio el confort de quien está protegido. El que manda a los demás, obtiene cierta *ganancia*, expresada por el hecho de que otros están *supeditados* a él. Además de su vida propia, vive, digámoslo así, también de la vida de los subordinados. Esta es una anticultura antigua. El campesino no confiaba en que el dinero es el bien más seguro. La seguridad, en la opinión del campesino, sólo la garantizaba un cargo oficial. En nuestro país, muy rápido las formas personales de propiedad de las cosas se transformaron en la disposición del personal. Parece que el personal estaba en condiciones para aceptarlo. La revolución francesa fracasó cuando intentó mandar al personal, cuando atentó contra la propiedad. Nuestra revolución fué salvada por la NEP: la nueva política económica. Por cierto, los escritores difunden una idea completamente falsa de esa época presentándola como un banquete de

burgueses. La NEP era una vida de trabajo, que salvó a Rusia. Para finales de los años 20 la expresión *sistema de ordeno y mando* se convirtió en una blasfemia política. El Estado, al regular la economía y la cultura, empezó a pasar al lenguaje del público común, en vez del *lenguaje* de la burocracia. La médula de la socialización consiste en que no puede existir un trabajador que no sea propietario. Y la misma es la esencia de la NEP. Todo eso continuó hasta 1928-29, cuando se consumó, de hecho, un golpe de Estado preparado por el grupo de Stalin.

G.P. En la interpretación habitual, la NEP era un compromiso con el modelo de la producción occidental, de economía liberal y de mercado. ¿Esto es verdad?

L.K. Hoy día la economía occidental no es ningún espantajo. Siempre que el Estado desempeña el papel regulador, la economía de mercado es normal. El socialista difiere del liberal no por su actitud hacia el mercado sino por la actitud hacia el hombre: el hombre debe ser dueño de todo el potencial social, cada uno, no unos pocos. El modelo occidental es repugnante para nosotros porque un grupo

de personas se apropia del trabajo de un número mucho mayor de productores. Pero de ello no se desprende que la propiedad no deba ser estructurada en partes adecuadas al hombre. Tanto nosotros, como los países de Europa Occidental llegamos a la conclusión de que la propiedad no debe ser monolítica, impersonal. Debe estar en diversas relaciones con personas concretas, debe estar a su disposición. Este era el proceso de los años 20. Guardaba afinidad con la economía occidental en todo, menos en lo principal, desde nuestro punto de vista: ¿a quién pertenece esa propiedad?, ¿a quienes es asequible?; ¿a los propios trabajadores y los propietarios que distribuyen la renta y procuran, mediante los sistemas de autogobierno, dirigir los procesos sociales, o está reservada sólo a una capa especial de propietarios y gerentes?

El hombre debe ser dueño

¿Acaso lo que hacemos hoy no es desplazar al Estado a la esfera de la regulación de los asuntos generales, para que no se interponga entre el obrero y la máquina en cada puesto de trabajo?. Esto es lo que tenemos en común con los procesos de Occidente, y determina nuestra actitud propia: decimos un *sí* a la propiedad, pero no la privada, sino la colectiva.

G.P. En este caso, ¿no corremos el peligro de un enfoque tecnocrático hacia el hombre en todas sus manifestaciones?

L.K. Sí, a partir de los años 30 y hasta los últimos tiempos en nuestro país se dedicó atención a los modelos tecnocráticos. Tecnócrata es un hombre que se desentiende del problema de la propiedad, y calcula resolver todos los problemas sin la ayuda de la democracia, en un círculo estrecho. En este sentido, la tecnocracia es un ramo de la burocracia, y la burocracia es la propiedad vertida en las funciones administrativas. Comenzamos con la idea de estatalizar la sociedad, y ahora nuestra tarea consiste en socializar el Estado. Resulta que un modelo utópico según el cual *cada uno ejerce el poder* es irrealizable: no se puede gobernar en lugar de los funcionarios. Hay que gobernar junto con ellos, desarrollando todas las formas de gestión colegiada en la esfera de la gestión, limitando esa esfera; por las estructuras democráticas elegibles, que no dejen demasiado espacio a la arbitrariedad del burócrata.

Esto es lo que trazó el Pleno del CC. del PCUS de enero de 1987. Y en esto consiste la médula del análisis que Lenin dió a las lecciones de la Revolución de Octubre, cuando promovió la idea de la NEP.

G.P. ¿Se puede decir que la NEP era un modelo íntegro en el aspecto económico, político y cultural?

L.P. Lamentablemente no. Al margen de lo económico, la NEP no fue elaborada, y esto predeterminó su cese forzoso. Por ejemplo, quisiera expresar un juicio paradójico: la resolución del X Congreso del partido *De la Unidad del Partido* nunca fue cumplida en toda su dimensión. Estoy convencido que, por espíritu, es un sistema único: la NEP y las resoluciones del X Congreso que admitían la autooposición y reflexión en el campo de las estructuras políticas. Al militante del partido se le exigía apoyar las resoluciones políticas adoptadas, conservándose el derecho a adoptar una postura crítica y a discutir.

El desarrollo de la democracia

Todo esto lo contiene literalmente la resolución del X Congreso, lo cual, desgraciadamente, sólo se cumplió en lo que concernía a su parte prohibitiva. El aspecto de la NEP que autorizaba la discusión, no se desarrolló. Esto permitió a la burocracia desarrollarse prácticamente sin control alguno, convirtiéndose subrepticamente en la intérprete autoconceptuada de las resoluciones partidarias. El aparato del partido era insospechable, como la esposa del César. ¡Y lo pagamos carísimo! Enormes masas de personas despojadas de la posibilidad de trabajar normalmente en la tierra, en la producción, en la economía, inundaron el espacio cerrado del aparato estatal, y entonces se produjo la masacre de 1937. Triunfaron los individuos para quienes cualquier uso de la fuerza es una fiesta. Es fácil calificarlo ahora como *exabrupto*. Se trata de un estilo burocrático general, que se manifiesta de una forma extrema de bestialidad departamental. Yo considero que menospreciamos terriblemente al burocratismo como fuerza deshumanizadora. Precisamente en el seno de la burocracia se forma la filosofía de que, para un departamento, es preferible destruir el mundo entero, que permitir poner en duda su potestad. Hoy, para poder avanzar, debemos retroceder a las posiciones iniciales de la Revolución de Octubre

La propiedad no se dejó abolir por el comunismo de guerra. Inmediatamente cobró un nuevo aspecto: surgió la propiedad sobre las funciones, sobre los puestos administrativos. Ya en 1921, en el país que acababa de hacer una revolución antiburocrática, había cuatro millones de nuevos funcionarios. Había surgido la clase de los administradores burocráticos con la reforma de la propiedad.



La médula de la socialización consiste en que no puede existir un trabajador que no sea propietario. Esa fue la esencia de la N.E.P. Todo esto continuó hasta 1928-9, cuando se consumó de hecho un golpe de Estado preparado por el grupo de Stalin. La N.E.P. había sido hasta entonces una vida de trabajo que salvó a Rusia

respecto a la NEP.

G.P. Pero, ¿cómo podemos adecuar al propietario individual la economía de tipo moderno, que es *imparcelable*.

L.K. Bajo el yugo de las capas burocráticas, se produjeron numerosas formas, más o menos aceptables, de la disposición del individuo de su trabajo. Por ejemplo, el contrato por brigada era esa forma espontánea de socialización, lo cual hoy puede desplegarse a escala nacional. Es la forma de participación individual en la disposición de la riqueza social, y esto es justo: la propiedad siempre es *granulada*, personalizada, exige auspicios individuales, y mientras más alto es el nivel de socialización, más se exigen tales auspicios. Hoy, hablamos sin cesar de que el hombre debe ser *dueño*. El contrato por brigada ofrece un modelo de tal dueño. Y demuestra que incluso en los años de

estancamiento, la parte sana del pueblo no se dio a la borrachera ni intentó cobrar más y hacer menos, sino buscó la manera de unir en una sola persona al dueño, al propietario y al trabajador. Esta es la tarea principal del socialismo: hacer que la riqueza creada por la humanidad, sea adecuada y asequible a cada individuo.

G.P. Pero después del fin de la NEP pasaron casi sesenta años. ¿En qué sentido podemos considerar ese lapso únicamente como una *pausa* o un *zigzag*? ¿Acaso los años transcurridos después de la NEP no han dado nuevo principio, que se haya incorporado a la cultura y al carácter nacional?

L.K. En los marcos del sistema de ordeno y mando se logró un incremento económico en flecha, los éxitos industriales y éxitos en la alfabetización. Pero en el carácter del pueblo se notan también rasgos negativos *adquiridos*, debido a que la gente se desacostumbró a la posición

de dueño, perdió la dignidad frente al Estado. El funcionario tampoco es dueño: no puede llevar a casa la fábrica o venderla, pero encuentra una manera de consumo individual: en forma de su prestigio, su importancia departamental, su soberbia funcional y su arrogancia de *prócer*, que fácilmente se transforman en vulgaridad común.

Nótese que el problema de la moralidad dejó de figurar en forma abstracta: hoy, se traduce como un protesta contra el sistema de privilegios que implican los cargos administrativos, sistema que, a mi modo de ver, es parte del sistema de privilegios funcionales. El hombre a quien se le endosa hacer el uso del patrimonio social, no gana nuevos derechos sino más bien los *pierde*: la colectividad y la sociedad asumen el derecho a disponer de él mismo. El funcionario se convierte en monopolista. Este no es un asunto nada fácil. ¿Cómo lograr que la disposición de las riquezas sociales deje de tener la monotonía burocrática?. Este es el problema principal de hoy, el asunto vital del socialismo.

G.P. ¿Vincula usted al estado actual de este problema la actitud sospechosa, a veces, injusta, hacia nuestro país, que adopta Occidente?

L.K. Sin duda. No nos temen como fuerza armada a punto de atacar. No es esto. El miedo de Occidente hacia nosotros es el producto de esa omnipotencia de la burocracia, que llevaba a una idea desesperada, de que no hay salida de tal situación. Claro que semejante *paraíso* atrae a pocos. He aquí la *razón de ser* del miedo, y después, comienza su hábil explotación por la máquina propagandística, los políticos, los industriales. El miedo se convierte en agresividad, capaz de realizar acciones impredecibles. Baja el nivel de la seguridad, decrecen los procesos democráticos aquí y allá. Es nuestro deber ayudar a superar el miedo que la gente nos tiene. Hoy, nos miran con la esperanza de que les exoneremos del miedo: tal vez, podamos proponer al mundo una alternativa que no infunda temores incluso suponiendo que triunfe a escala global...

G.P. ¿Qué permite revisar nuestras experiencias actuales en el tema de Stalin, tal como fue planteada hace veinte años?

L.K. Hay que revisarlo todo, desde el comienzo hasta el fin. No hubo ningún *culto a la personalidad*, era un culto al cargo político y administrativo, el culto al cargo al cual se le dieron funciones supremas. En el caso de Stalin, sin duda se trató de una perso-

nalidad. Y el desarrollo posterior nos demostró un culto al cargo, sin la personalidad.

G.P. ¿No le parece difícil el problema de los individuos que, de manera natural, como una generación, se identifican con este sistema de dirección porque su vida transcurrió dentro de ese sistema?

L.K. Sí, este es un problema nada fácil en el sentido moral, tanto para ellos como para todos nosotros. Pero recordemos a los más fuertes e inteligentes de ellos: son individuos notables, quienes no tanto vivieron su vida gracias a la burocracia, sino a despecho del estilo de ella, e independientemente de que la burocracia usurpó los frutos de su actividad. Los hombres de aquellos difíciles años vivieron en aras de la Patria, en aras de su pueblo, en aras del desarrollo de la cultura, por fin, para sí mismos. Todo esto es inalienable. Ellos trabajaron abnegadamente, superando la fabulosa viscosidad e inercia del sistema. Por algo será que esa generación supo llevar en sus hombros la enorme carga de la guerra.

G.P. ¿Por lo tanto, el sistema de Stalin no fue monolítico en el sentido moral incluso en el periodo de su máxima cohesión? ¿Tal vez, por eso el nombre de Stalin se identificó con la Victoria, precisamente porque en el período de la guerra esa secreta labor moral de cada uno alcanzó su apogeo?

L.K. Es que es muy propio al hombre personificar sus arquetipos morales en alguien. Y el hecho de que la gente, en el combate, defendió a su Patria y su casa con el nombre de Stalin, no es mérito de Stalin, como no es mérito de la exclamación ¡Hurra! el hecho de que la usen.

G.P. ¿En qué aspecto entramos nosotros, como pueblo y como Estado, en el tercer milenio y en la familia de las naciones?

L.K. Ingresamos en la familia de la humanidad con el compromiso de demostrar al mundo qué es el socialismo en toda su gloria y atracción. Pase lo que pase, en el pasado, nadie nos quitó ese deber. Los demás nos miran precisamente en esta óptica. Debemos comprobar que la Revolución de Octubre no fue en vano, que el socialismo no es una quimera, no es un fracaso moral, sino el máximo de la democracia, y el máximo de la dignidad humana. Lo prometimos al mundo en 1917 y esto es nuestro *compromiso socialista*.

G.P. La última pregunta, si hablamos en propiedad, no es la mía, sino de una pacifista norteamericana, una

mujer religiosa que me dijo lo siguiente. Yo confío en Gorbachov, supongamos que ustedes hayan construido el socialismo. Será un socialismo maravilloso, sin par, el socialismo más confortable del mundo. ¡Qué sea así! ¿Pero qué van a hacer, en su incomprable socialismo, los hombres que no quieren ser socialistas?. Posiblemente, nada les amenazará, pero, no obstante, su vida siempre transcurrirá en un aislamiento ideológico y cultural.

L.K. Una pregunta muy interesante, pero tiene respuesta. Si, demandamos *más socialismo*, y, a mi modo de ver, para nuestro país no solo puede plantearse una perspectiva socialista. Precisamente por eso yo insisto en que la idea del socialismo es enriquecida de manera radical, en el sentido de la perestroika. No queremos considerar nada, al margen de la perspectiva. Si nos preguntan: ¿qué van a hacer los que no son socialistas?, y hago otra pregunta: ¿usted cómo entiende la idea del socialismo?. ¿Porqué un hombre no va a encontrar espacio en él?. ¿Desea la empresa privada?. El socialismo lo exige. ¿Desea publicarse en editoriales no pertenecientes al Estado?. El socialismo lo sugiere...

G.P. Quien formuló la pregunta, creo que no se refería a la política, a los negocios, sino a algunos otros modelos culturales y religiosos de la vida, las alternativas al nivel del modo y estilo de vida.

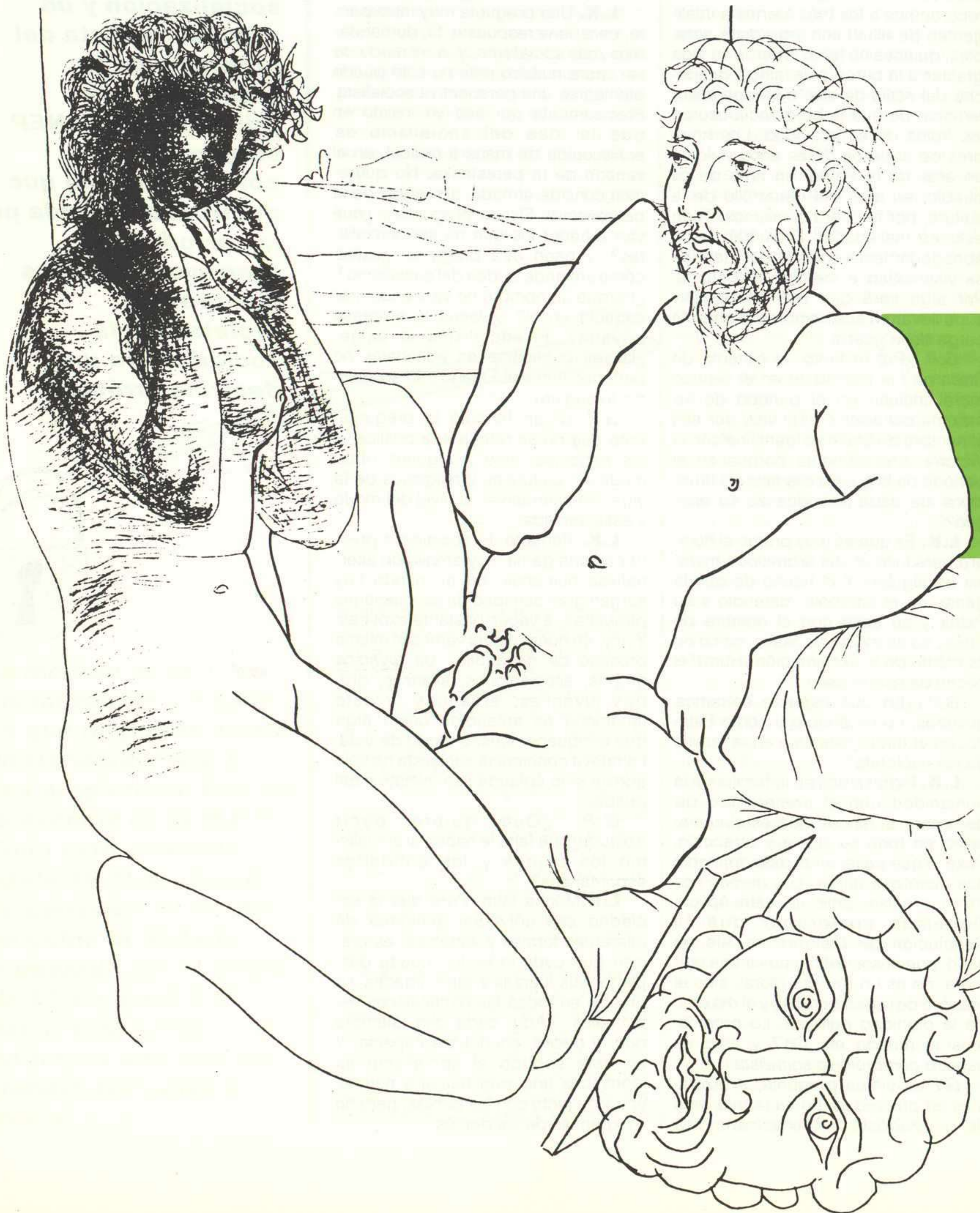
L.K. Perfecto. El socialismo presupone una gama muy amplia de alternativas humanas. En el mundo hoy surgen gran cantidad de asociaciones pequeñas, a veces bastante exóticas. Y hoy, en nuestro país vemos el mismo proceso de desarrollo de diversos grupos, asociaciones, alianzas, grupos juveniles, artísticos, y este fenómeno es aplaudido como algo que enriquece nuestro modo de vida. La nueva conciencia socialista no solo admite sino aplaude esa iniciativa del pueblo.

G.P. ¿Qué quiere decir *aplaude*? ¿qué falta le hacen al socialismo los clubes y las entidades espontáneas?

L.K. Mucha falta. Para que la sociedad sea universal, plétórica de diferentes formas y variantes, es preciso que cada individuo pueda desplegar sus fuerzas y posibilidades, se pruebe en todas las dimensiones espirituales... Aquí cada uno, siempre que lo desee, encontrará espacio. Y en este sentido el socialismo es idéntico a una vida humana normal, una vida junto con los demás, pero no a expensas de los demás.

Los principios de la que se llamó la Nueva Política Económica (NEP) son los principios del modelo socialista. Entre ellos figura la renuncia a dogmatismos sobre la socialización y un enfoque realista del problema de la propiedad. Los principios de la NEP surgen de la constatación de que la doctrina elaborada por los ortodoxos prerrevolucionarios que preveía proletarizar la sociedad era una doctrina errónea.

***Las condiciones de una enfermedad mortal
ante los límites de nuestra ética sexual***



Escuché a un hombre de 25 años, estudiante de filosofía, inteligente, politizado, etc decir, recientemente, que el Sida va a contribuir a crear una ética sexual. Su argumentación era que los amantes, al tener que evitar determinadas zonas erógenas, sobre todo los hombres no tendrán mas remedio que cultivar mas afinadamente sus instintos. Como ejemplos a favor de su afirmación se refería a parejas a las que conocía mas o menos bien. No pongo en duda la sinceridad de este estudiante. He oído razonamientos similares en la radio y en la televisión. Estas afirmaciones me parecen tragicómicas. Una civilización como la nuestra, que se autodefine evolucionada, necesitaría, según eso, de catástrofes para progresar en el campo del amor. Similares concepciones de la ética sexual llevan implícitas el tufillo de las concepciones mas represivas e ideológicas de las religiones occidentales: para purificarse, es necesario ser puesto a prueba; la sexualidad es el pecado y la enfermedad representa en el fondo la

tar ya en condiciones de alejar de sí los elementos patógenos.

¿Por qué, entonces, esta proliferación de enfermedades mortales en una época de civilización evolucionada como la nuestra? Mi hipótesis es que esta época somete nuestro cuerpo y nuestro espíritu a agresiones permanentes que poco a poco destruyen los mecanismos inmunológicos. Me sorprende que los médicos no lo digan. ¿Tienen quizás interés en que la enfermedad prolifere porque es rentable, porque está en el origen de sus beneficios económicos o narcicistas? ¿O también ellos están ciegos? Habitados al uso de las mediaciones tecnológicas en la lucha contra la enfermedad, ¿se han olvidado de qué cosa es un cuerpo que vive? ¿Piensan que agresiones continuas pueden entre otras cosas predisponer al cáncer, al Sida,

El SIDA no pasará por mi cuerpo

vía de salvación. Por lo tanto, ¡feliz Sida que nos liberará de la tentación, que nos llevará a la sabiduría, limitando de paso -incidental y subrepticamente- la tasa de natalidad! .

Me alegro si los que son golpeados por el Sida pueden encontrar en ese tipo de razonamientos compensaciones psicológicas y consuelo. Pero que hombres que se dicen libres, y que no están enfermos, sostengan que el Sida puede convertirse en la solución de nuestros problemas sexuales no resueltos demuestra el subdesarrollo de nuestra cultura sobre estos problemas. Tal subdesarrollo puede también ser, quizás, una de las causas que favorecen la difusión del Sida y de algunas otras enfermedades de nuestro tiempo. De hecho no todos enferman en las mismas circunstancias. Para que un cuerpo sea golpeado en su integridad es necesario que su equilibrio esté ya comprometido. Esto es verdad para todas las enfermedades. Y es evidente de modo casi grotesco para las llamadas enfermedades de inmunidad como el Sida. En realidad todas las enfermedades son enfermedades de inmunidad. Ser enfermo deriva de no es-



porque debilitan nuestra economía biológica, sobre todo la hormonal? ¿Es necesario ser mujer y ser terapeuta de la psique para saberlo o para decirlo?.

Curar es bueno, prevenir es mejor. Intervenir en sentido médico en la vida de una persona significa entrar prepotentemente en su universo. Significa, de alguna manera, violar su mundo y hacerla dependiente. Significa también limitar el derecho a la palabra, porque frecuentemente los enfermos no entienden nada de la jerga médica y de los razonamientos que determinan una diagnosis y una cura. La relación médico/enfermo recuerda algo a la relación de poder sexual aún existente entre muchas parejas. Esto último no pone en duda la dedicación del médico sino la educación sexual, que no se refiere solo a la vida privada sino también a las relaciones sociales en general. Así el privilegio de hacer ruido, meterial o espiritualmente, es un privilegio masculino. La mayor parte de los hombres disfruta al manejar ante los otros,

sobre todo ante mujeres, máquinas ruidosas. Sus miserias sociales se desvanecen al volante de un cacharro cuyas prestaciones, necesariamente ruidosas, prueban su potencia sexual.

Los hombres tendrían que experimentar una reeducación sexual interesante, como la impuesta por el Sida. Personalmente sugiero a las madres actuales que no enseñen a sus hijas a hacer como los machos, sino que enseñen a los chicos a tener las mismas virtudes sociales que las mujeres manteniéndose sexualmente hombres: saber permanecer en silencio, hablar bajo, abstenerse de juegos ruidosos y guerreros, atender a los demás, practicar la humildad y la paciencia, etc. Respetar estos hábitos, que a menudo son simples hábitos de buena educación, no interferiría la economía de la sexualidad masculina. Por el contrario, contribuiría a no disipar la energía en estereotipos sociales que nuestros últimos descubrimientos sobre sexualidad tendrían que hacer desaparecer ya. Una práctica educada de la sexualidad debería hoy poder distinguirse del uso de cualquier arma, del pavoneo ruidoso, del hablar en voz alta, del pretender tener razón, del hacer de la propia teoría un instrumento de

24



guerra, etc. Nuestra liberación sexual debería cambiar imperceptiblemente nuestro ámbito socio-cultural. Los coches conducidos por hombres no deberían hacer mas ruido que los conducidos por mujeres. También los conflictos entre hombres o pueblos de hombres deberían poder ser tratados educadamente, amistosamente.

Es difícil imaginar hasta qué punto son extraños juegos sexuales entre hombres todos estos comportamientos, que invaden la mayor parte de los discursos políticos, que determinan los compromisos civiles, que se tragan capitales enormes, que contaminan nuestro ambiente de precauciones militares, que amenazan



nuestras vidas y nuestra salud psíquica y moral. Constituyen desde hace siglos nuestro horizonte. En lo que concierne a la vida, nuestras civilizaciones están habituadas a destruir lo que han adquirido. Esta economía reproduce de modo extraño la economía de la sexualidad masculina descrita por Freud: tensiones, retorno a la homeóstasis. Pero esta economía es la ley ahora y siempre; nos hace enfermar directa o indirectamente, incluso a través de la ciencia médica.

Un camino de salida de este paisaje cultural que corresponde a una sexualidad que afirma de sí misma que es única y masculina (a lo mas neutra, qué concesión) consiste indudablemente en educar de otro modo a los chicos y en modificar el comportamiento social de los hombres. Esta medida me parece tanto mas necesaria cuanto mas veo que la denuncia constante de la guerra va unida a la proliferación de juegos y de juguetes guerreros, a imágenes y comportamientos civiles agresivos, lo que no contribuye a proporcionar claridad y paz en el alma de los niños y de los adultos.

Cultivar la propia sexualidad no consiste en hacer otro niño, sino en transformar la propia energía sexual para poder cohabitar de modo placentero y fecundo con los demás. La sociedad no debería rechazar los instintos sexuales, ni negarlos o anularlos o relegarlos a la infancia o a la animalidad; debería en vez de eso hacerlos reentrar en una subjetividad individual y colectiva capaz de respetarse a sí misma, a las personas del propio sexo y del otro, capaz de respetar al pueblo, a los pueblos. Estamos bien lejos de eso. Recurrir a la enfermedad par resolver nuestros problemas, para destruir toda subjetividad, corresponde a realizar gestos sexuales primitivos y poco responsables.



Nuestra Bandera

es LA IZQUIERDA

es parte de la historia de las ideas
y de la lucha de los comunistas.
SUSCRIBETE a la revista teórica
y política del Partido Comunista
de España

Nombre

Dirección: Calle

..... n.º D.P.

Población Provincia

Deseo suscribirme por un periodo de ocho números, renovable automáticamente a partir del número...

SUSCRIPCION POR OCHO NUMEROS

España	2.250 ptas.
Europa y Norte de Africa ..	2.950 ptas.
América y Africa	3.950 ptas.
Ásia y Oceanía	4.150 ptas.

MODO DE PAGO (señalar con una cruz):

- Reembolso (sólo para España).
- Talón bancario nominativo a favor de NUESTRA BANDERA.
- Giro postal núm. (adjunto resguardo).
- Recibo domiciliado en cuenta corriente. (En este caso rellenar el boletín adjunto.)

..... de de
Firma

Enviar en sobre cerrado.

BOLETIN DE DOMICILIACION BANCARIA

Dr. Director del Banco (o Caja de Ahorros)

Agencia, con domicilio en

Población D.P.

Provincia

Titular de la cuenta

Número de la cuenta

Les agradeceríamos tomen nota de atender hasta nuevo aviso, con cargo a mi cuenta, los recibos que a mi nombre le sean presentados para su cobro por NUESTRA BANDERA.

..... de de

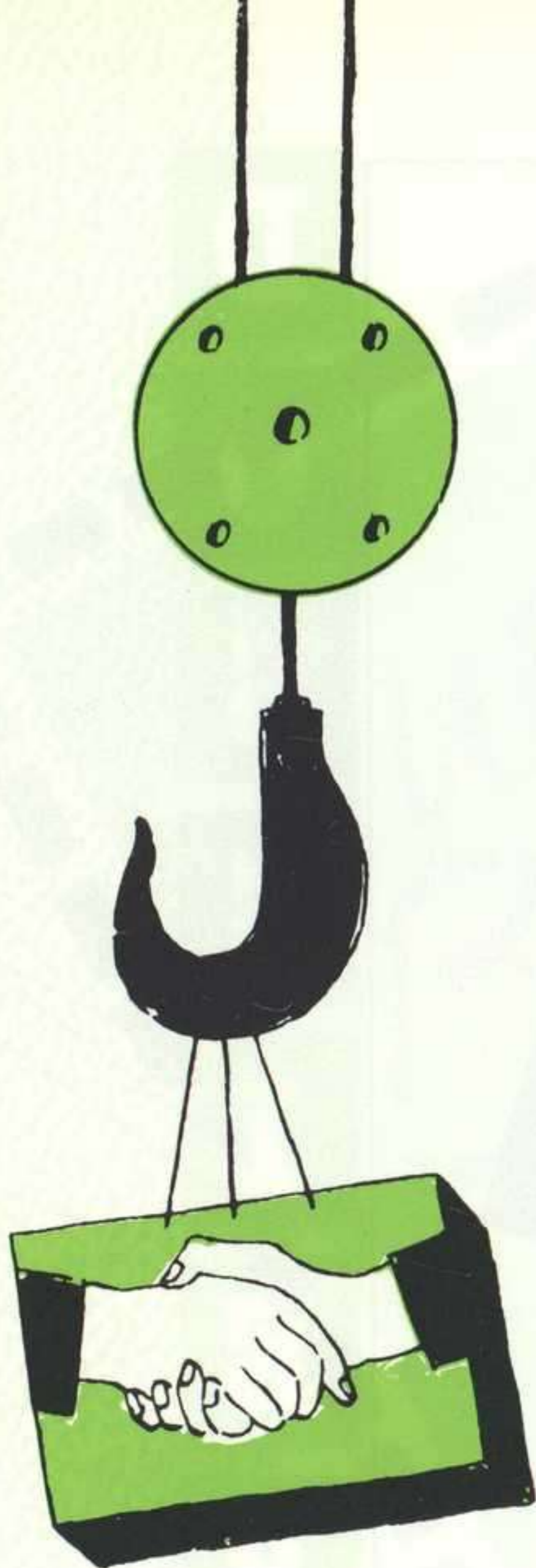
Firma

Envíe también este boletín a NUESTRA BANDERA:
Santisima Trinidad, 5. Teléf. 446 11 00,
nosotros nos encargaremos de hacerlo llegar a su Banco.



**PROYECTOS
PARA UNA
NUEVA ETAPA**

Wika



Una política de alianzas para un proyecto transformador

GERARDO IGLESIAS ARGUELLES

La política de alianzas ha sido uno de los terrenos en los que la investigación y la originalidad de la izquierda ha sido más notable. En su origen, la alianza de los obreros y campesinos sustentó el proyecto revolucionario; los frentes populares constituyeron la base de nuestra cultura antifascista; posteriormente, el campo de las relaciones entre socialistas y comunistas totalizó el conjunto de expectativas de cambio de las sociedades desarrolladas.

La última década ha supuesto, probablemente, una paralización en el desarrollo de la teoría y la práctica de las alianzas. Con toda seguridad, la cultura defensiva con que el movimiento obrero y sus formaciones tradicionales, encaran la crisis capitalista ha impedido la reformulación de sus alianzas y la articulación de una base social que hiciera frente a la ofensiva conservadora.

Esta ofensiva ha sido capaz de liderar un proceso de reestructuración económica y política que ha debilitado las bases organizativas de socialistas y comunistas (muy especialmente el concepto y la práctica del trabajo) y ha modificado sustancialmente la base social llamada a protagonizar las transformaciones sociales en los países occidentales desarrollados.

La dirección conservadora de los procesos políticos y económicos ha puesto, entre otras cosas, en crisis irreversible algunas de las ideas de la izquierda: la experiencia del estado benefactor, el desarrollo de la políticas reformistas en países aislados, el desarrollo de un proceso de internacionalización con el protagonismo de las fuerzas sociales, etc.... Parece evidente que en esta tesitura difícilmente pueden sustraerse a reformulaciones las tradicionales políticas de alianzas de la izquierda.

Si esto es cierto para la generalidad de los países desarrollados, también lo es para las experiencias de gobiernos socialistas en el Sur de Europa. Con el riesgo que supone toda generalización, me atrevo a sugerir que las características de estos gobiernos es la de la homologación. Esto es, el desarrollo de programas llamados de «modernización» sobre la base de su coherencia política y económica con el conjunto del área capitalista.

En definitiva, la hegemonía conservadora y la necesidad de reformular los programas y las alianzas han producido cierta sensación de impotencia y hasta de profunda frustración en sectores de la izquierda europea ante su incapacidad para promover transformaciones sociales. Sobre esta duda han emergido diversas teorías, no menos frustrantes, entre ellas, la propia caducidad del marxismo.

Una nueva política de alianzas

Frente a cualquier renuncia o frustración, parto de la siguiente constatación: la incapacidad de la izquierda en los países desarrollados no reside en la ausencia de una base social que sostenga un proyecto revolucionario. Por el contrario, esta base social se amplía aunque, se hace más compleja; este es el problema.

Una prueba de tal afirmación es que en condiciones de absoluta normalidad, e incluso de desmovilización y desarticulación sociales y en el marco de demo-

cracias liberales, programas con contenidos reales de cambio han salido victoriosos en las urnas. La cuestión es que esos programas formulados en términos puramente electorales se desvanecían a la primera acción de gobierno.

La única posibilidad política que impide el deslizamiento electoral de un programa es articular la base social de una política de izquierdas en las nuevas y complejas condiciones para que de soporte a los cambios. Es aquí donde la política de alianzas cobra una extraordinaria importancia.

Sin ánimo de exhaustividad, me parece que lo más esencial de la nueva situación puede resumirse como sigue:

- 1- La reestructuración de las economías y articulaciones políticas en los países socialistas que revelaban un grave estancamiento, abre un período en que la competencia entre los sistemas económicos y sociales puede realizarse en un ámbito de convivencia pacífica que libere a la movilización social transformadora de las amenazas impuestas por la dinámica de bloques.

- 2- La reestructuración capitalista amplía el área social de asalariados pero restringe la zona organizada, central, de la clase obrera al orientar su organización hacia una industria que tiende a sustituir la tradicional, sindicalizada, organizada sobre el taylorismo y el fordismo.

- 3- El desempleo masivo y estructural modifica de forma sustancial la relación entre el capital y el trabajo. Al mismo tiempo segmenta social y culturalmente a la clase obrera, promueve la aparición masiva de trabajadores autónomos y desarrolla la precarización del trabajo.

- 4- En su conjunto, la instrumentación industrial del capitalismo modifica las bases organizativas y políticas de los sindicatos y fuerzas de la izquierda. La contradicción entre capital y trabajo en los centros fabriles es fundamental pero no lo es todo. La fábrica es el centro de un concepto de trabajo que incluye servicios, redes financieras y comerciales trabajadores autónomos, etc...

- 5- La crisis del estado benefactor deja abierto el espacio político de las nuevas culturas: la reivindicación feminista, ecologista, la nueva cultura juvenil, el problema de la educación y de la producción y formas culturales se convierten en otros tantos terrenos de la lucha política y social.

Ese cuadro social es el producto del modo en que se desarrolla la reestructuración capitalista. La izquierda está obligada a formular un programa que resuelva la actual incompatibilidad entre el proceso de modernización en curso y una demanda de bienes y derechos que proceden de diversas culturas y actitudes políticas.

La agregación de todas ellas constituye el núcleo de la política de alianzas. Entiendo que debemos huir de dos tipos de subjetivismos. El primero de ellos es creer que el Partido Comunista es el elemento que totaliza, incluye y articula todas las actitudes de emancipación y cambio que deriban de la situación descrita. Esta lectura, cargada de cierto dogmatismo, privaría a la movilización social de todo referente organizativo distinto al partido aislando a los comunistas en su batalla por la hegemonía política en el terreno de las ideas.

Otro tipo de subjetivismo es el que conduce todas las demandas al campo de socialistas y comunistas. Este criterio conduciría a una reformulación programática en la dirección de los momentos previos a la crisis, ignorando los cambios producidos y, lo que puede ser más grave, a negar a los comunistas un proyecto programático autónomo.

El camino de la política de alianzas debe discurrir por un nuevo estudio de la articulación social y política, posible y necesaria. Antes de esta investigación, es preciso despejar, aquí con brevedad, la cuestión socialista.

La cuestión socialista

El programa de proceso de la izquierda precisará de un bloque social mayoritario que lo sostenga, cuya concreción supondrá que se habrá roto la actual dominación de las actitudes posibilistas o de la frustración e impotencia que hacen posible la hegemonía del proyecto derechista del PSOE.

Sólo la mayoría, articulada y movilizada, puede ser, a través de la expansión democrática, el agente de transformaciones de progreso en las condiciones de España y de Europa.

Ello nos conduce a una primera conclusión: por lo general, los sectores sociales y culturales que representa el PSOE son componentes imprescindibles de esa mayoría. En consecuencia, la alternativa de progreso que proponemos no es contra el PSOE, por el contrario, cuenta con este Partido.

Ahora bien, no es posible articular con el PSOE la mayoría que proponemos

con su actual política y orientación.

Debemos entender que en el campo socialdemócrata se producen dos líneas de reflexión: una que pretende redefinir un programa de transformación (aunque todavía se expresa anivel teórico) y otros que se han limitado a gestionar políticas de estabilización y toman opciones no muy distintas a las de los gobiernos conservadores.

Entiendo que el deslizamiento hacia la primera línea de trabajo depende básicamente de que la izquierda transformadora disponga de un programa y una política de articulación social desde donde producir puntos de encuentro con los socialistas.

En consecuencia, sin negar al PSOE su futura integración en un bloque de



progreso, siendo ese por el contrario el objetivo, creo necesario que rechacemos cualquier voluntarismo que nos lleve a ignorar el conjunto de contenidos de transformación que no se expresan en el terreno de socialistas y comunistas.

La convergencia

La política de convergencia es el producto de una apuesta de fondo por la renovación de la izquierda que recupere una perspectiva estratégica de transformación. Los factores más esenciales que informan nuestro proyecto de renovación son:

a) La síntesis entre el movimiento obrero y sus valores, y los valores y contenidos de los nuevos movimientos de transformación social.

b) Una nueva interrelación entre partido político y movimientos sociales que se fundamenta en la siguiente consideración: lo «político» no es ya reducible al Estado y sus instituciones, de tal manera que lo «social» sea meramente el contexto del que se recoge, se eleva políticamente sólo cuando lo hace «el Partido», cuya referencia es el Estado.

c) La profundización democrática como una cuestión de derechos civiles y de participación.

Las formas democráticas tradicionales son insuficientes, por cuanto no satisfacen las nuevas demandas participativas. Nuevas demandas que plantean la caducidad de la relación tradicional entre el Estado y la sociedad.

d) Un cambio en los modos de hacer política. Se trata de superar toda inclinación o rémora totalizadora, de que prevalezca la integración de distintas sensibilidades y corrientes, de renunciar a la instrumentalización taticista de instancias sociales. Y otra cosa muy importante: la moralización de los hábitos políticos.

Convergencia es sinónimo de recomposición del conjunto de la izquierda sobre la base de articular una alternativa que no puede ser sino unitaria. Un llamamiento a vertebrar a partidos, colectivos, organizaciones sociales, personalidades políticas que se inspiren en posiciones de izquierda transformadora.

Se trata de una opción estratégica, coherente con los cambios sociales y políticos de nuestra época que escapa, y esto es trascendental, a cualquier consideración táctica.

Sinceramente creo que para la recomposición electoral no era preciso formular la convergencia. Hubiera sido suficiente situarse en el área de la izquierda socialista esperando que los votos del desencanto vinieran a nosotros. El coste, eso sí, hubiera sido una renuncia implícita a organizar una izquierda transformadora con vocación de hegemonía política y social.

Ciertamente, la convergencia es una parte de la política de alianzas que en su diseño final, estratégico, contribuirá a un bloque de progreso. El objetivo es el encuentro de la izquierda transformadora (expresada en la convergencia) con los socialistas. Un encuentro que se producirá en el momento en que la correlación de fuerzas y la lucha social nos sea favorable.

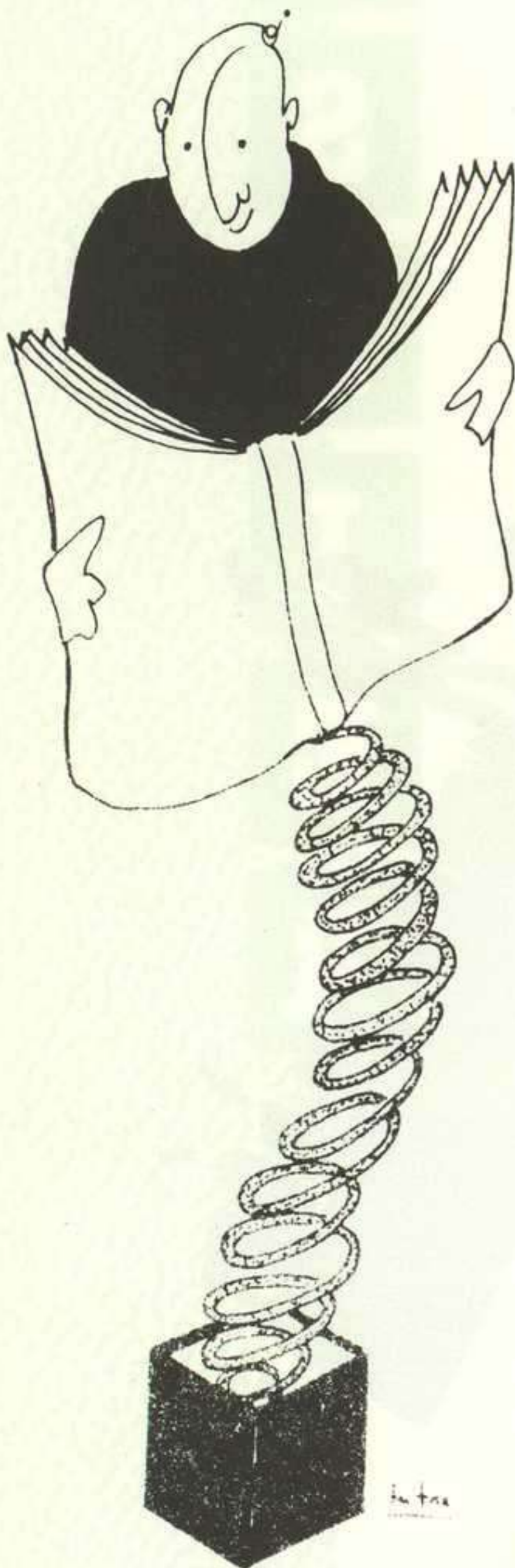
Una concepción táctica, electoralista, de la convergencia contribuye a una instrumentalización de los movimientos sociales incompatible con nuestra reflexión sobre la organización social como protagonista del cambio político.

La convergencia como movimiento sociopolítico

Este concepto de recuperación de la izquierda inspiró el nacimiento de Izquierda Unida, una expresión todavía insuficiente de la convergencia. Vale lo esencial de su origen: desarrollo autónomo de la izquierda transformadora en torno a su propia alternativa.

Una alternativa que debe expresarse en forma de movimiento sociopolítico. Esto es, edificar en base a cada reivindicación, sensibilidad cultural, marginación o discriminación, movimientos con vocación mayoritaria, relacionados con el conjunto del entramado social. Un movimiento que renuncia al refugio en el «gheto» de la reivindicación concreta para trascender a un programa colectivo que, con toda seguridad, se corresponde con el objetivo que el PCE ha definido para su programa: trabajo para todos, calidad de vida y democracia participativa.

La relación entre Izquierda Unida y los movimientos organizados no puede ser una relación superestructural que conduciría a una versión simplemente



institucional de I.U.

En consecuencia, debemos definir una política de alianzas que no tiene por objetivo «acumular fuerzas» sino construir día a día una vasta red de agregación asociada que opere desde hoy hacia un futuro de transformación tan posible como necesario.

El partido como proyecto colectivo

FRANCISCO PALERO

El reflexionar sobre el funcionamiento del PCE en la etapa de la transición democrática, se obtiene un balance globalmente negativo, lo que en ningún caso me lleva a añorar, acriticamente, lo que fué nuestra organización hasta 1977, por desarrollar su trabajo en circunstancias históricas radicalmente diferentes y por fortuna, difícilmente repetibles.

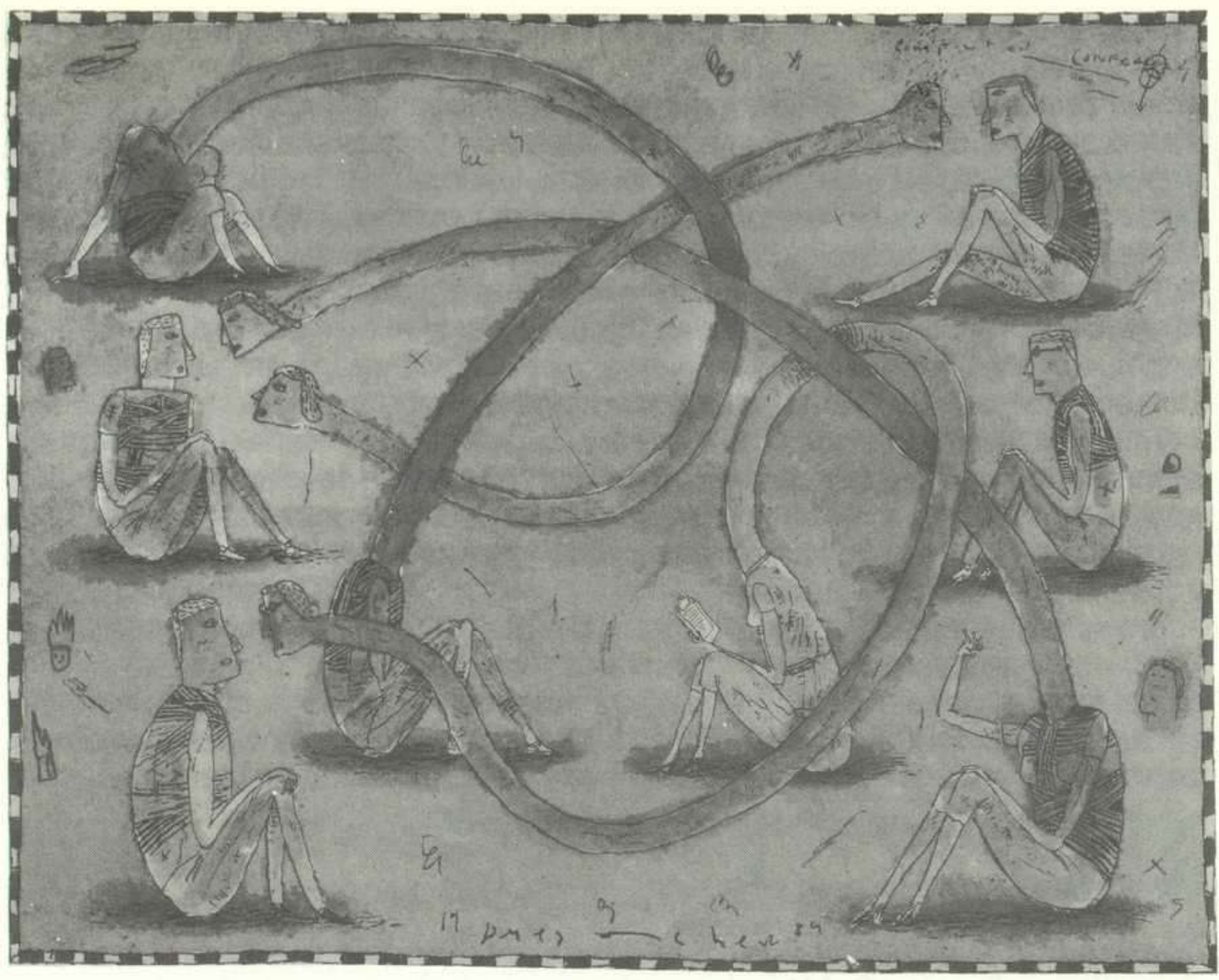
Hecha esa afirmación, considero obligado reconocer autocríticamente que me siento partícipe de las decisiones y orientaciones políticas de esa etapa y que llevaron al Partido lo que ha sido la crisis más larga de su historia.

Si realizo esta consideración no es por capricho justificativo, sino para contribuir modestamente a una reflexión obligada, pero todavía difícil. La crisis desapareció del PCE, pero constato/constatamos, que nos encontramos sumidos en una dura convalecencia cuya salida se presenta difícil porque son todavía muchos los errores a corregir y los problemas a superar. Por ello algunos temas, sobre los que sería obligado reflexionar, pueden levantar viejas heridas y suspicacias lo que nos conduce, erróneamente, a posiciones que tienden a aparcarlos o a no examinarlos en profundidad, aún conscientes de que sin ese examen autocrítico difícilmente encontraremos solución futura para los problemas presentes.

La teoría, fundamento para la acción

Gorbachov, en su libro sobre la Perestroika, afirma que retomando teorías clásicas, encuentra explicación a muchos de los problemas de la sociedad soviética. Es posible que todos tengamos que reafirmar premisas clásicas, a veces ocultas por parecernos obvias, para encontrar explicación sobre algunos problemas que a priori parecen difíciles.

Aprovechando el centenario de la muerte de Marx volvimos proclamar la vigencia del marxismo, respondiendo a todos aquellos que se empeñan en enterrarlo. Al hablar de los problemas del Partido es necesario reafirmar algunas ideas que están en el fundamento del marxismo. La sociedad presente está presidida por elementos que no podemos olvidar: pervive, a veces con brutalidad, la explotación del hombre; el armamentismo se superpone a las ideas de la paz; la marginación de la mayoría alcanza cotas inimaginables; y junto a ello, se agudizan los problemas difícilmente pronosticables en el siglo pasado, como es un desarrollo economicista que conlleva la destrucción de la naturaleza, poniendo en peligro la supervivencia del planeta. Estos y otros muchos elementos no son notas circunstanciales en un sistema, más o menos imperfecto: son elementos determinantes de ese sistema y aunque a veces se dulcifican, se vistan de nuevas formas, son la misma expresión de dominación de una clase que denunció Marx y que pone, encima del tapete, la vigencia de la lucha de clases.



Aún a riesgo de repetir evidencias, considero obligado recordar que de ese análisis se desprendió la necesidad de la creación de los partidos que transformarían en lucha política lo que siempre había sido lucha social protagonizada por la clase oprimida. Se crearon los partidos obreros y nacieron con la voluntad de cambiar un sistema económico injusto, otorgando el poder político a los más, para hacer realidad la idea de democracia, esto es, el gobierno real de la mayoría.

Afirmar estos elementos, en algunos casos olvidados, me parece imprescindible para corregir los múltiples problemas que ha tenido y todavía tiene, el PCE.

Porque en nuestra historia reciente, lejos de identificarnos como un partido que lucha por cambiar radicalmente la sociedad, esto es, por hacer la revolución, nos presenta como un partido que se identifica con el sistema, y en muchos casos, se confunde con él.

Bajo principios teóricos justos de ser un partido democrático e independiente, que acepta como principio básico la identificación de socialismo y democracia y actúa en consecuencia de estas premisas, caímos en la política concreta, en el más absurdo posibilismo. La afirmación puede parecer exagerada pero, nos guste o no, durante muchos años la diferencia que la gente percibía entre el PCE y el PSOE, por ejemplo, estaba referida no a propuestas políticas diferenciadas, sino a los ritmos que tratábamos de imprimir a una política casi idéntica y que por añadidura se veía acompañada de una permanente política de desmovilización social sin la cual es imposible imponer ninguna propuesta progresista. Recordemos, por solo poner dos ejemplos, el famoso giro de timón en relación a la actuación sindical o la posición que manteníamos en relación con las bases americanas en España.

Si la práctica política era esa, deberíamos preguntarnos si alguna de las teorías, aunque aparecieran envueltas en palabrería altisonante, no entraba en contradicción con la razón de ser de nuestro partido, que no es otra que la lucha por superar la situación antes descrita. De no ser así, es difícil entender una práctica que nos llevó a la casi destrucción del Partido.

Considero que no podemos seguir justificando la actuación en esa época afirmando que hicimos una interpretación derechista de la teoría. Por el contrario, deberíamos reexaminar algunos de los conceptos teóricos empleados.

Por solo poner un ejemplo, es imprescindible reflexionar sobre la teoría de Estado que entonces diseñamos —tema angular en toda teoría marxista—.

Aceptamos y apoyamos la Constitución y fué justo por lo que significó de consolidación de la democracia y por lo que todavía hoy sigue significando de marco concreto para el desarrollo de la misma, pero de ese apoyo justo, pasamos a la casi sacralización —aparece como obligatorio en nuestros Estatutos—, renunciando al únisono o guardando en el baul de los recuerdos; propuestas políticas y análisis que eran y siguen siendo válidos, esquemas organizativos

que eran y son necesarios y que nos servían de identificación y actuación como partido nítamente de izquierdas.

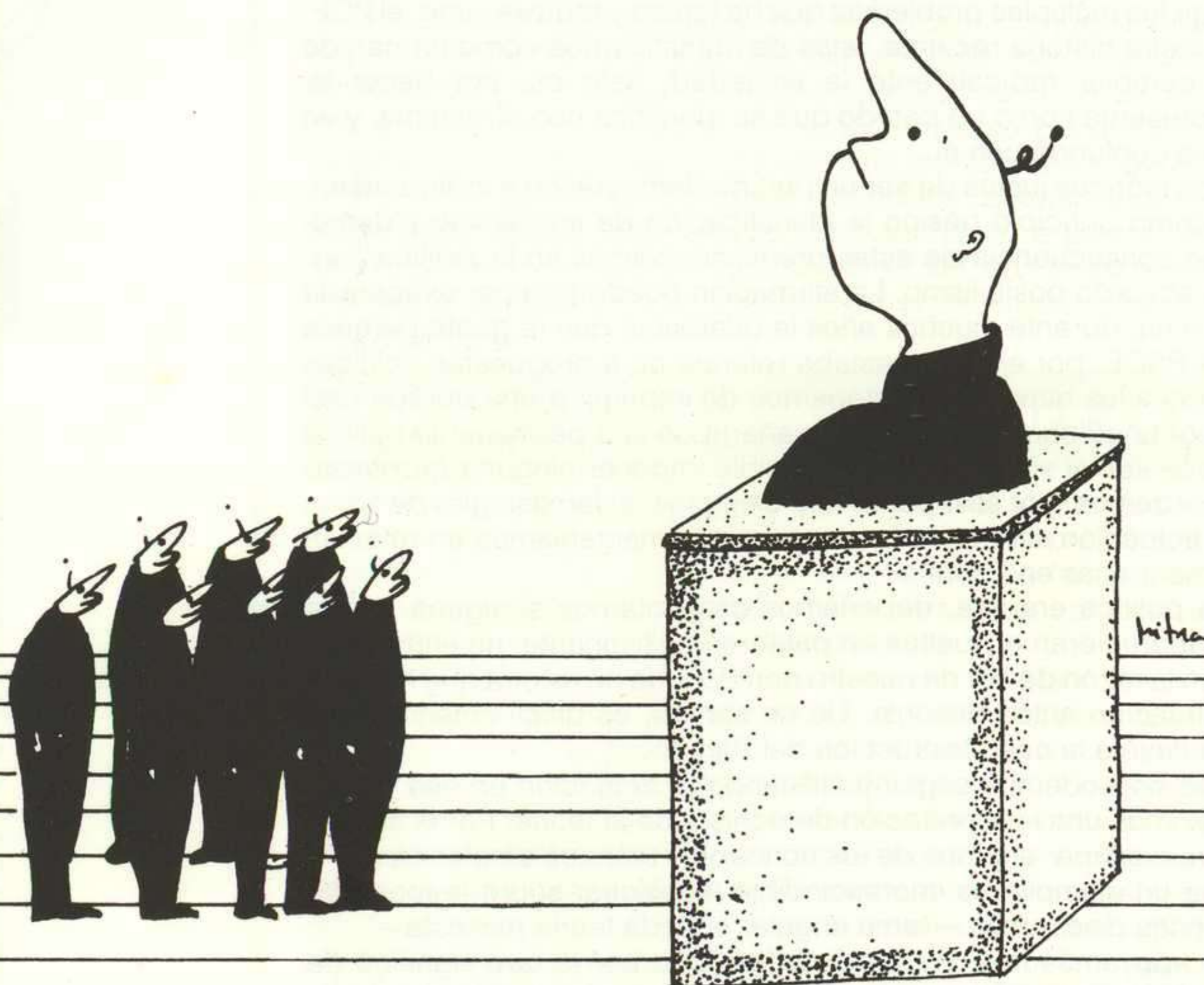
Quizás creíamos que con esos postulados podríamos ocupar un espacio electoral que por múltiples razones sociales e históricas era imposible ocupar, en ese momento, para un partido comunista. Los resultados electorales de 1977 debieron servir de reflexión, pero lejos de ello, incidimos en los mismos esquemas empecinándonos en una política que solo comenzó a ser parcialmente corregida en el XI Congreso.

Al hacer estas consideraciones quiero dejar claro que no llego a la conclusión de rechazo a la política que contribuyó a la consolidación democrática, ni busco señas de identidad retomando viejos dogmas que solo conducirían a la sectarización y, por consiguiente, a la marginación del Partido: afirmar principios elementales, remarcando la voluntad revolucionaria del PCE nos ha de conducir a redefinir una política y a buscar formas organizativas que permitan actuar con eficacia en la sociedad desarrollada de finales del Siglo XX en el marco nacional y europeo.

La reflexión es muy importante y entre todos la concretaremos en el debate ya abierto, para actualizar el Programa del Partido, tarea a la que dedicará un esfuerzo especial el XII Congreso, respondiendo así a una demanda generalizada en todas las esferas del Partido al tiempo que tratamos de mejorar la organización para desarrollar, con eficacia, nuestra política en la sociedad.

Democracia y unidad de acción

«Ninguna revolución puede ser realizada por el Partido, la realiza únicamente el pueblo», afirmaba C. Marx. La evidencia de ésta afirmación justifica lo que desde el XI Congreso es una insistencia: estar, trabajar en la sociedad. Retomamos con ello una idea clásica plenamente vigente y toda nuestra estructura orgánica ha de diseñarse para trabajar en la sociedad, haciendo del Partido un ente vivo, dinámico que impulse todo lo vivo que tiene la sociedad. Convinando la acción en las instituciones con el impulso en la organización y lucha popular, sin transformarse en una mera máquina electoral. Discutiendo y debatiendo



permanentemente sobre los problemas de la sociedad sin transformarse por ello en un mero club de discusión.

Para hacer eficaz la acción del Partido, considero obligado reflexionar sobre un principio de funcionamiento que ha sido motivo de múltiples interpretaciones, desacuerdos y abusos en la historia del Partido, me estoy refiriendo al principio del centralismo democrático. Democracia y centralismo son términos que para nosotros deberían aparecer indisolublemente unidos, no solo en los aspectos formales, sino como práctica permanente. Democracia significa, entre otras muchas cosas, libertad de elección de todas las responsabilidades a todos los niveles; trabajo colectivo de dirección; garantía para la libre opinión y la crítica; significa que, por encima de cualquier estructura de dirección ha de primar la decisión de la base del Partido para lo que debe tener garantizada su participación en las decisiones y la eficacia de esa participación. Y una vez que todos los mecanismos democráticos funcionan correctamente, entra en vigor el concepto de centralismo, esto es, la obligatoriedad para la acción de las decisiones que democráticamente se hayan adoptado por mayoría.

Formalmente, estos elementos están contenidos en las normas de funcionamiento del Partido, pero en muchos casos sólo formalmente. Es evidente que la elección directa, a todos los niveles, está garantizada por nuestras normas estatutarias, pero no es menos evidente que durante mucho tiempo la elección ha estado mediatizada, no importa cuáles fueran los argumentos, por los aparatos burocráticos del Partido que actuaban de una forma excluyente.

El trabajo colectivo de la dirección se enfrenta, en no pocas ocasiones, con prácticas personalistas y con la acaparación de funciones.

La libertad de crítica y de opinión en el interior del Partido también está teóricamente garantizada, y hemos de reconocer que en el terreno de la práctica se dieron pasos importantes desde el XIº Congreso, pero sigue perdurando prácticas que no posibilitan esa libertad, faltando normas que la garanticen y abusos por aquellos que pueden utilizar los medios de comunicación en provecho propio, hurtando al Partido debates que en su seno podrían realizarse.

Teorizamos que la opinión de la base es el fundamento para las decisiones, pero son contadas las ocasiones donde la dirección ejerce una acción eficaz para estar en contacto permanente con esa base, escuchar sus opiniones y actuar en consonancia con ellas, reduciendo las esferas de decisión a círculos cada vez más estrechos.

Olvidamos que si la democracia interna funciona, la aplicación de los acuerdos y la actuación de todos los afiliados con una sola política y una sola dirección, es un hecho garantizado. De no ser así, la norma que se aplica, como tantas veces ocurrió, es el más burdo centralismo burocrático que sólo sirve para disminuir e incluso anular, la acción e influencia del Partido. Sobre todos estos elementos está abierta la reflexión en los materiales del XIIº Congreso y deberán traducirse en normas concretas, aunque considero que el problema se solucionará con talantes diferentes y con educación democrática a todos los niveles y no sólo con normas, por muy importantes que estas sean. Por consiguiente, que se actúe o no con auténtica democracia dependerá mucho de los equipos dirigentes de que seamos capaces de dotarnos a todos los niveles, pero dependerá también de que toda la militancia del Partido adopte una actitud de vigilancia permanente, de crítica, de compromiso, de participación activa, para evitar toda tendencia burocrática en las cúpulas dirigentes del Partido, entendida como tal, no sólo la que dedica su actividad a las tareas internas, sino también a los cargos públicos y dirigentes de movimientos de masas.

El trabajo colectivo del Partido

El tema de la dirección es un debate muy importante en el Partido por la necesidad que tenemos de corregir errores y de consolidar y ampliar equipos en la discusión no debemos excluir ningún problema, incluido lo que viene denominándose problema del liderazgo. Al hablar del Secretario General, los materiales congresuales conciben esta figura como un componente más del equipo dirigente, lo que no excluye reconocer sus funciones especiales de representación y dirección.

Hemos de acertar en el debate y reafirmar la teoría de trabajo colectivo por encima del individualismo sin incurrir nuevamente en el defecto de configurar unas estructuras de dirección que, gravitando en una persona, nos trajera los nefastos vicios del pasado. La teoría colectiva de Dirección nos lleva a rechazar un concepto de dirigente que nos quieren imponer desde fuera, y que se basa en exclusiva, en principios de marketing publicitario. Si aceptamos ese juego,

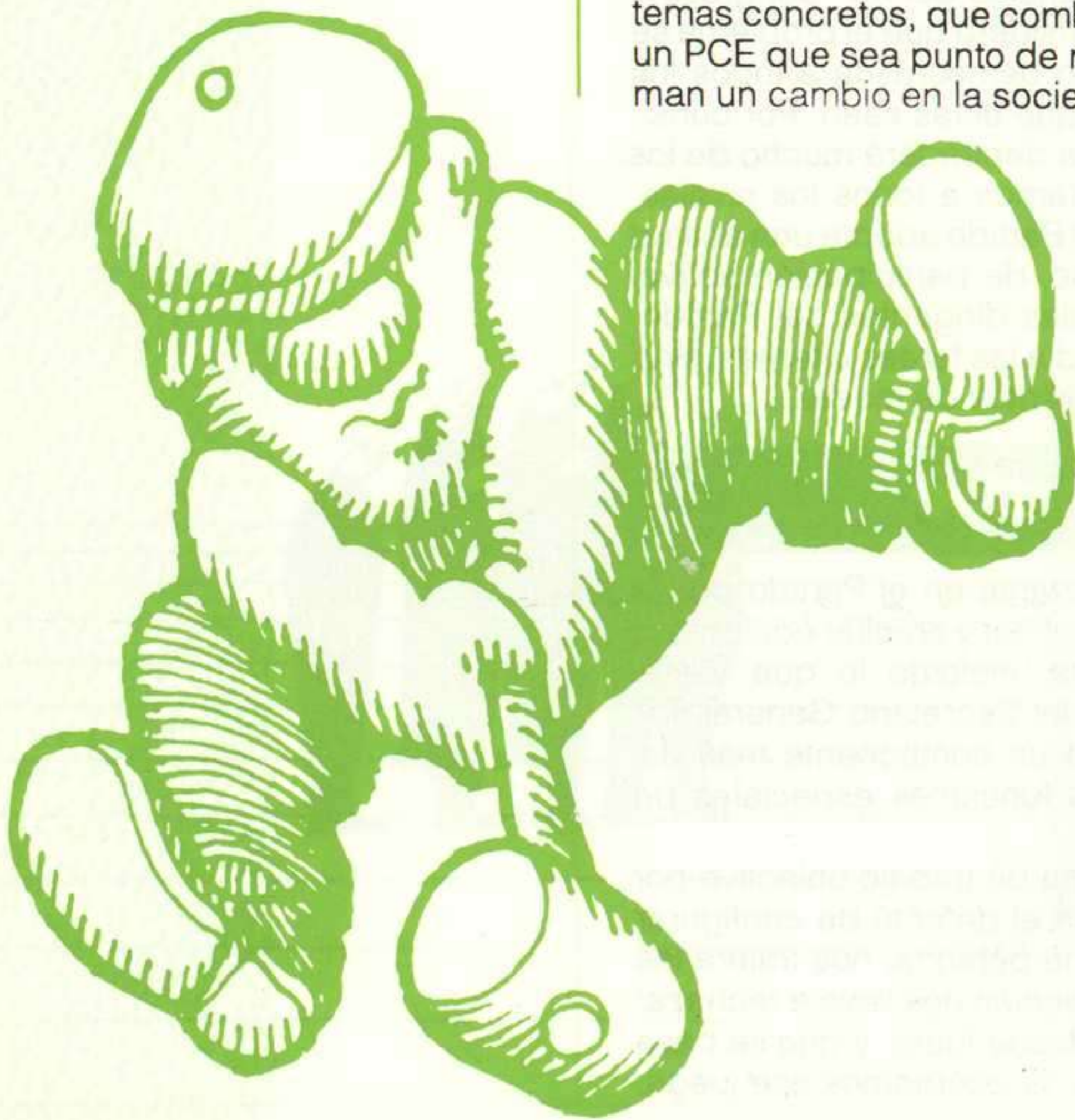
nos entregaremos maniatados a aquellos que quieren anular toda estructura de partido que se fundamente en el trabajo colectivo y en la participación. Curiosamente, aquellos voceros del sistema que no dudan en negar, con todo fervor, el futuro de las ideas comunistas, son los «más preocupados» por el problema de la Secretaría General.

No podemos engañarnos y olvidar que existe, propiciado por el poder, una tendencia dominante en la sociedad que pretende anular toda organización colectiva de masas. Recordemos las palabras de Felipe González en su última comparecencia televisiva, donde se situaba por encima de su partido y de las ideas colectivas. Las clases dominantes, poseedoras de los medios de comunicación, tienen resorte suficientes para manipular, potenciando roles culturales basados en elementos individualistas y antisolidarios que garanticen su perpetuación en el poder. Por ello, haran y hacen lo imposible por desarticular cualquier estructura de participación que ponga en entredicho su hegemonismo social.

Reorganizar la izquierda

Teniendo claras estas y otras premisas, como fundamento de un partido que por su fin ha de ser obligatoriamente diferente, garantizaremos la acción en la sociedad, como un componente de izquierda, adoptando la clara decisión de actuar en un marco político más amplio, cuyo primer punto de referencia puede ser IZQUIERDA UNIDA, entendida como proyecto convergente donde, junto al PCE y en posición de igualdad, tienen cabida otras expresiones políticas y sociales, e individualmente, líderes de opinión de la fábrica o del barrio que por razones personales, respetables, no doptan el compromiso de militancia partidaria, respondiendo con su actitud personal a una sociedad que pretende presentar como valores determinantes del individuo, el triunfo personal, el consumismo y la insolidaridad. La actuación del PCE en este marco requiere un profundo cambio de mentalidad y una reconversión de las estructuras, teniendo en cuenta que muchas decisiones ya no pueden ser tomadas, en exclusiva, en el seno del Partido, sino que serán propuestas para debatir con los demás en estructuras de IZQUIERDA UNIDA, a veces inconcretas, pero que entre todos tendremos que ir definiendo y concretando.

Trabajar en la sociedad es la clave de nuestra política superando el trabajo exclusivo en las instituciones, para unirlo al trabajo en todas las organizaciones de masas, sensibles a nuevas demandas políticas como son la lucha por la paz, la conservación de la naturaleza, los problemas del feminismo, etc., realidades que nos obligan a actuar en lo organizado, y a potenciar la organización allí donde no exista, configurando múltiples agrupaciones de sector, de fábrica, de temas concretos, que combinadas con la estructura del territorio, hagan posible un PCE que sea punto de referencia para aquellos que desde la izquierda reclaman un cambio en la sociedad española.



La estructuración del Estado Español

RAFAEL RIBO

Tras diez años de experiencia constitucional, y con el subsiguiente desarrollo de los estatutos de autonomía de las nacionalidades y regiones, nos encontramos en una fase plagada de insatisfacciones por lo que se refiere a la trascendental e histórica problemática de la estructuración del Estado.

El denominado Estado de las Autonomías debía facilitar la vía de solución a tres tipos de problemáticas, las cuales no pueden ser confundidas entre sí: a) las reivindicaciones histórico-políticas de las nacionalidades; b) la democratización del Estado mediante la transferencia de los poderes de decisión; c) la regionalización administrativa mediante el desmantelamiento del centralismo.

Café —muy aguado— para todos

Sin embargo, ya el primer Gobierno de la UCD intentó implantar la política de café para todos, o sea, de aparente automatización generalizada, devaluando el contenido político del autogobierno, rebajando así la carga de las reivindicaciones vasca y catalana. Se pretendía situar el listón igual para todos pero a niveles muy bajos.

Tras el parcial fracaso de aquella política, y ante una dinámica centrífuga que ni los propios aparatos del partido podían controlar, se impusieron los denominados acuerdos de concertación autonómica suscritos por el gobierno de UCD y el PSOE, de los cuales surgió el proyecto de ley de la LOAPA.

El conjunto de dichas políticas de la UCD y el PSOE no han solucionado la dimensión histórica de las nacionalidades (se continúan produciendo, por ejemplo, absurdos recursos constitucionales por motivos lingüísticos), se ha reducido al potencial democrático de las autonomías (parece que se recela desde el gobierno central, de la corresponsabilización autonómica) y las soluciones administrativas recorren un continuo zigzag (la duplicación de administraciones por ejemplo).

Un modelo de Estado en el horizonte.

Hoy las autonomías con una concepción y un desarrollo muy alejados del texho constitucional, aparte de ser criticadas por la mayoría de las fuerzas políticas, a menudo son utilizadas para enfrentamientos de carácter partidista. Nos hallamos en una fase preocupante que requiere una definición clara sobre el modelo final de Estado que se pretende instaurar. Por todo ello me parece importante:

1. Reiterar la definición de España como un Estado plurinacional, compuesto por nacionalidades y regiones, la convivencia de las cuales debe organizarse bajo los principios de igualdad y solidaridad. De ahí que defienda el derecho a la libre autodeterminación; en esta perspectiva, propugno la solución del Estado Federal como la más idónea para garantizar la convivencia democrática.

2. En la fase actual hay que desarrollar el potencial contenido en la Constitución y en los Estatutos para hacer frente a las insatisfacciones y problemáticas planteadas. Yo no contemplo el debate sobre el Estado Federal como una cuestión abstracta sin contenido o precisión. Enfocado de esta forma vacía nos podría llevar a bien a los esencialismos estériles o a una fuga hacia el futuro que olvidase los problemas actuales.

3. Se tienen que contemplar todas aquellas medidas inmediatamente reali-

D

O

S

S

I

E

R

zables, a corto o medio plazo, que sirvan para hacer frente a aquella problemática. Al mismo tiempo no se puede diluir la realidad plurinacional, condición indispensable para avanzar de forma sustancial en la convivencia democrática. Se deben potenciar al alza procesos diferentes de asunción de poderes y competencias según las voluntades y capacidades de cada nacionalidad.

4. En este sentido propongo en una primera e inmediata fase de política autonómica, las siguientes medidas:

a) La progresiva actuación de la Administración Central a través de la autonomía, suprimiendo la duplicidad y las instancias periféricas (por ejemplo, los gobiernos civiles), manteniendo la autonomías solo dos niveles administrativos: el local y el autonómico.

b) El establecimiento de un sistema de financiación que se base en la distribución porcentual de los presupuestos públicos hasta alcanzar unas cuotas de distribución del 50-25-25.

c) El compromiso institucional de finalizar todos los procesos de traspasos y la renegociación de aquéllos realizados de forma insatisfactoria.

d) La dotación a las autonomías de mayores poderes de ejecución, mediante la transferencia de las necesarias competencias, especialmente en el campo de la política económica, industrial y las relaciones laborales.

e) La asunción por parte de las autonomías de plenas competencias en materia de régimen local.

f) El establecimiento de un modelo federal de seguridad y de fuerzas de orden público bajo el mando de la autoridad correspondiente democráticamente elegida a cada nivel.

g) La participación de las Comunidades Autónomas en la CEE, tanto en la vertiente ascendente (formación de la voluntad estatal y negociación comunitaria) como descendente (aplicación de la normativa).

Algunas de estas medidas requieren la inmediata modificación de leyes como la de Bases de régimen Local, Función Pública y Fuerzas del Orden Público.

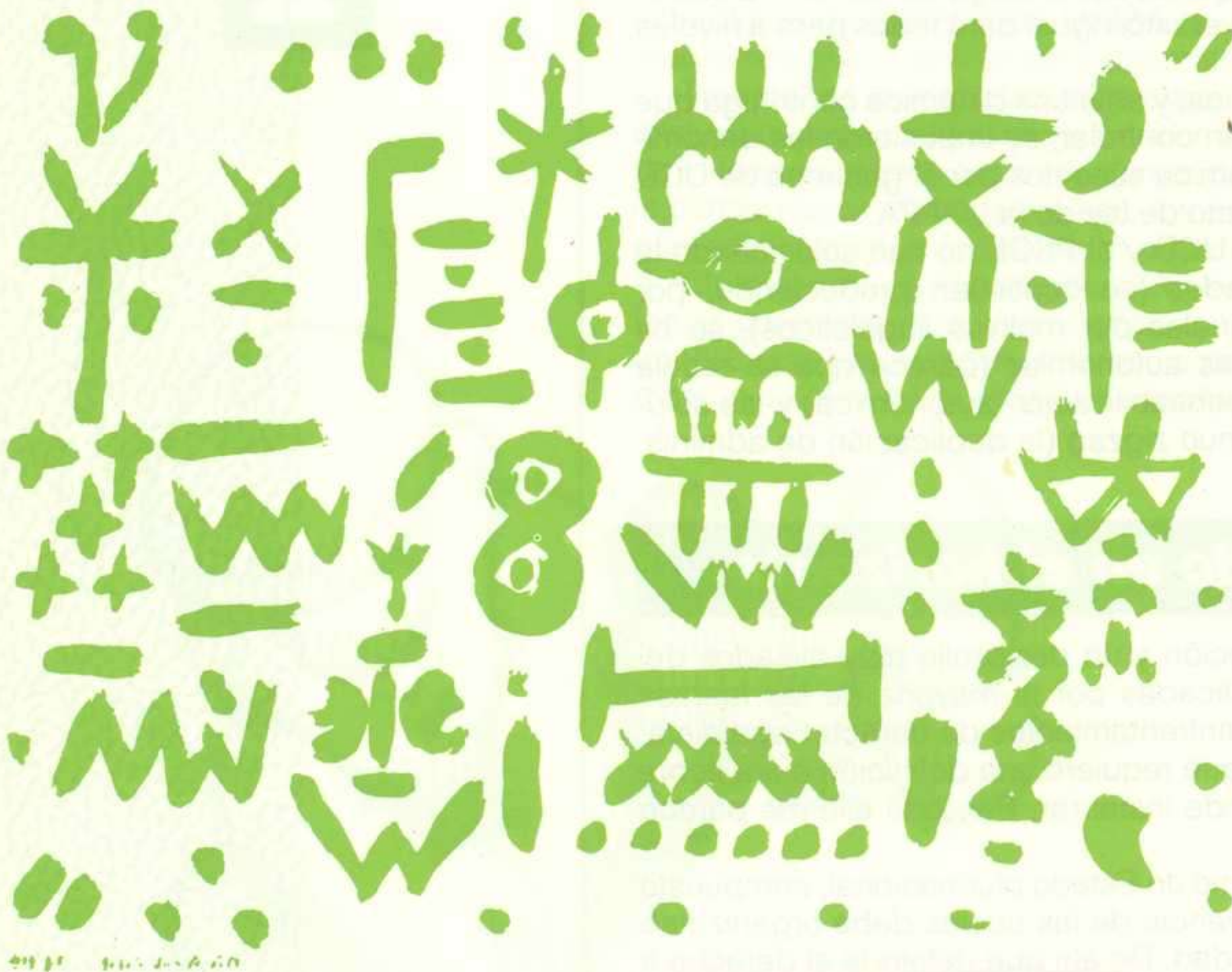
Carácter estatal de las autonomías

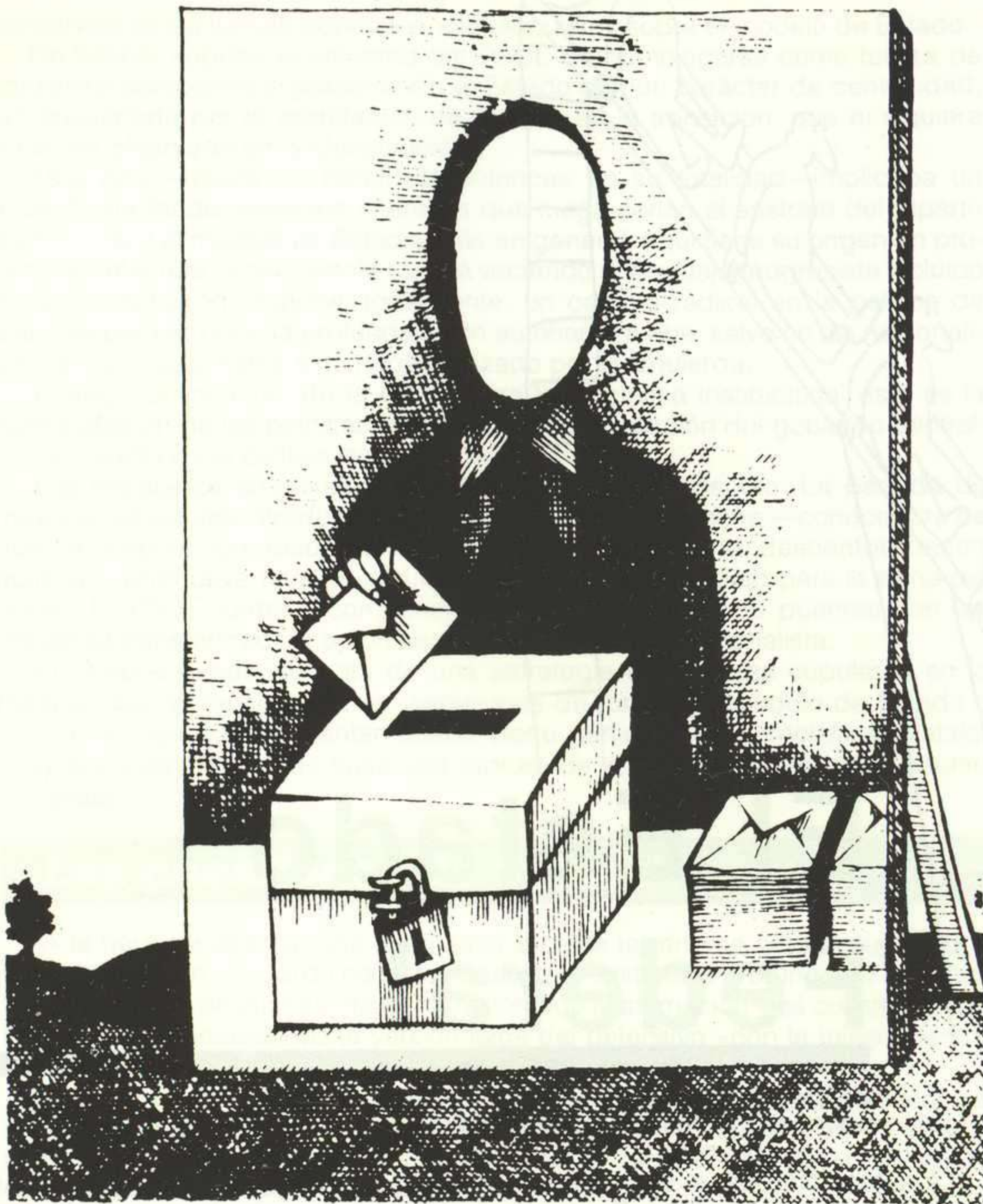
En resumen, se trata de asegurar el reconocimiento del carácter estatal de las autonomías, su potenciación mediante el establecimiento de la cooperación (en las dos direcciones), la lealtad y la real participación en el proceso legislativo (por ejemplo, mediante la toma en consideración en las Cortes de las proposiciones de ley provenientes de las Autonomías).

5. En una segunda fase, a dos años vista, propongo la transferencia de nuevas competencias legislativas a las Comunidades Autónomas a través de los mecanismos previstos en el artículo 150 de la Constitución. Los distintos techos competenciales antes aludidos deben fijarse según el grado de conciencia colectiva, de reivindicación y de posibilidades de administración.

Igualmente, las Cortes Generales deben aprobar todas aquellas aquellas leyes que posibiliten decisiones propias de comunidades que optasen por modelos específicos de organización (como sería la temática provincial).

6. Por último, y agotadas las posibilidades anteriores, propongo a me-





dio plazola reforma del título VIII de la Constitución para: a) Convertir el Senado en una verdadera Cámara territorial con representación autonómica y poderes federalizantes. b) La redistribución de competencias según los esquemas federales. c) La implantación del multilingüismo.

7. En la perspectiva de la futura construcción de Europa, más allá de los límites territoriales, institucionales y sociales de la CEE, y en el proceso de reforma de los Tratados, propongo el avance siguiendo un doble proceso federal, el de la cesión por parte de los estados de poderes a la Comunidad, y el de la potenciación de las unidades subestatales.

8. Los comunistas creo que debemos conjugar la defensa de un conjunto de medidas políticas y constitucionales como las reseñadas con la reivindicación de un contenido socio-económico de las políticas autonómicas en beneficio de las capas populares. En primer lugar, creo que hemos de responder afirmativamente a la pregunta sobre cómo cuanto benefician a los intereses populares la estructuración autonómica. Y ello es así tanto por el hecho de que las autonomías implican una mayor posibilidad de democratizar la sociedad (aproximando las decisiones a los ciudadanos) como por el hecho de establecer un sistema de financiación que potencia los entes locales, por la posibilidad de evitar la duplicidad de costes, y por la potenciación de las libertades. Pero además dependerá de la correlación de fuerzas en cada comunidad el que los instrumentos de autogobierno se utilicen pra desarrollar programas socio-económicos de transformación. Razxón de más para tomar con fuerza la bandera de aquella reivindicación.



El Estado Federal

JUAN BERGA

Secretario Comunicación del PCE

La autonomía vive un tiempo político en el que coinciden dos dinámicas: el evidente agotamiento de los Estatutos como instrumento de intervención sobre la realidad y la posibilidad constitucional de elevar los techos estatutarios. Esa contradicción, se produce en un marco en que la política económica y las alianzas políticas son esencialmente distintas a las previstas en el momento del diseño constitucional.

Tres ideas fundamentales orientaban el programa sobre la reforma del Estado: 1) la superación en España de la denominada cuestión nacional; 2) una idea de la democracia capaz de superar los límites del parlamentarismo estatal introduciendo elementos de autogobierno que favoreciera una nueva relación entre gobernantes y gobernados y 3) la construcción de un poder político dúctil a las necesidades territoriales que permitiera un gobierno del desarrollo económico de las Comunidades en un contexto planificador, incluido en la propia Constitución.

El balance no puede ser más lejano a estas aspiraciones: la política estatal ha convertido la utonomía en la mera descentralización administrativa; la política de ajuste ha convertido a las instituciones autonómicas en proveedores de asistencialismo municipal y social y en aparatos administrativos; la cuestión nacional permanece como factor de enrarecimiento de la vida democrática y política española.

El diseño original, que no fué cerrado en la Constitución, preveía que la voluntad de las partes y las sucesivas relaciones de fuerza fueran configurando el proceso. Para oponerse a ésta dinámica, sobre la base de una política económica incompatible con la descentralización política del estado, se ha ido determinando una confluencia de intereses que tendía a sustraer la fuerza política de la autonomía manipulando sobre las posibilidades de encuentro político y sobre los contenidos autonómicos.

La LOAPA ha sido el intrumento de esta manipulación. En lo que se refiere a la base política de la aspiración autonómica, los socialistas introducen un punto de vista radicalmente nuevo en la izquierda española respecto al programa

convenido en las luchas populares antifranquistas sobre el modelo de Estado.

De hecho, supone la voluntad del PSOE de homologarse como fuerza de consenso democrático gestionando el Estado con un carácter de centralidad, tan erosionado por la correlación de fuerzas en la transición, que ni siquiera pudo ser plasmado en la Constitución.

Este giro —quizá no percibido entonces en su totalidad— implicaba un acuerdo de fondo, entre los intereses que luego serían el sustrato del bipartidismo, sobre el modelo de Estado. Más en general, aquí tiene su origen un proceso de relectura constituyente que irá vaciando el lenguaje progresista incluido en la Constitución. Supone, igualmente, un cambio radical en la política de alianzas para afrontar la profundización autonómica que, salvo en las nacionalidades históricas, había sido hegemonizado por la izquierda.

El segundo objetivo de la LOAPA era la disciplina institucional esto es la homologación de las políticas autonómicas con la acción del gobierno central, con el diseño de la política de ajuste.

Los resultados electorales, han roto el equilibrio descrito. La pérdida de mayorías absolutas introduce un factor estridente. La derecha —concedora de que la loapización resuelve los riesgos básicos de la descentralización política— promueve un discurso autonómico como parapeto para la toma del poder. El PSOE, debe recomponer sus alianzas buscando puentes con las izquierda transformadora o con sectores de la cultura nacionalista.

En ambos casos, se trata de una estrategia de alianzas cupulares en la medida que no se sustenta en variaciones de fondo del modelo de Estado o cuando lo hacen se presentan desde cierto particularismo (socialistas catalanes) que indican en todo caso una ruptura de la homogeneidad del discurso socialista.

Las cuestiones de Estado

A la hora de afrontar una alternativa en este terreno se nos ha sugerido la existencia de un «acuerdo constitucional» que limitaría la profundidad de nuestra reflexión. En ocasiones, da la impresión que la afirmación «las cuestiones del Estado son delicadas» es la versión laica del defensivo «con la Iglesia hemos topado».

Por el contrario, uno de los retos de la izquierda es precisamente encontrar una forma democrática de subvertir las cuestiones de Estado. En lo que se refiere al modelo autonómico, su diseño tiene un carácter potestativo; el legislador dejó abierto el modelo al pacto y al desarrollo de la correlación de fuerzas. La cuestión es eliminar del discurso político cualquier autolimitación en la voluntad de transformar la estructura del Estado.

Esta autolimitación (en esencia, el implícito «pacto constituyente») fue superada por los resultados electorales de 1982. Efectivamente a partir de ese momento, el diseño político ya no responde a acuerdos plurales sino al consenso y debate de las fuerzas del bipartidismo.

Si los resultados del 82 concluyeron con la transición parece evidente que la evolución política debe ser fruto de una corelación de fuerzas que no puede ser perturbada por una mixtificación constitucional. No hay razones políticas para que la izquierda renuncie a incluir en su proyecto la reforma del Estado. Especialmente si, en el corto y medio plazo, puede utilizar el lenguaje progresista que se incluyó en la Constitución: reformas estatutarias y delegación de competencias del Estado.

Es preciso, igualmente, escapar de una segunda mixtificación: la complejidad técnica de las cuestiones del Estado. Este discurso (que ha llevado a poner en manos de las obstusas Comisiones Mixtas de Transferencias la esencia del proceso autonómico) constituye una operación de ocultamiento y devaluación de la política. Por el contrario, el problema del Estado y su organización es una cuestión esencial para el desarrollo político de la democracia, para superar problemas antiguos (la cuestión nacional) y de futuro.

Las diferencias

La discusión suscitada por el borrador de documento congresual no giró en torno a la apuesta de Estado Federal, colectivamente asumido sino sobre la forma y ritmo político del proceso federalizante, al hilo de un texto presentado por Rafael Ribó.

Las diferencias, en el debate, con el Secretario General del PSUC, son en

esencia:

①— Oficializa un proceso de federalización a dos velocidades en la medida que la generalidad de las Comunidades Autónomas no tendrían acceso a una serie de competencias cuya transferencia, a corto plazo, se reclama.

②— Retrasa en dos años, el inicio de reformas estatutarias viniendo a establecer un cierto baremo para medir el techo de competencias a alcanzar en función del «grado de conciencia colectiva, de reivindicación y de posibilidades de administración» abriendo, en consecuencia, una vía de discriminación activa en favor de ciertas comunidades.

Obviamente, la propuesta de Ribó, tiene virtudes. Amplía el campo de las alianzas sobre la transformación del Estado a los socialistas catalanes al producir dos puntos de encuentro: permite un tratamiento específico a Cataluña en el proceso federalizante (un «segundo óptimo» en expresión del documento precongresual del PSC) y define un federalismo de lo concreto frente al fundamentalismo pujolista.

No debe descartarse que en el ritmo de la reforma del Estado este puede ser un acuerdo parcial en función de la evolución de la situación política catalana y española; pero parece dudoso que esta posibilidad, correspondiente a un determinado equilibrio de fuerzas, deba convertirse en definición programática. No está el programa para las alianzas sino éstas para sostener un proyecto.

Un segundo inconveniente del texto es una consideración reductiva de la reforma del Estado. El federalismo, nace en esa propuesta de la consideración fundamental del reprimido hecho nacional y de demandas democratizadoras o racionalizadoras del Estado. Desde esa perspectiva son coherentes las dos velocidades en la medida que, efectivamente, la personalidad nacional de los pueblos de España se ha desarrollado de forma diversa.

Qué Estado federal

La propuesta de Estado federal debe romper una extraña lógica que ha convertido a los gobiernos regionales en un poder contractual institucionalizado para negociar beneficios y privilegios a cambio de un consenso parcial con el significado de fondo de la loapización. Se trata de encontrar una alternativa que canalice sobre las opciones de gobierno estatales las demandas que emergen de las realidades locales y regionales. Los comunistas venimos defendiendo una propuesta estructural, en esta dirección: el pacto institucional. Esto es, la concurrencia de todos los niveles de gobierno a un objetivo social, económico y político sujeto a planificación.

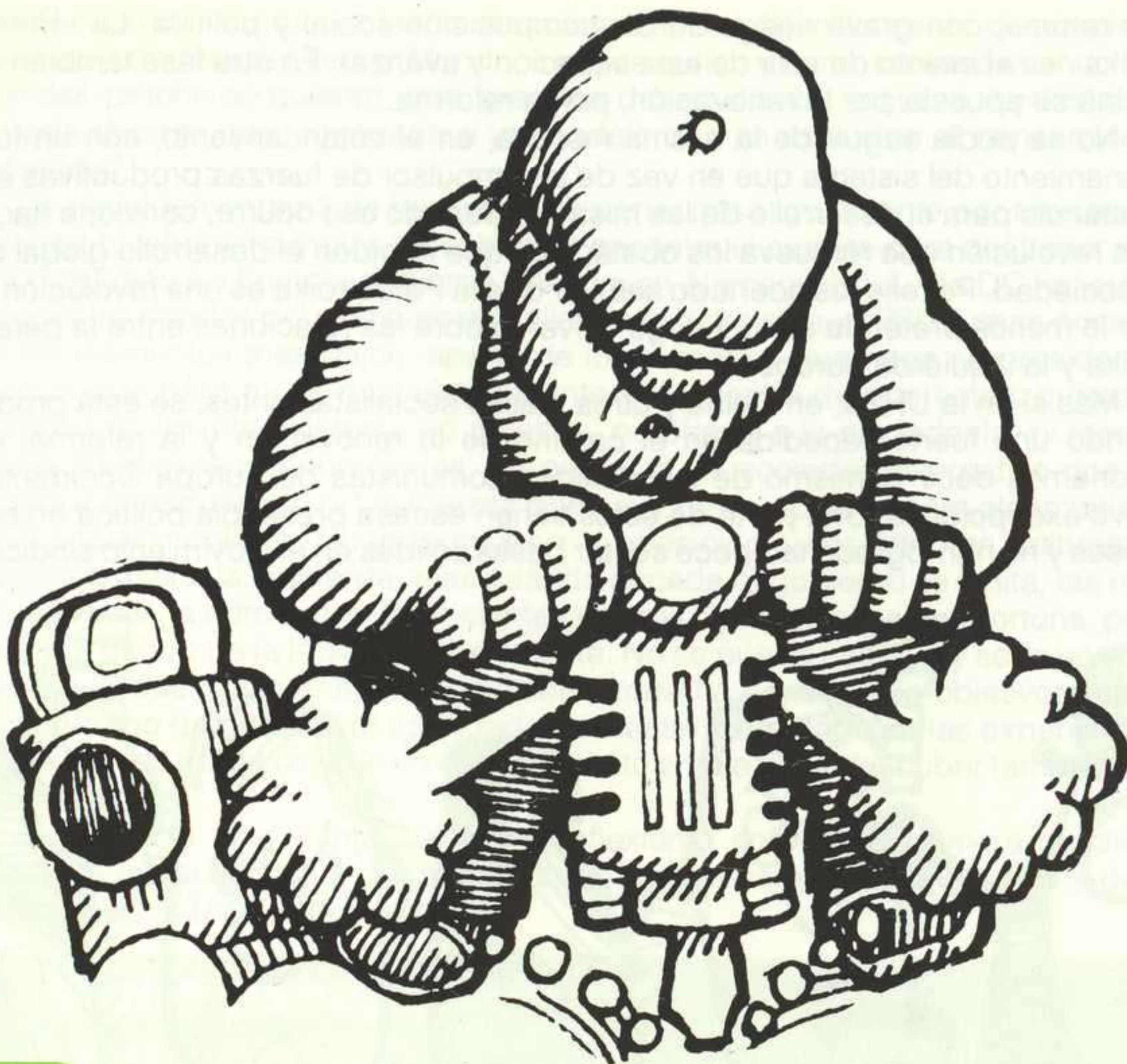
Desde ese criterio, es preciso dotar a todas las Comunidades de una «coherencia federal», abrir un proceso político que sin limitar las aspiraciones de nadie construya para todos un cuerpo homogéneo. En esa dirección, se plantea desde ahora mismo la reforma de los Estatutos. Con la lógica de la LOAPA, la continuación de procesos de transferencias —por otra parte, concluidos— sólo conduce a inutilizar a los Estatutos como instrumentos para intervenir en la realidad.

La reforma estatutaria debe ir acompañada de un proceso de conformación de un auténtico poder político coherente con el proceso con el pacto institucional. El poder político supone caminar en dos direcciones: ① romper un circuito de decisiones viciado que ha multiplicado las instituciones paralelas y los aparatos burocráticos (de ahí la necesidad de suprimir la organización periférica del Estado, los gobernadores civiles y las diputaciones provinciales) y ② permitir a las Comunidades encontrar interlocutores y políticas en su propio tejido social, diseñar sus programas de transformación en el espacio de lo concreto (de aquí la propuesta de invadir el marco de competencias estatales por la vía de su delegación).

Si se evita un diseño temporal (una propuesta de fases) es para facilitar la reconstrucción de un cuadro de alianzas estatal para la transformación del Estado. Plantearse como objetivo un diseño completo, que ha de sujetarse a movilización social y política, supone poner en manos de la lucha social las cuestiones del Estado.

Proponemos en definitiva, modificar la pirámide institucional construyéndola sobre una base regional y local. Cuestionamos la idea de una «modernización económica y política» amparada en la centralidad totalizante del Estado.





Repensar la izquierda

NICOLAS SARTORIUS

El título de este artículo, a fuer de escueto, exige una breve explicación. ¿Qué quiero decir cuando sostengo que es necesario repensar la izquierda?. Desde luego no que haya que tirar por la borda todo lo que ha significado la herencia teórica y práctica de la izquierda, en sus varias manifestaciones. Sería injusto. Tampoco que se deba intentar una nueva interpretación del mundo desligada del impulso y la acción para transformarlo. Sería estéril. La cuestión por el contrario consiste, a mi entender, en la necesidad de que la izquierda europea, en su conjunto, —marco abarcable con un cierto grado de homogeneidad— y en relación con otras realidades necesita, para seguir avanzando, la reformulación de una teoría para la época actual, que inspire su práctica concreta. En una palabra, tengo la sensación, desde hace algún tiempo, al igual que otros dirigentes comunistas y socialistas, que hemos llegado a un cierto agotamiento de un modo de hacer y de pensar que hundía sus raíces en la revolución industrial, en otras circunstancias del mundo.

La revolución industrial ya es historia

La izquierda europea, históricamente y a grosso modo, ha tenido grandes componentes: la comunista, marxista-leninista, inspirada en la Revolución de Octubre y la socialista, socialdemócrata, en sus diferentes variantes. Sin duda, las realidades que abarca son muy diferentes en cada país pero creo que hoy se encuentran, de una y otra parte, embarcadas en un parecido empeño: ponerse al día, renovarse, cambiar. Se ha tomado conciencia, parcial todavía de este agotamiento y se hacen esfuerzos por superarlo.

En la URSS, por ejemplo, se había llegado a juicio de sus líderes a un punto

sin retorno, con grave riesgo de descomposición social y política. La «Perestroika» es el intento de salir de esta situación y avanzar. En otra fase también en China se apuesta por la renovación, por la reforma.

No se podía seguir de la misma manera, en el estancamiento, con un funcionamiento del sistema que en vez de ser impulsor de fuerzas productivas era obstáculo para el desarrollo de las mismas. Cuando eso ocurre, conviene hacer una revolución que remueva los obstáculos que impiden el desarrollo global de la sociedad. Por ello, es acertado señalar que la Perestroika es una revolución, o por lo menos pretende serlo. Luego volveré sobre las relaciones entre la perestroika y la izquierda europea.

Más si en la URSS, en China y otros países socialistas antes, se está produciendo una fuerte sacudida en el camino de la renovación y la reforma, no podríamos decir lo mismo de los partidos comunistas de Europa Occidental, salvo excepciones. Una parte de éstos tienen escasa presencia política en sus países y no han logrado tampoco sentar bases sólidas en el movimiento sindical:



otros han sufrido procesos de división —como el nuestro—, que les ha debilitado y de cuya situación cuesta salir aunque existan perspectivas más positivas. Algunos se han deslizado por la pendiente de la decadencia y otros, casi en solitario, no pasan tampoco por su mejor momento. Los partidos comunistas de Europa Occidental tienen que realizar una profunda reflexión teórica y práctica si no quieren correr el riesgo de convertirse en una fuerza marginal de la izquierda europea.

Hay que reconocer que la tradición socialista o socialdemócrata ha conseguido la hegemonía en la izquierda y, de momento la ejerce. Salvo el caso de Italia, ello parece indiscutible. Pero, qué ha hecho con esta hegemonía que mantiene desde hace largos años, en muchas ocasiones desde el poder. ¿Podríamos decir, con rigor, que esta fuerza hegemónica en la izquierda, en Europa Occidental, en los países de la CEE, ha llevado adelante algún proyecto de transformación social en una dirección de superación del sistema capitalista?

Una Europa dominada por las multinacionales, con 16 millones de desempleados, depredadora del Tercer Mundo, a la que quitan y pone cohetes cuando las grandes potencias quieren, con grandes desequilibrios sociales, territoriales, ¿puede decirse que responda a un modelo que se aproxime al pensamiento socialista?

La socialdemocracia de hoy, por otra parte, pasa igualmente por momentos difíciles. El laborismo inglés no acaba de encontrar el camino para destronar a la Sra. Thatcher; En Francia gobierna Chirac y en Alemania Kohl, y la DC ha vuelto a coger las riendas del gobierno en Italia. En nuestro país, el PSOE pasa por uno de los momentos más bajos, aparte de los peinados que haga su presidente. Pero lo que para mí es más preocupante es el hecho de que esta izquierda europea realmente existente no muestra, no ofrece a la ciudadanía, ni menos aún a las jóvenes generaciones, un proyecto de sociedad alternativo que se pueda ir construyendo ni las fuerzas que hay que combinar para alcanzarla, a nivel social y político. Cuando está en la oposición suele adoptar actitudes y objetivos más a la izquierda, mas cuando accede al gobierno se limita, las más de las veces, a administrar lo existente con más o menos eficacia y fortuna, pero siempre dentro de la lógica de lo existente. No se puede negar —y sería un error hacerlo— que la experiencia socialdemócrata ha conseguido objetivos reales en el terreno de una mayor igualdad y bienestar sobre todo en las experiencias de los países nórdicos, que en este momento empiezan a descubrir también sus propios límites.

Llegados a este punto, conviene reflexionar sobre una primera cuestión: ¿Cual es la causa profunda de esta crisis ó estancamiento de la teoría y de la práctica de la izquierda europea?

¡Nadie escapa a esta crisis!

Habría que señalar, como primera aproximación, que la crisis que tenemos que afrontar es un fenómeno de carácter mundial al que de una u otra manera, no escapa nadie. La interrelación de los fenómenos económicos, políticos, culturales y militares es de tal naturaleza que solo desde una visión articulada de carácter global podrían tener solución los problemas del mundo actual en una perspectiva estable y duradera. El mundo se está haciendo pequeño, la humanidad tiene problemas comunes, deviene una Comunidad no retórica, y de aquí hay que partir.

En primer lugar se abre camino la idea de que la lógica de los bloques, de la disuasión, del rearme a nivel cada vez más alto en base a la desconfianza mútua que surge poco después de la II Guerra Mundial, es un callejón sin salida que conduce al resultado opuesto al que se pretende, ya que todo ello produce una mayor inseguridad colectiva en el plano militar; provoca continuas crisis económicas; arruina a los países del subdesarrollo y crea tensiones peligrosas en distintas regiones del planeta. Que duda cabe que los infinitos gastos militares son el obstáculo más serio para el desarrollo económico y social de los pueblos : están en la base de las dificultades del campo socialista, del déficit de los USA y sus consecuencias nefastas sobre Europa, de la ruina de múltiples países en diferentes partes del mundo agobiados por la Deuda. No existe hoy, por lo tanto, un objetivo más transformador que el de la lucha por la paz, por el desarme, por conquistar una nueva realidad de seguridad colectiva basada en la cooperación, en el interés común, que destierre, de una vez por todas, la idea del equilibrio del terror. Esta es y no otra la alienación más profunda del mundo de hoy. Alienación en el sentido filosófico del término: es decir, como creación consciente que se objetiviza, se escapa de las manos del creador y se revuelve contra él dominándole y pudriendo su propia esencia.

A nadie se le escapa la complejidad de los asuntos del desarme, de la distensión y de la seguridad colectiva. Aquí tiene la izquierda un campo privilegiado de colaboración, en el que no se pueden hacer concesiones. En este sentido, nuestra posición es clara: son trascendentes las iniciativas tomadas por la URSS en este terreno, los acuerdos sobre la eliminación de los cohetes de alcance intermedio que afectan a Europa, pero ello no es más que el principio. Hay que presionar para que se alcancen acuerdos que conduzcan a la desaparición de las armas estratégicas —empezando por el 50%— y otras de destrucción masiva e ir limitando paulatinamente las de carácter convencional —aunque todo hay que decirlo, un arma cargada no es nunca nada convencional—.



Colaboración a favor de la distensión

En este campo, los partidos de la izquierda deberían elaborar una posición propia común de la que carecen. No se trata sólo de saludar o sumarse a las iniciativas ó decisiones de uno u otro bloque, por muy decisivas que sean, por razones obvias, en este campo. Reikiavyck demostró lo facil que es colocar a Europa fuera de juego. Y el camino acertado, en nuestra opinión, no es convertir a Europa en un tercer bloque ó en un pequeño bloque dentro de otro más grande —el pilar europeo dentro de la OTAN, como se sostiene por algunos, entre ellos el presidente González. Es decir, la idea de que si las grandes potencias llegan a acuerdos sobre armas atómicas estratégicas, Europa debe crear un nuevo eje para equilibrar en las convencionales la supuesta ó real superioridad del Pacto de Varsovia en este terreno: o sostener que Europa —leáse Francia, Inglaterra— deben tener su propio arsenal atómico. No es ese el camino que la izquierda debe defender, porque sólo conduciría a un tipo nuevo de rearme, como tampoco caer en posiciones irreales y lanzar mensajes que puedan ser interpretados por la opinión pública en el sentido de que se pretende dejar inerte al continente ante aventuras a las que pudieran lanzarse unos u otros. Toda comunidad política y la CEE lo será cada vez más, debe tener su sistema de seguridad colectiva que le garantice el respeto de la voluntad de los que la componen. Para ello es imprescindible ir elaborando pacientemente un nuevo concepto de seguridad basado en la cooperación económica, tecnológica, cultural y política con los países del COMECON: alcanzar un grado cada vez mayor de autonomía respecto a los USA, hasta lograr unas relaciones de igualdad y abandonar las prácticas de dominación neocoloniales, convirtiéndolas por el contrario en factor de desarrollo en todos los campos para los países del Tercer Mundo. Estas son las líneas que crearían seguridad colectiva sólida junto a cuestiones más concretas como la desnuclearización del continente, el alejamiento de las armas de las fronteras; la desaparición de bases y tropas extranjeras en un lado y otro de Europa, la negociación a la baja de las armas convencionales el control y verificación mútuo; la prohibición de la fabricación ó comercio de armas de entes privados. De ahí que la entrada tardía de España en la OTAN, la permanencia de bases americanas en España y la política de gastos en defensa excesivos de estos años no nos parezcan ninguna contribución a esta línea de pensamiento, sino todo lo contrario.

¿Podemos imaginar lo que supondría para la humanidad el que EE.UU. y la URSS, la CEE, el COMECON y Japón encontrasen un espacio de entendimiento para dedicar lo ahorrado en armamento a una ayuda masiva para el desarrollo del Tercer Mundo, en el marco de las Naciones Unidas?. Puede parecer una utopía, más no creo que fuese una acción de mecenazgo sino que contribuiría, también, a impulsar a un nivel superior las economías de los mecenas. En el caso de Europa, probablemente es lo único que podría acabar con el desempleo a largo plazo. Otra cuestión inquietante es saber si el sistema que impera en la CEE y USA puede sobrevivir tal cual sin relaciones de desigualdad con el Tercer Mundo y sin armas, interrogante que sólo la vida irá despejando, pero la izquierda dejaría de serlo sino apuesta por el desarme y el fin de todo neocolonialismo. De lo contrario, carece de todo proyecto propio.



No sólo de desarme se hace el futuro

Más la crisis no es solo una crisis de armas. La izquierda tiene que arreglar las cuentas y aclarar su posición respecto a la ciencia, la naturaleza y el Estado. Porque en el fondo de las tribulaciones de nuestra época está, sin duda, el hecho de que estamos cambiando todo el sistema de medios de producción. Es decir, lo que se ha venido en llamar revolución científico-técnica supone una relación distinta del hombre con la producción, con la naturaleza, de los hombres entre sí y de éstos con el Estado.

En este sentido tenemos que modificar algunos conceptos o por lo menos tenemos que reafirmar algunos y desarrollarlos. A veces me dá la impresión de que hemos olvidado cuestiones esenciales de los clásicos y la gente tiene una idea opuesta de lo que realmente queremos hacer: ciertamente mal nos hemos debido expresar ó francamente bien lo han hecho los adversarios ideológicos. Pero la realidad es que no siempre la izquierda aparece como la portadora de la teoría de la abundancia, de la expansión de las riquezas, como defensores más consecuentes de la revolución tecnológica y no hay nada más querido para los clásicos del socialismo que la idea del desarrollo de las fuerzas productivas. Marx afirmaba —aunque no lo desarrolló— que la ciencia era la única fuerza productiva comunista en sí misma considerada, queriendo decir con ello, que la ciencia tiene tendencia irrefrenable a expandirse de forma universal y no es fácil aprenderla en el marco de la propiedad privada, aunque se intente. Por eso, tiene razón Richta en los años 70 cuando decía que la revolución científico-técnica es, por esencia, un proceso de transformación universal y permanente de todas las fuerzas productivas de la sociedad y de la vida humana, de toda su estructura; por esto es, al mismo tiempo, un proceso social revolucionario profundo que cambia el lugar del hombre en la producción de su propia vida y todas las condiciones que rigen las relaciones sociales: repercute sobre la naturaleza y la estructura del trabajo, el nivel de cualificación, la extensión y las formas de la



educación, el perfil de la vida y las necesidades, el carácter del medio de vida, las relaciones del hombre con la naturaleza, el lugar del hombre en la sociedad, los modos de gestión y los métodos de pensamiento. Olvidar esto, por parte de la izquierda, sería un error profundo y una de las razones de su estancamiento. Como también lo sería pensar que se trata de un proceso objetivo que inexorablemente conduce a una sociedad socialista ó comunista. Por el contrario, la revolución científico-técnica puede estar dominada por el militarismo, como hoy ocurre en gran parte, o por el desarrollo civil, puede ser factor de desarrollo de todos ó de dominación de unos pocos; puede generar desempleo masivo ó permitir la liberación del trabajo penoso y repetitivo, la reducción de la jornada o la aparición del ocio creativo. Depende de quién hegemonice la aplicación concreta de esta formidable fuerza productiva y cómo se aplique. Hoy, hay que reconocerlo, son en Europa las multinacionales quienes encabezan el proceso, con sus formas específicas de planificación. Y cuando los Estados intervienen lo

suelen hacer en la esfera de la Defensa. Razón tiene el Doctor Navarro cuando afirma que el Departamento de Defensa USA es el segundo órgano de planificación más importante del mundo, después del Gosplan Soviético. Precisamente porque en Europa la dirección del proceso está en manos del capital, la crisis se está resolviendo con abundancia de desempleo, recortes del Estado del bienestar, exagerada deuda del Tercer Mundo. La nueva situación exigía una nueva acumulación de capital superior a las anteriores y ésta se hace a costa del trabajo de los países más débiles, como ha sucedido en otras épocas, cuando la dirección está en las mismas manos.

Producir, repartir, democratizar

Aquí se libra la hegemonía de los sistemas sociales y la dirección del proceso económico y político general. La izquierda no puede olvidar nunca que si quiere transformar la sociedad tiene que arrebatarse esta hegemonía a la derecha económica. Hay que reconocer el retraso en este sentido.

Gorbachov lo ha comprendido perfectamente para el caso de la URSS. La «perestroika» es también la respuesta a este gran reto. El socialismo avanzará si demuestra en la práctica que produce bienes más y mejor —más necesarios para el ser humano—, si reparte lo producido de forma más igualitaria y ello sólo es posible e indisoluble con una democracia avanzada. Pero sobre todo más democracia. El propio Den Siaoping afirma que hoy no pueden probar que en ese sentido el socialismo sea superior al capitalismo. No hay ninguna homologación —dice irónicamente— entre pobreza y comunismo ó socialismo.

Para la izquierda, toda la izquierda, es importante el destino de la «perestroika», pero sería estéril regresar, por parte de los comunistas, a los mimetismos del pasado. Tenemos que plantearnos seriamente un modelo nuevo para el desarrollo económico de nuestros países, y de la CEE en su conjunto, que no puede ser igual al de otros países. Sería absurdo por mi parte pretender exponer un modelo hoy aquí.

Pero hay algunas ideas que quizás fueran interesantes para la reflexión:

1) La izquierda tiene que elaborar su propia teoría sobre la empresa. Hasta hoy ha sido un dominio casi exclusivo del pensamiento no socialista. La empresa no es sólo el lugar donde se explota a los trabajadores y los problemas que ello comporta. Es también el lugar donde se producen los bienes y servicios para



sustentar la sociedad, y hay que lograr una empresa más eficiente, más segura en cuyas decisiones participen realmente los que en ella trabajan. Es decir una empresa articulada con la sociedad y democrática en su funcionamiento. Empecemos por las públicas.

2) La izquierda tiene que replantearse la relación entre la autogestión: la planificación ó programación y el mercado. Aparece demasiado la idea de que el mercado es cosa de la derecha y la planificación de la izquierda. Hay que encontrar un equilibrio adecuado en la conducción general de la economía. El plan es necesario para lograr un proceso de crecimiento ordenado y de distribución equitativa de cargas y beneficios, además de una mayor democratización de las decisiones económicas, con participación sindical, pero el mercado es insustituible en la asignación acertada de recursos, toma de decisiones y freno al subjetivismo de los planificadores. La autogestión por su parte, garantiza realmente la participación y el control social.

3) La izquierda debería ofrecer una alternativa a la relación entre sector público, sector social y sector privado; estableciendo claras reglas de conducta de ambos, así como del papel y estructura de dicho sector público. La iniciativa privada, en una economía mixta debe tener un espacio seguro y fecundo.

El sector público debe ocupar el terreno de aquellas empresas o sectores que por su naturaleza sean públicas, aunque la propiedad hoy sea privada. En la actualidad existen auténticos servicios públicos que están gestionados privadamente, como los bancos o las eléctricas. El sector social o cooperativo hay que expandirlo.

El sector público de la economía, programado en sus objetivos fundamentales, debería tener una gestión más descentralizada y democrática. Por ejemplo, los ayuntamientos deberían convertirse en agentes económicos de primer orden y gestores de determinados servicios como el educativo, sanitario, etc. El sector público, al igual que la Administración pública, tiene que funcionar con criterios de eficacia, competencia y beneficios de sus componentes según resultados, con las excepciones obligadas de aquellas que funcionan con precios políticos.

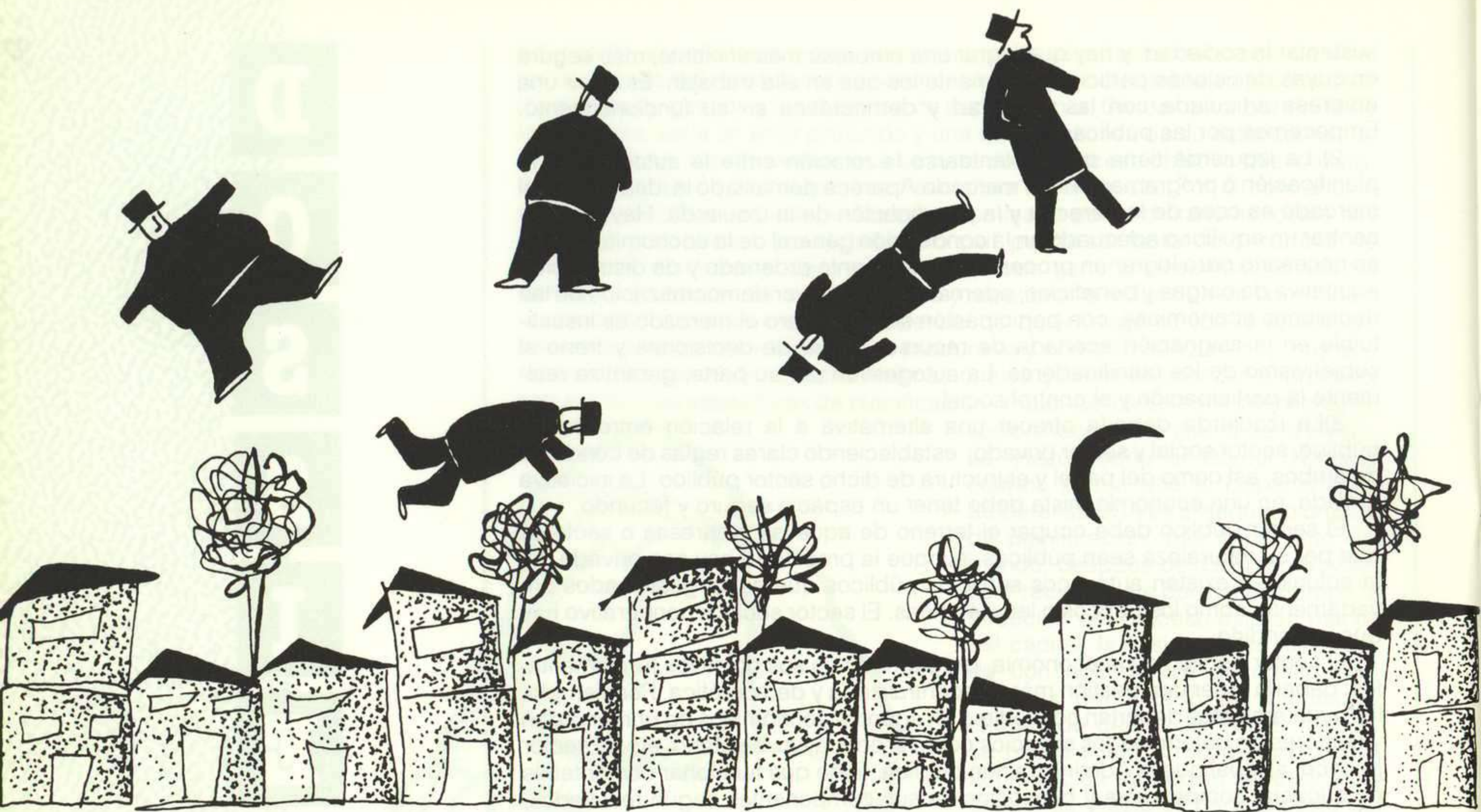
4) La izquierda debería integrar en su proyecto de desarrollo económico el factor ecológico como un elemento estructural del mismo. Si el objetivo de la producción hoy es maximizar el beneficio y, por añadidura, cubrir ciertas necesidades, la finalidad de la nueva economía debería cubrir necesidades sociales conservando el medio, y por añadidura obtener beneficios. Se trata de ofrecer una manera distinta de producir y de consumir, incidiendo en la calidad de la vida, en el gasto social, en el bienestar colectivo y general. En una palabra, la protección y reestablecimiento del medio natural humano debe convertirse en el objetivo básico del desarrollo, como necesidad primaria del hombre. Ahora asistimos a un crecimiento depredador suicida, tan peligroso como el arma atómica que puede conducir al infarto ecológico, como se ha dicho.

5) La izquierda debe profundizar en su teoría del reparto equitativo de la riqueza, evitando que ello conduzca al desestímulo, a la inoperancia, a la vagancia, en una palabra, a la improductividad. Sostengo, que un reparto más igualitario de la riqueza y el bienestar es un factor decisivo para la productividad de un sistema económico, sobre todo a partir de un determinado nivel. En este sentido, hay que plantearse las grandes vías para el reparto de lo producido: la negociación colectiva, tanto en el sector privado como en el público; la política fiscal y presupuestaria y los acuerdos sobre productividad, hoy prácticamente inéditos en nuestro país.

Mas si las cuestiones referentes a la ciencia, la relación con la naturaleza y la producción están en la base de toda gran revolución, no se puede avanzar si no arreglamos las cuentas igualmente a ese monstruo frío y distante que es el Estado, como decía De Gaulle. Este siempre ha estado en el centro de las reflexiones de la izquierda y, no obstante, es el que nos ha jugado peores pasadas.

El papel contemporáneo del Estado

Los marxistas —y no sólo nosotros— hemos teorizado sobre la paulatina desaparición del Estado y, al final, en no pocas ocasiones, hemos deificado en la práctica su papel y ha ido creciendo sin parar donde hemos gobernado. De necesidad hemos hecho virtud, y como siempre ocurre en estos casos, el objeto se ha revelado contra el sujeto, dominándole. Se trata, sin duda, de otra gran alienación o si se prefiere de otra gran estupidez. Lenin dijo en una ocasión que el comunismo era «la electrificación de Rusia más el poder de los Soviets», una clarividente definición (producción-Estado); pero al final, en la historia posterior, quedó más bien le electrificación. Hoy se reproduce con acierto la misma idea:



reforma económica radical, más democratización; es importante que no se quede en reforma económica, porque entonces no será radical.

La izquierda, pues, debe reformular el papel del Estado. La utilización por un Estado central mastodóntico de los recursos de la revolución científica son para echarse a temblar. A este respecto, la izquierda debería plantearse cuatro grandes operaciones. La primera es fortalecer la sociedad civil, sus instrumentos de participación y control, que en el caso de nuestro país son harto débiles: sindicatos, asociaciones de todo tipo, partidos políticos, etc., respetando su independencia como sujetos activos de las transformaciones sociales. En segundo lugar, repartir el poder sobre una estructura federal, con mayor protagonismo de las Comunidades Autónomas y Ayuntamientos, con un reparto financiero que hemos propuesto sea de 50/25/25. En tercer lugar, ir quitando peso a medida que avanza la política de desarme y distensión, a los gastos de Defensa, al aparato militar y, en general, a todo aquello que el Estado tiene de dominación sobre las personas, descentralizando estos servicios, acercándolos a las necesidades territoriales —aparatos policiales, etc.,—. Por último, revalorizar el peso de las asambleas representativas (Parlamentos, Comunidades, Ayuntamientos) creando nuevas formas de participación ciudadana/vecinal. Todo ello dejando clara una cuestión que a veces no lo está. No hay nada más estéril en el debate de la izquierda —sobre todo comunista— que el contraponer o litigar sobre los conceptos de democracia formal y democracia real. Es la vieja historia sobre la forma y el contenido; ambas forman una unidad indisociable y en las condiciones históricas de Europa la democracia quiere decir, entre otras cosas, el sufragio universal; las elecciones periódicas y libres; el poder fundar partidos, y todo tipo de asociaciones que no sean delictivas o violentas; libertad sindical y derecho de huelga, poder manifestarse o reunirse libremente y expresar las ideas con libertad; todas ellas conquistas y reconquistas de los pueblos de Europa, que no son meramente formales, aunque es evidente que deben desarrollarse, profundizarse, extenderse, pero jamás, perderse, porque forman parte del patrimonio más válido de nuestros pueblos y son consustanciales con cualquier idea de socialismo en esta parte del mundo.

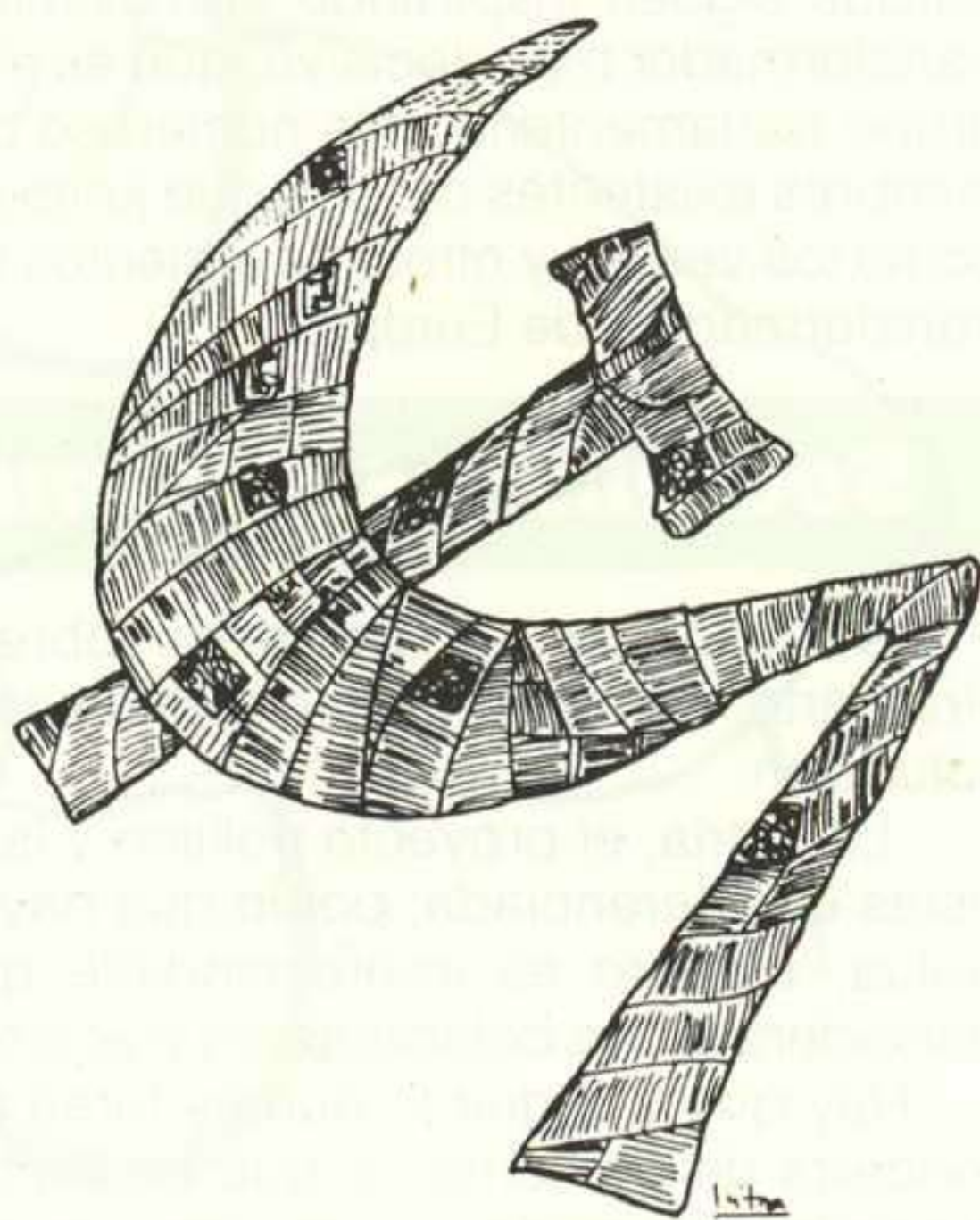
La democracia y el socialismo son, en este sentido, inseparables, lo que no quiere decir que los instrumentos e instituciones de una democracia tengan que ser iguales en todas partes, si bien el contenido esencial debe respetarse y el contenido esencial es el que existan cauces adecuados y reales para que los hombres y mujeres que viven en una colectividad decidan sobre su destino a través de una información y participación efectiva, sin necesidad de grandes

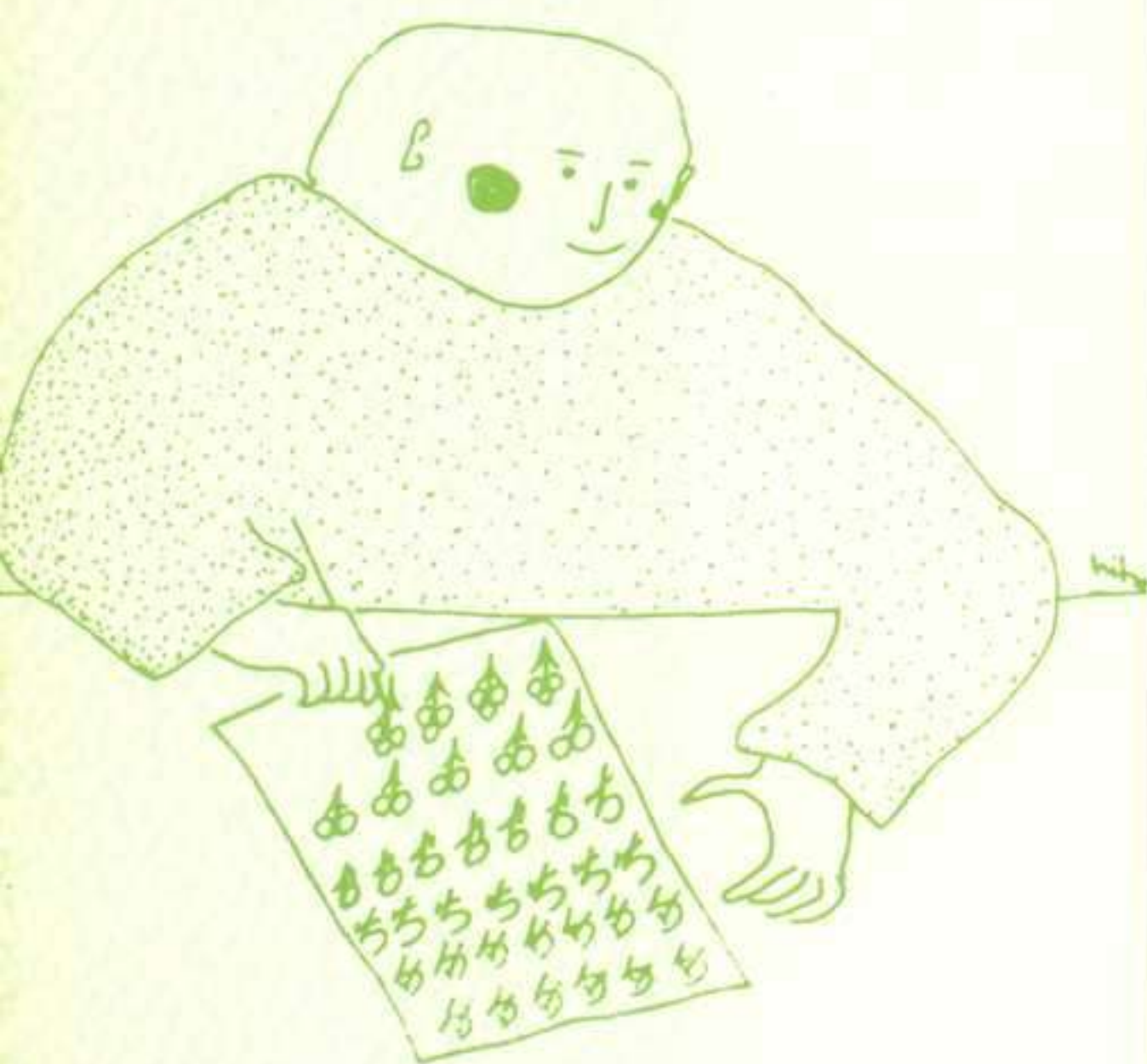
hombres de Estado ni individuos carismáticos, o grupos de déspotas ilustrados que al final son sólo lo primero, que decidan por ellos. Es decir, el socialismo en definición más actual sería automatización, más abundancia, más democracia. O con otras palabras, un desarrollo superior de las fuerzas productivas, una abundancia estimuladamente repartida y una participación cada vez más efectiva de los ciudadanos a través de la democracia representativa y directa, el ejercicio pleno de todas las libertades públicas. A mi no me cabe duda de que el socialismo es superior al capitalismo como forma de producción y reparto de la riqueza. Pero en la realidad de las cosas, para mayoritarios sectores de opinión, la cuestión no está nada clara... Esta es una de las dificultades en el avance de las ideas del comunismo en esta parte del mundo y de ahí la importancia de que grandes líneas estratégicas como la «perestroika» y otras se abran camino y tengan éxito.

Europa para el que la trabaja

Ahora bien, las cuestiones referentes a los problemas internacionales y de seguridad, de la revolución científico-técnica y el nuevo modelo económico, así como la concepción del estado y la expansión de la democracia no pueden abordarse con un mínimo de seriedad si no se plantean las cuestiones en la realidad concreta adecuada. Hoy ese espacio, privilegiado, aunque no único, para nosotros en el territorio de la CEE. El desarrollo de la CEE presente, y no digamos futuro, ha erigido un nuevo espacio para la pugna social y política, es decir, una nueva realidad concreta como nudo específico de contradicciones. No tener en cuenta esto es el error más grave de análisis que la izquierda puede cometer en estos momentos. La cuestión no es, por tanto, si la CEE es buena o mala, está o no dominada por las multinacionales y enfeudada a USA, si en ella prevalece el eje Paris-Bonn o si nos están inundando de productos y al final el negocio del ingreso se salda con déficit o superavit. Estas son cuestiones, sin duda, a las que tenemos que hacer frente, pero no cambian el problema de fondo. El meollo es que la izquierda —comunista, socialista— tiene que asumir de una vez por todas que el desarrollo de la CEE es un proceso objetivo imparabile e irreversible con inmensas posibilidades positivas o negativas y que debe ponerse a la cabeza de ese proceso para orientarlo en una dirección progresista. El atraso, en este sentido, es considerable. La izquierda, uno de cuyos patrimonios más cantados han sido la solidaridad y el internacionalismo, se aferra a veces a las realidades nacionales y encuentra dificultad para abrir dinámicas en espacios superiores. Es trágico observar como después de 30 años de la firma del Tratado de Roma, cuando se acaba de acordar el Acta Unica Europea, para un horizonte tan cercano como el 1992, la izquierda europea está tan poco coexionada y sin un proyecto común que ofrecer. Porque de una lado, a nivel sindical, la CES no repira y ha dejado fuera realidades tan poderosas como CC.OO., la CGT francesa y la Intersindical Portuguesa; a nivel político, los partidos comunistas tenemos opiniones francamente divergentes de cómo afrontar el tema de la CEE y su futuro cuando ya deberíamos haber formado la Confederación de Partidos Comunistas de los países de la CEE, no hemos conseguido todavía reunirnos para discutir, a nivel informal, qué problemas comunes tenemos o simplemente qué pensamos a una cuestión urgente como es si podemos acudir a las próximas elecciones al Parlamento Europeo con un programa mínimo concertado (por supuesto digo esto, salvando la relación existente en el Grupo Parlamentario Comunista del Parlamento Europeo). Los socialistas tampoco tienen ideas comunes, vease sino la postura de los laboristas ingleses o de los propios franceses en el tema nuclear.

A veces tengo la impresión de que es como si estuviera jugando un partido de futbol en el Estadio Bernabeu, y nosotros nos empecinásemos en hacerlo en un solar cercano. No pode-





Hasan Fazlić

mos seguir así; hay que dar un impulso a la coordinación de la izquierda a nivel europeo; revitalizar la CES y completarla con el ingreso de CC.OO., CGT-Intersindical; construir órganos de coordinación de los partidos comunistas de los países de la CEE, para empezar a discutir temas concretos: elecciones, crisis económica, seguridad, etc. Profundizar en el tema de la unidad de acción con fuerzas socialistas, socialdemócratas, verdes y otros grupos de progreso en la línea del PCI y discutir de estas cuestiones también con los partidos comunistas de los países socialistas.

Para elaborar una estrategia europea, hay que plantear sin duda, correctamente el problema de las alianzas políticas y sociales. Aquí la cuestión de la relación de comunistas y socialistas es clave. Y es clave por varias razones: porque siguen inspirando el movimiento de masas más importante, el sujeto transformador más decisivo, que es el sindical; porque son el primero y el cuarto grupo parlamentario más numeroso del Parlamento Europeo. Es decir, son los mimbres existentes con los que junto a otros de nuevo cuño que van surgiendo, como los verdes y otros movimientos sociales tenemos que hacer el cesto de la transformación de Europa.

Socialistas y comunistas

Es lógico que en la polémica sobre la política concreta se cometan, de una y otra parte, excesos, pero deberíamos fijar con más claridad algunas líneas de actuación:

- La teoría, el proyecto político y la práctica concreta de socialistas y comunistas es diferenciada, por lo que hay que alejar cualquier idea de satelización mutua; empero es imprescindible que encontremos espacios comunes de coincidencia, de colaboración y acción, tanto a nivel nacional como europeo.

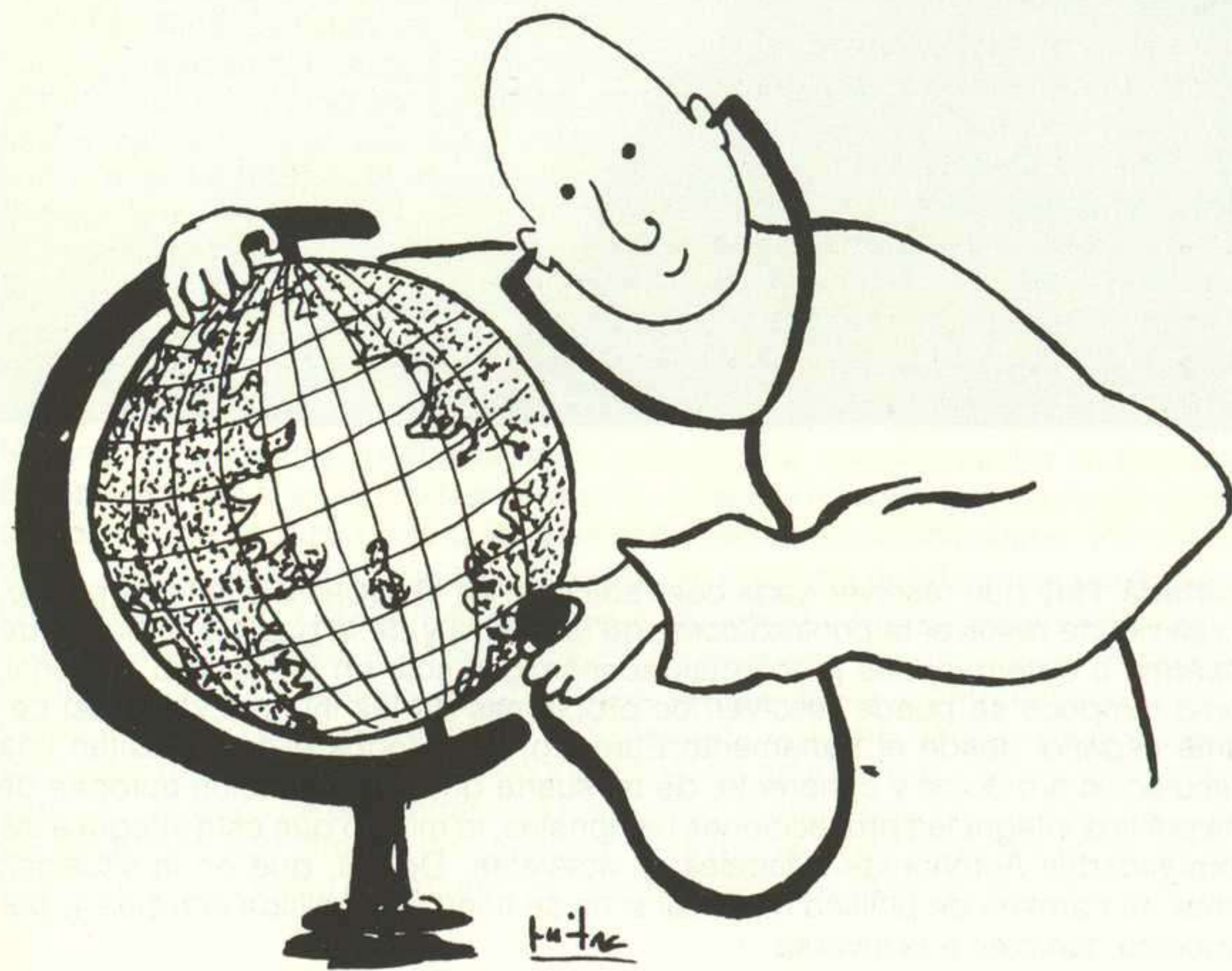
-Hay que distinguir lo que es tarea de oposición, dura incluso, a una política concreta de gobierno, lo que es legítimo, con la descalificación mutua de los proyectos que cada cual encarna, que es estéril y hasta suicida. No es lo mismo

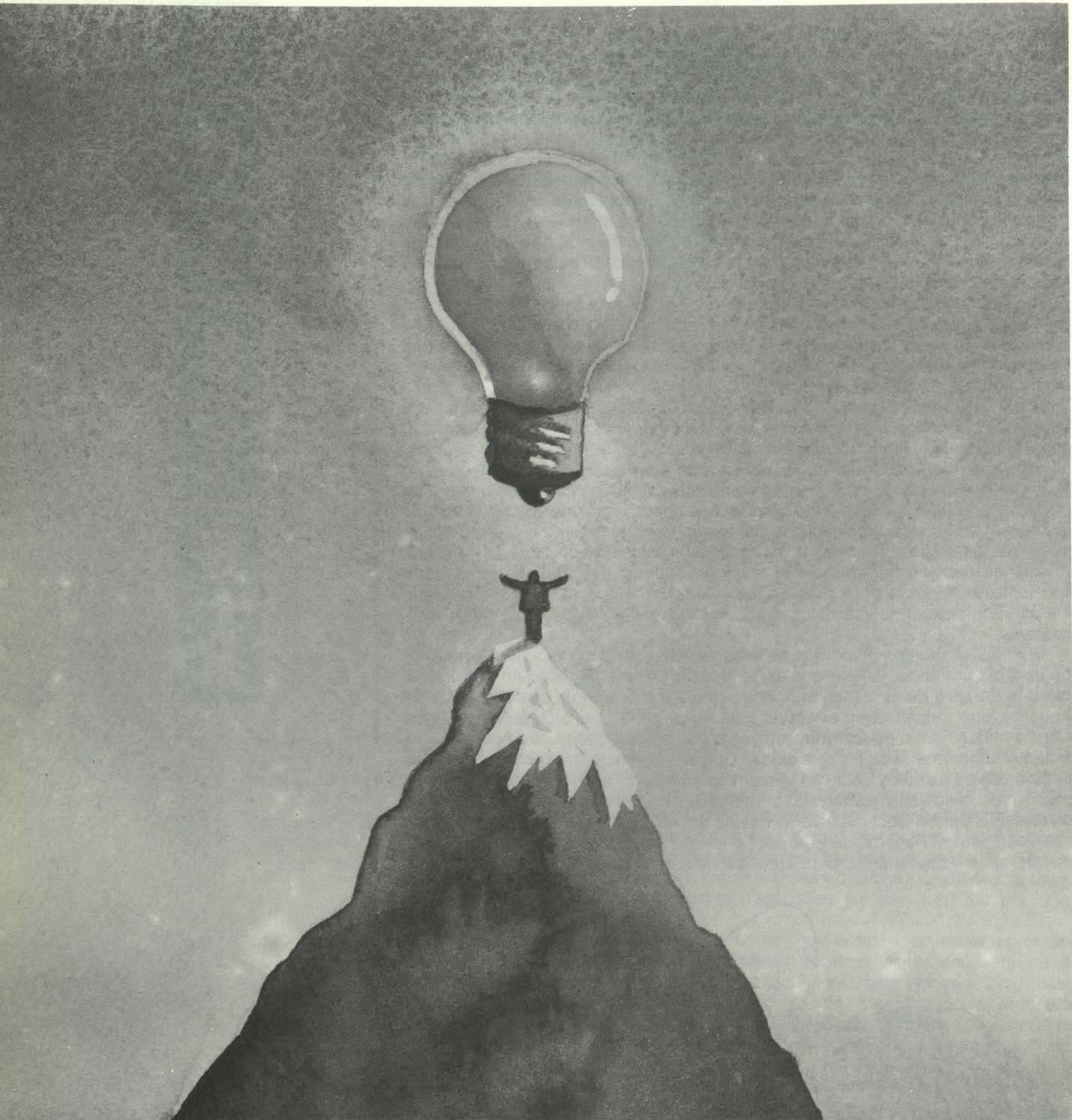
afirmar que el gobierno PSOE hace una política derechizada o que algunos de sus ministros tienen muy poco de socialistas que afirmar que el PSOE ha dejado de ser un partido de izquierda, o que la socialdemocracia es una ideología burguesa que ha traicionado a los trabajadores. No creo que piensen eso los trabajadores suecos de Olof Palme, por poner un ejemplo. No es lo mismo, en sentido inverso, mantener que los comunistas hacemos una oposición excesiva, o incluso destructiva, que sostener que somos un partido antidemocrático que conviene situar al margen del campo político, o que el comunismo es por esencia una ideología totalitaria. A partir, por lo tanto, de la diferenciación y de la no descalificación, busquemos espacios concretos de colaboración. Tan estéril me parece la confrontación permanente y global como los mensajes sobre la unidad orgánica política o sindical. Construyamos una fructífera unidad de acción en campos específicos, abramos un debate serio y compitamos ante la sociedad y los electores con nuestra teoría y nuestro proyecto.

-La política de alianzas o la construcción de un bloque de progreso en Europa no se limita a las relaciones comunistas-socialistas, por supuesto. Se trata de articular en la sociedad la acción de diferentes movimientos sociales y grupos de opinión y de éstos con la mediación política representativa a diferentes niveles territoriales e institucionales.

A partir de la idea de que los movimientos sociales son sujetos integrales y orgánicos del proceso de transformación y los partidos deben establecer con ellos relaciones de estricta igualdad e independencia. Referido a los sindicatos, no sólo hay que abandonar cualquier idea de correa de transmisión —peligro que hoy no se da tanto en el campo comunista como en el socialista, como ha podido comprobar la UGT— sino que hay que dar un paso más y aceptar que los sindicatos son organizaciones que participan con personalidad propia, desde su propia esfera de actuación, en los procesos sociales y políticos. Por lo tanto, relaciones con los partidos de tu a tu, dialécticas, independientes en todo momento, incluyendo gobiernos de izquierda. Por supuesto ello comporta que los partidos puedan criticar a los sindicatos cuando entiendan que están equivocados.

La construcción de un bloque de progreso de orientación socialista en Europa es tarea compleja, larga y que exige articularlo con la realidad nacional. Aquí pueden darse, y de hecho se dan, dos posturas a mi entender escoradas. La de aquellos que piensan que el espacio esencial de las transformaciones sigue siendo el nacional o estatal (hay incluso quien piensa que puede ser la Comunidad Autónoma) y la de los que opinan que el margen de maniobra de cambios nacionales es exiguo y sólo ven el espacio europeo. Cual sea el espacio apropiado para plantear y resolver determinadas contradicciones, a los diferentes niveles en que se desenvuelve la batalla social y política, desde los Ayuntamientos hasta el Parlamento Europeo, desde la localidad o país hasta el Continente, no es tarea sencilla; pero en ello radica el fundamento de una estrategia





acertada. Hay que resolver cada contradicción en el espacio que le es propio. No se puede resolver la contradicción de la guerra y de la paz o cuestiones de desarme o determinados problemas económicos sólo en el espacio nacional; como tampoco se puede resolver los problemas de las inundaciones del Levante español desde el Parlamento Europeo. Pero todos ellos necesitan una articulación armónica y coherente, de tal suerte que la proyección europea de una política integre las proyecciones nacionales, lo mismo que ésta integra a las Comunidades Autónomas o locales, y viceversa. De ahí, que en la situación actual se carezca de política nacional si no se tiene una política europea y, por supuesto, también a la inversa.

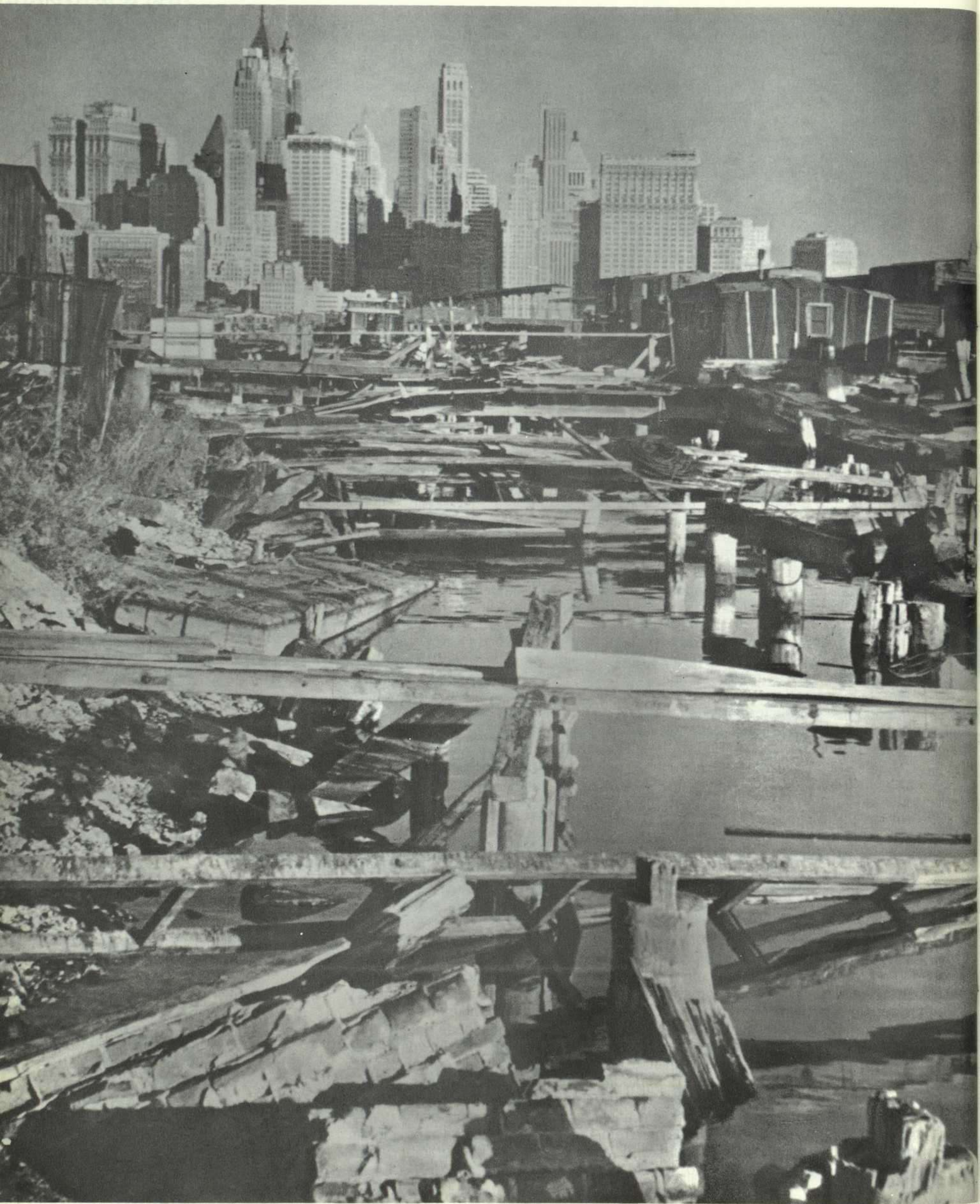
En mi opinión, pensando en España, tenemos un amplio margen de transformaciones propias, que la mayoría de los países europeos han realizado antes o de otra manera. En las estructuras agrarias, en el sistema financiero, en el avance tecnológico, en la Administración Pública y la Seguridad Social, en el sistema educativo; en las cotas de gastos y bienestar social o en el sistema fiscal. España, en este sentido, necesita un gran proyecto reformador de las estructuras productivas, de la distribución de la riqueza de la democratización y eficacia del Estado. Pero no nos equivoquemos. Al lado de esto, hay ya cada vez más cuestiones que no tienen solución armónica sino es en el espacio de la CEE y algunas incluso más allá. Los banqueros, las multinacionales los propios gobiernos a diferentes niveles, se reúnen continuamente para establecer políticas comunes o discrepar abiertamente, y nosotros tenemos que aprender de ese método, de lo contrario tenemos poco que hacer.

La seguridad de la Comunidad Europea

La izquierda europea es quien tiene más posibilidades de ofrecer una política de seguridad propia, relacionando con los países del COMECON, con los USA y con el Tercer Mundo. No puede continuar sin una alternativa real a las multinacionales en el terreno económico para lo que hay que lanzar la idea de crear sectores públicos multinacionales, con participación sindical, en toda una serie de campos estratégicos como el financiero, el energético, el de tecnologías avanzadas, el de armamento, estableciendo igualmente espacios europeos de mínimos en la política social, en el desarrollo de las áreas deprimidas, en la consideración programada de las políticas económicas; poniéndose en fin a la cabeza de la unidad política de Europa. A la derecha económica le interesa Europa como mercado, pero no como proyecto histórico de unidad política que un día se le pueda escapar de las manos y que como tal proyecto objetivamente tienda a ganar cada vez mayor independencia de USA. Fué Spinelli quien propuso un proyecto más acabado y Spinelli era de izquierda, ligado al PCI.

Siempre he creído que la fijación de la teoría era la muerte de la teoría y el agotamiento de la práctica y viceversa, y que esa era la gran enseñanza de los clásicos del marxismo, de donde se deducía que todo proceso transformador es heterodoxo con respecto a la teoría anterior lo mismo que toda teoría nueva que pretenda captar la realidad concreta en su movimiento es siempre diversa respecto a las prácticas revolucionarias anteriores. Con ello no estaba haciendo un canto a la heterodoxia, sino a lo que yo entendía era una aplicación correcta de la teoría de las transformaciones sociales.

Pues bien, hoy en la Unión soviética cuando se cumple el 70 aniversario de la trascendente Revolución de Octubre, se lanza la Perestroika como respuesta a los retos de un país al final del siglo XX. En China ocurre otro tanto, a otro nivel, con la política de reformas. En el campo de la socialdemocracia se elaboran nuevas ideas en el Partido Socialdemócrata Alemán, en el laborismo inglés y se debate sobre el papel de los partidos socialistas cara al futuro. El PCI también está inmerso en una seria reflexión después de los retrocesos electorales. Nosotros mismos hemos afirmado cara al próximo Congreso del PCE que hay que debatir a tumba abierta sobre todos los problemas que plantea la nueva situación de España, de Europa y del Mundo, con el objetivo, entre otros, de establecer de una vez la unidad de los comunistas, tan necesaria para fortalecer la democracia española, para que puedan avanzar nuestras ideas. En esta tarea, debemos alejar de nosotros cualquier tentación de imitación mimética, como también postura fundamentalistas de regreso a formulaciones pasadas. No creo que nuestra aportación a un proyecto de transformación de España y Europa radique ni en el fundamentalismo defensivo ni en la lectura pragmática y tacticista que se hizo de lo que se vino en llamar eurocomunismo. Por el contrario, creo que la dirección más fecunda es crear las condiciones para que en una tarea colectiva podamos repensar y resolver los problemas nuevos que se plantea a la izquierda, a los comunistas, en este área del mundo con el objetivo de lograr la gran síntesis de una sociedad socialista y democrática. Porque como es lógico para mí repensar la izquierda no quiere decir ni mucho menos constatar un agotamiento, sino sobre el análisis más lúcido posible de las cosas, seamos capaces de encontrar vías para reforzar esa izquierda, sus aspiraciones de desarrollo económico, de igualdad, de expansión de la democracia, de paz y desarme, que es su patrimonio, su razón de ser, hoy más necesaria que nunca.



La crisis del orden mundial y la perspectiva económica a largo plazo

JORGE ARAGON, JUAN JOSE CHAPERO, EDUARDO GUTIERREZ, SALVADOR JOVE, JAVIER DE QUINTO, JAVIER RAMOS, ANTONIO SUAREZ Y ENRIQUE VIAÑA.

En nuestra época, el mundo atraviesa una crisis tan solo comparable a la registrada entre 1914 y 1915. En aquel período, las relaciones internacionales fueron objeto de una profunda reestructuración, llevada principalmente a cabo por medio de la guerra. Como resultado del proceso, se hundieron los viejos imperios coloniales europeos y japonés; otro imperialismo, el estadounidense, ocupó la cúspide del poder mundial; y una nueva forma de vida, el socialismo, pasó a regir los destinos de gran parte del género humano. Hoy estamos asistiendo a una crisis de proporciones no menos vastas, cuyo resultado no podrá por menos de ser la sustitución del mundo bipolar que conocemos por un mundo multipolar, donde China, India, Irán, la Nación árabe, América Latina, el Africa Negra, el Sudeste Asiático y la Europa comunitaria, ascenderán decididamente al rango de primeras potencias, en pie de igualdad con Estados Unidos y la Unión Soviética.

La diferencia fundamental entre la reestructuración mundial de 1914—1915 y la de ahora mismo estriba en que la primera se llevó a cabo por medios predominantemente bélicos, mientras que la actual se está llevando a efecto por medios predominantemente (aunque no absolutamente) pacíficos. Por cierto que aquí hay una divergencia básica entre los medios preferidos por las fuerzas conservadoras del orden establecido y los preferidos por las fuerzas partidarias del cambio, en el sentido de que estas se inclinan por la paz mientras que aquellos muestran una peligrosa inestabilidad, oscilando continuamente entre la percepción de que la escalada militar puede llegar a extremos de los que nadie sacaría provecho, de un lado, y el afán de especular con la posibilidad de una guerra nuclear, utilizando como rehén a la Humanidad entera para imponer sus puntos de vista, del otro. Este diferente alineamiento de las fuerzas del progreso y de la reacción con respecto a la paz y la guerra es otra diferencia clara con crisis anteriores del orden mundial. En concreto, el concepto de **guerra revolucionaria** ha pasado a tener hoy connotaciones puramente defensivas y no ofensivas, como en el pasado.

Un mundo en transición

En 1945, del dominio indiscutido del modo de producción capitalista en todas las esferas del orden mundial, se pasó a un equilibrio inestable entre capitalismo y socialismo. Este equilibrio se plasmó en ciertas normas de **seguridad colectiva**, recogidas en la Carta de las Naciones Unidas (San Francisco, 1945)

y que estipulaban la renuncia de los Estados al uso de la fuerza para dirimir sus diferencias.

Sin embargo, la seguridad colectiva nació en condiciones que no podían ser más precarias. Pues el orden económico sobre el que habría tenido que cimentarse era, por definición, un orden escindido en bloques antagónicos. En julio de 1944, se reunió la conferencia de Bretton Woods, para diseñar lo que habría de ser el sistema monetario de la posguerra; la Unión Soviética estuvo presente en la conferencia pero no firmó sus acuerdos. ¿Por qué? Dos razones explican esa actitud:

① Una razón económica: El ingreso en el Fondo Monetario Internacional habría significado la renuncia al monopolio estatal de los cambios con el exterior considerado por los dirigentes soviéticos como condición **sine qua non** de la planificación socialista.

② Una razón política: La aceptación del dólar como moneda internacional equivalía al reconocimiento pleno de la hegemonía norteamericana.

Ambas razones son distintas, aunque en 1944—45 apuntaban en la misma dirección. Pero, por justificada que estuviere entonces, la actitud soviética — eminentemente a la defensiva—facilitó el ascenso irresistible del liderazgo económico norteamericano en todo el mundo no socialista. En 1947, la Unión Soviética y los países de Europa oriental rechazaron el plan Marshall y rehusaron participar en el Acuerdo General de Aranceles y Comercio (GATT). Las bases económicas de la guerra fría estaban dadas.

La inestabilidad congénita del orden mundial se basa en que, subyaciendo a los propósitos formales de paz, se han desarrollado de forma paralela dos modos de producción en teoría incompatibles, dos formas de vida aparentemente excluyentes, dos divisiones internacionales del trabajo forzadas a soste-

58



ner materialmente sendos bloques político—militares de signo ideológico contrapuesto y con aspiraciones de universalidad. El capitalismo, no resignándose a dar por perdido el terreno conquistado por el socialismo, empezó a asignar una proporción creciente de los recursos bajo su control a la carrera armamentista. En ocasiones, luchando meramente por la supervivencia; y batallando por superar científica y técnicamente a su adversario para hacer triunfar la revolución mundial, en otros momentos, la Unión Soviética ha procurado no quedarse atrás en la carrera armamentista —lo que ha supuesto pesados sacrificios para la población civil del bloque socialista—. De esta forma, la reacción y cierto concepto dogmático de la revolución (que entiende las condiciones para el triunfo de ésta como una mecánica de acumulación de fuerzas traducibles en términos militares) se han aunado durante más de cuatro décadas no sólo para tener al mundo atezado por el terror a una guerra termonuclear de exterminio, sino también para imponer una carga sobre la economía mundial que es tanto más inadmisibles cuanto que los problemas del desarrollo económico distan de estar resueltos para cinco seres humanos de cada seis.

Más tarde o más temprano el armamentismo tendrá que ceder paso a una política general de paz y cooperación. No se trata tan solo de que esa perspectiva responda (como responde) a las necesidades de la inmensa mayoría; se trata de que la economía mundial no saldrá de su marasmo mientras la actual escala de valores continúe rigiendo la actuación de los gobiernos. ¿Cañones o mantequilla? He ahí el dilema clásico de la economía. La novedad, sin embargo, estriba en que la revolución científico-técnica en curso ha catalizado la unidad orgánica de las fuerzas productivas a escala planetaria; y esas fuerzas produc-

¿que cosa?
+ ¿que cosa?

tivas, o actúan coordinadas para superar la crisis y el atraso, o, en el estado actual de fragmentación impuesto por el antagonismo de las relaciones de producción (capitalismo/socialismo), se transforman en fuerzas de destrucción militar y socioeconómica: despilfarro de recursos escasos, desequilibrio en macromagnitudes básicas, inflación suplementaria, paro masivo, miseria creciente, conflictos sociales, guerras limitadas, peligro de guerra mundial... Así pues, el origen de la crisis mundial radica en que las fuerzas productivas se encuentra frenadas en su desarrollo por la fragmentación de las relaciones de producción entre capitalismo y socialismo. La expresión superestructural de esa fragmentación es el armamentismo, y éste constituye, por tanto, la clave de bóveda que hay que hacer saltar para promover una era de desarrollo sostenido de la Humanidad. Por así decirlo, el armamentismo es la fase más antieconómica, además de peligrosa, de la transición del capitalismo al socialismo.

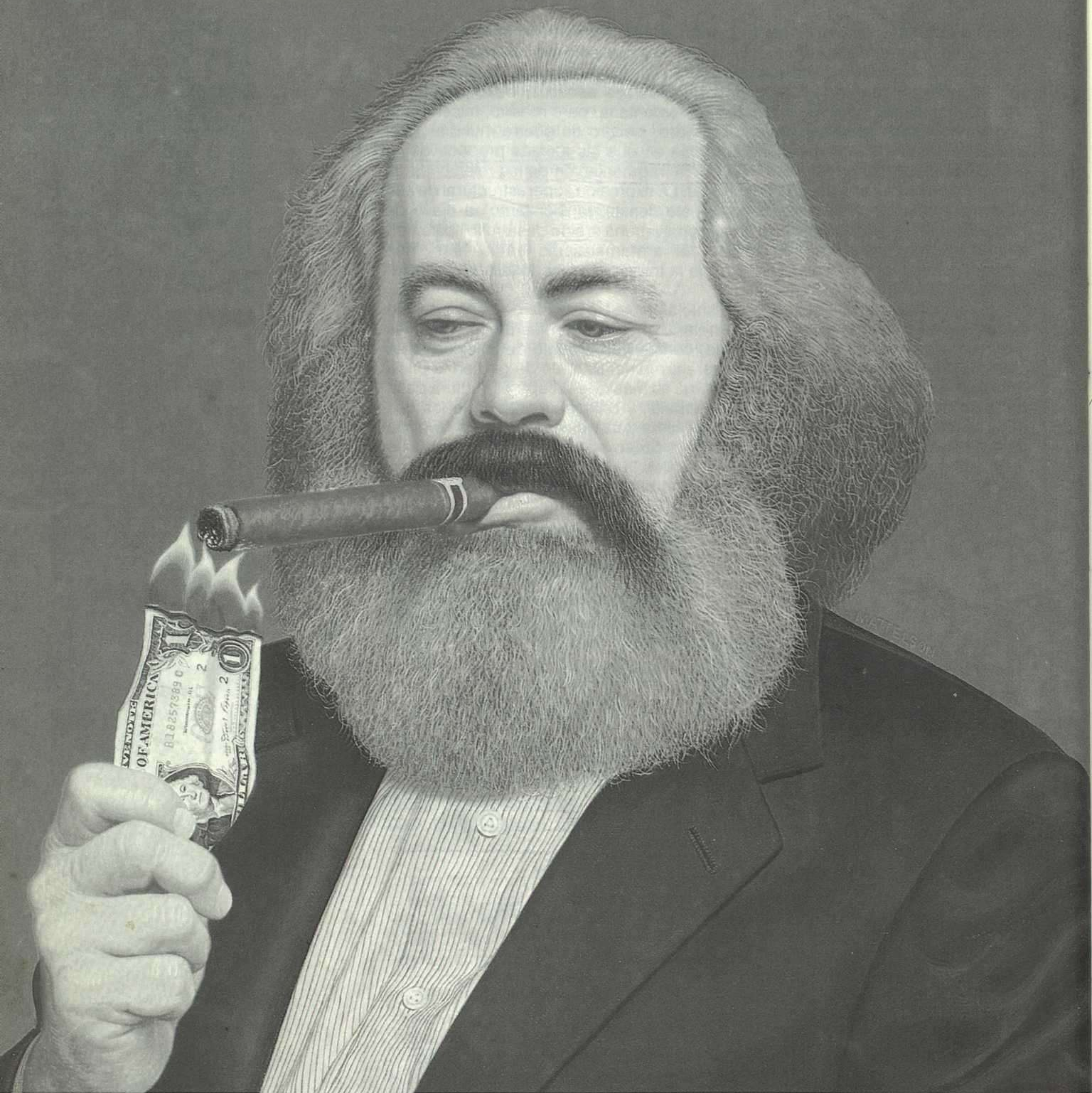
El reciente acuerdo sobre el desmantelamiento de misiles de corte y medio alcance en Europa (si bien que incompleto, pues quedan fuera los arsenales nucleares de Francia y el Reino Unido) constituye un punto de inflexión en la nefasta dinámica impuesta por la carrera armamentista, un de giro en la crisis mundial. Sin embargo, el armamentismo no es más que la superestructura de la falta de cooperación económica internacional, y principalmente entre los dos bloques. En tanto no se resuelva este problema, cualquier progreso en favor de la paz puede verse contrarrestado por un retroceso incluso mayor en un instante posterior. ¿Qué factores favorecen y cuáles se oponen a la cooperación económica internacional? Esa es la cuestión que se examina en los apartados siguientes.

Las reformas económicas socialistas



Partiendo de posiciones muy distintas entre sí, la Unión Soviética (y otros países del CAME) y la República Popular de China han afrontado recientemente el inicio de reformas económicas que se inspiran, no obstante, en una misma idea política, a saber: que el armamentismo ha de ceder paso a una mayor cooperación económica, como eje principal de las relaciones internacionales.

En el caso de la Unión Soviética, el razonamiento sigue los siguientes pasos: ① el primer país socialista ha logrado, a costa de grandes sacrificios, alcanzar el equilibrio estratégico en el plano militar con Estados Unidos; ② el afán estadounidense por recuperar la superioridad indiscutida, unido al nivel de desarrollo de la ciencia y la técnica en el presente, amenaza con empezar una etapa absolutamente nueva en la carrera de armamentos; ③ esta nueva etapa, centrada en la militarización del espacio, exigirá recursos considerablemente superiores a todo lo conocido, y no podrá satisfacerse esa exigencia sin imponer penalidades crecientes a todos los pueblos del mundo (M. Gorbachov ha dicho: "nosotros no podemos emprender la reducción de los programas sociales"); ④ este es el momento justo de poner fin a la carrera de armamentos e iniciar el desarme garantizando igual seguridad para todos. El concepto de seguridad igual es cardinal en la reestructuración soviética (perestroika). Seguridad igual quiere decir, en primer lugar, que la detención de la carrera armamentista y el desarme pueden abordarse ahora mismo sin romper el equilibrio estratégico entre los dos bloques militares. Segundo, que los Países No Alineados tienen derecho a ser tratados en pie de igualdad con las superpotencias, a no verse extorsionados por chantajes como el de la deuda externa, y a exigir que los recursos mundiales sean empleados en la lucha contra el hambre, la miseria y el atraso, en vez de ser desviados para propósitos que ponen en peligro la supervivencia de la humanidad. Tercero, y dentro de esta misma faceta económica de la seguridad, que los trabajadores del mundo entero tienen derecho a que sus actuales condiciones de vida y de trabajo no se vean amenazadas por la nueva etapa de la carrera armamentista que emerge con la militarización del espacio. Y cuarto, y último pero lo menos importante, que también hay una



dimensión ecológica de la seguridad (que en la URSS está muy presente después de la tragedia de Chernóbyl), consiste en que los esfuerzos por mantener la carrera armamentista afectan significativa e irreversiblemente a las condiciones medio—ambientales de todo el género humano. En suma, la formulación del concepto de seguridad igual quiere decir que la Unión Soviética renuncia a plantear el conflicto de bloques como una pugna de «buenos» y «malos»; que no pretende presentar a Estados Unidos como el «poder maligno» que fuere único responsable de la crisis del orden mundial de posguerra; que, antes al contrario, está dispuesta a asumir su parte de responsabilidad en la crisis mundial y, consiguientemente, a poner los medios a su alcance para que la salida de esa crisis suponga la instauración de un nuevo orden mundial más equitativo e igualitario.

Salta por tanto a la vista que, la actitud soviética, confiere a los aspectos concernientes a la seguridad económica gran importancia en la consideración global de la seguridad internacional —antes limitada al mero recuento del potencial destructor de los bandos en conflicto—. Seguridad económica de los Estados, en primer término. Aquí, la idea clave es que la única manera de aminsonar de forma duradera la tensión internacional estriba en intensificar la cooperación entre los dos sistemas sociales. Expresándose en este sentido, los dirigentes soviéticos reconocen que el mantenimiento de dos divisiones internacionales del trabajo, contrapuestas la una a la otra como sistemas antagónicos, en absoluto es algo deseable, y se han comprometido a que el socialismo desempeñe un papel más activo en una única división internacional del trabajo. Papel adelantado, en este orden de cosas, es el que está desempeñando la economía húngara. Los dirigentes soviéticos se muestran cautos, sin embargo, sobre los plazos en que se pueden acceder a la reunificación de la división internacional del trabajo; mientras se mantenga la tensión entre los dos bloques, y siempre que pueda elegir, la Unión Soviética optará lógicamente por obtener sus suministros de la comunidad socialista. Por otra parte, no se trata de arrastrar a las economías socialistas a una situación más desventajosa que la que disfrutaban ahora. En suma, la reestructuración del orden económico internacional no puede en absoluto concebirse como una reconversión de los países socialistas al capitalismo, sino como una creciente cooperación económica entre dos sistemas.

Seguridad económica de los trabajadoras, también. Este es un concepto cardinal. Mientras la economía soviética ha estado subordinada a la carrera armamentista, y aunque ha logrado importantes logros en la satisfacción de las necesidades sociales, esa subordinación ha redundado en despilfarro, escasa renovación de los fondos fijos y envejecimiento del aparato productivo, relajación de la disciplina contractual, baja productividad. Estas deficiencias han repercutido especialmente sobre la producción de bienes de consumo, debido a lo cual el nivel de vida del ciudadano soviético no ha sido tan alto como podría haber sido. Una economía orientada a la paz daría resultados muy diferentes. Pero aquí hay una novedad en el planteamiento soviético: los dirigentes de la URSS no van a esperar a que se concrete una detención completa de la carrera armamentista para cambiar decididamente la orientación de la economía soviética. Ya lo están haciendo. Por así decirlo, la perestroika es un cuerpo que avanza sobre las dos piernas: las negociaciones de desarme y la reestructuración de la economía socialista. Esto significa que la Unión Soviética está dispuesta a correr ciertos riesgos en el plano internacional (como, por ejemplo, cuando suspendió unilateralmente la realización de pruebas nucleares) al tiempo que impulsa una mejora sostenida del nivel de vida del ciudadano soviético. De este modo se pone de relieve que la seguridad económica de los trabajadores es garantía efectiva de una economía orientada a la paz y no a la guerra. Que la Unión Soviética esté dispuesta a correr riesgos para mostrarlo ante la opinión mundial demuestra que su propósito es serio, y no mera «propaganda».

Las reformas económicas en la República Popular China son en cierto modo anteriores a las soviéticas, y han seguido un curso completamente independiente. En realidad, el modelo de planificación centralizada, articulado sobre la estrategia de desarrollo de la industria pesada (a expensas de depimir el consumo), a imagen y semejanza del ejemplo soviético en los años 30, empezó a dar malos resultados en China desde su misma implantación, en los años 50. Sucesivos intentos de descentralizar la planificación no mejoraron la eficiencia general del sistema. Los fracasos económicos crearon un clima de creciente desconfianza hacia la Unión Soviética y su modelo, y a la búsqueda de un modelo específicamente chino de desarrollo. Esta búsqueda se caracterizó en los primeros tiempos por una gran inmadurez —como no deja de ser lógico, por otra parte. Se tendió a atribuir el colapso económico a la acción deliberada de los partidarios (reales o figurados) de la URSS; se entronizó la lucha de clases como presunto «motor» del socialismo; el esfuerzo individual, las muestras de talento y la independencia de criterio fueron denostados como «tendencias burguesas», y por doquier el principio «a cada cual según su trabajo» se vió suplantado por el igualitarismo más extremo. Al cabo de diez años de «revolución cultural» el país estaba hundido en la anarquía; el Estado apenas existía y el poder se hallaba disperso en manos de caudillos locales del ejército, que no obedecían órdenes de nadie. Sin embargo, el Partido Comunista sobrevivió y aprendió algo de la experiencia; lo que se requiere para promover el desarrollo de una sociedad tradicional como la china, y consolidar sobre ella un gran Estado Socialista, no es en absoluto la imposición de modelos extraños o

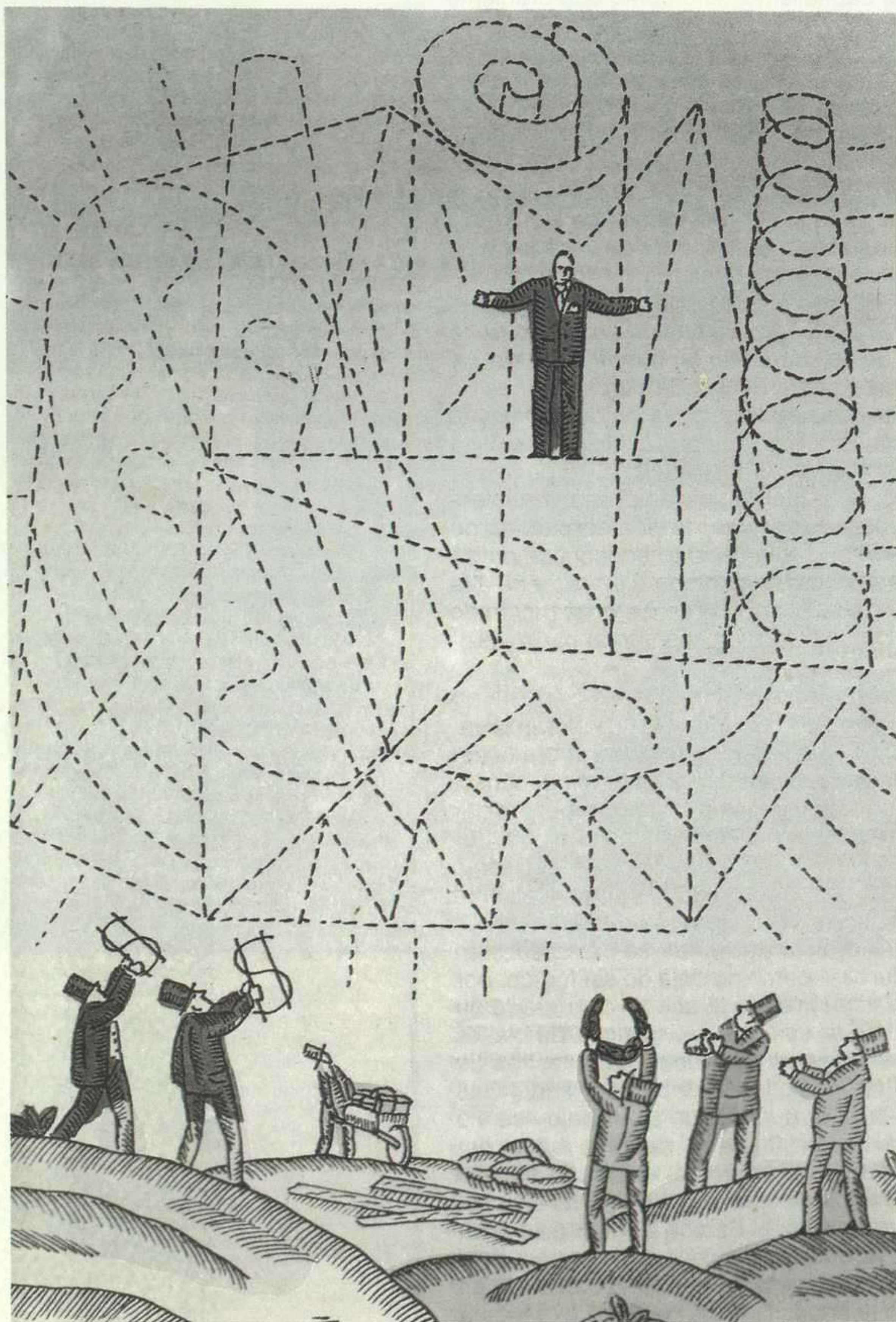
ideas muy radicales, sino un proceso de integración económica— y esto exige, ante todo, la formación del mercado interior.

En esta línea, los dirigentes chinos se han lanzado en los últimos años a fortalecer la base económica de la sociedad china (Deng Xiaoping: «Nos oponemos a las falacias reaccionarias de Lin Biao y la *banda de los cuatro*, que predicaban un socialismo de miseria, una transición en plena miseria y una revolución de miseria»). Empezaron impulsando decididamente la formación de un amplio mercado nacional de productos agrícolas, para facilitar: a) el incremento de la productividad, para la cual había que dar incentivos a los campesinos; b) sobre la base de una producción incrementada, estimular los intercambios privados a escala local y regional; y c) la canalización por el Estado de las grandes transacciones a todo lo largo y ancho del país lo que antes no ocurría ya que no había excedentes locales o regionales que movilizar. En los últimos años, en efecto, China ha logrado —por primera vez en su historia— la autosuficiencia en el abastecimiento de cereales. Una proeza que no puede haber dejado de impresionar a los propios dirigentes soviéticos.

Estos planteamientos se han generalizado a todos los terrenos de la vida social por medio de las llamadas «cuatro modernizaciones tipo China»: de la agricultura, de la industria, de la defensa nacional y de la ciencia y la tecnología. De las cuatro, la modernización de la defensa nacional desempeña un papel

clave; a través de ella, la R.P. China aspira a dejar de ser un país en pie de guerra, procediendo a una efectiva desmilitarización de la sociedad civil —única forma de evitar que se repitan hechos como los de la «revolución cultural». La modernización del campo se está realizando mediante la reforma de las estructuras agrarias, que han llevado a la liquidación del sistema de producción de las comunas populares, el reparto del disfrute de la tierra entre las familias campesinas, a la puesta en juego del papel auxiliar del mercado como factor regulador bajo la guía de la economía planificada, y, en fin, a una considerable elevación del nivel de vida en el medio rural— lo que ha generado el poder adquisitivo necesario para un tirón de la demanda de productos industriales. La modernización de la industria se traduce en la descentralización de la planificación socialista, con mayor autonomía financiera de las empresas estatales y la determinación del salario con arreglo al principio «a cada cual según su trabajo».

Como China lleva un considerable retraso tecnológico en muchos campos, que no puede esperarse que salve la investigación propia, se ha ideado un sistema de «ventanas» al exterior, al fin de ponerse al día en los avances registrados a escala internacional: las «zonas económicas especiales» y las «ciudades abiertas al comercio exterior». Básicamente, la estrategia consiste en admitir relaciones capitalistas de producción en ciertos enclaves para atraer la inversión de corporaciones transnacionales; se trata, por tanto, de negociar la transferencia de nuevas tecnologías a cambio de ciertas ventajas, bien de carácter salarial, bien de acceso al mercado chino. El experimento no está dando resultados óptimos en el



caso de las «zonas económicas especiales», pero los de las «ciudades abiertas al comercio exterior» parecen más prometedores. La clave de todas esta concepción, que ha sido caracterizada como «un país dos sistemas», reside en lograr un rápido proceso de asimilación de las tecnologías avanzadas y en la coordinación de éstas y las de nivel algo más atrasado, que son por lo general las que mejor se adecuan a las condiciones específicas de China.

Con todas las diferencias que median entre ambos procesos, podemos no obstante concluir que las reformas acometidas por los dos mayores Estados Socialistas apuntan en una misma dirección, tendente a la crítica del modelo dogmático de socialismo autosuficiente en un solo país o grupo reducido de países, y a la aceptación de una cooperación económica creciente con los países no socialistas —respondiendo a la conocida idea de Lenin— de que el socialismo ejercerá su principal influencia sobre el mundo que le rodea con su política económica, con sus relaciones económicas y sociales. En este sentido, las reformas socialistas constituyen un factor de primera magnitud en la reforma del orden económico internacional vigente.

Transformaciones del capitalismo

El efecto más importante de la revolución científico-técnica en curso sobre el modo de producción capitalista es la transformación irreversible del capitalismo monopolista de Estado (que alcanzó su plena madurez con la crisis mundial de 1914-1915) en un capitalismo monopolista transnacionalizado —cambio visible en cierta superación económica, y en algunos aspectos también política—, de las fronteras nacionales. Requisito fundamental de la transnacionalización del capital monopolista es el desarrollo de las llamadas «empresas multinacionales». Tras la 2ª Guerra Mundial, las corporaciones transnacionales han surgido como un poder económico nuevo, capaz de elevarse por encima de los capitales financieros nacionales, de imponerse a ellos como árbitro y obligarles a atenuar sus antagonismos mutuos. Consecuencia directa del paso del capitalismo monopolista transnacionalizado ha sido, pues, la internacionalización del capital financiero (antes, base económica de la rivalidad imperialista entre Estados capitalistas, como observaron Hilferding y Lenin).

La internacionalización del capital financiero —que ha determinado la atenuación de las contradicciones interimperialistas y su encuadramiento dentro de los pactos militares del bloque occidental— sería difícilmente comprensible sin el papel desempeñado desde 1945 por la economía estadounidense. En particular el crecimiento del déficit público USA en los 50 y 60 movilizó recursos financieros de todo el mundo en proporciones nunca vistas, a unos tipos de interés que pagaba en último término la economía internacional con tasas crecientes de inflación. Por otra parte, Estados Unidos es también la cuna de las primeras corporaciones multinacionales y sigue siendo la sede de las mayores de ellas. Sin las corporaciones multinacionales, la internacionalización del capital financiero habría resultado un fenómeno coyuntural, expuesto a los vaivenes de la política norteamericana; pero no ha sido así, sino que el capital financiero internacionalizado, actuando sobre la base de una estructura productiva (altamente centralizada) de filiales repartidas entre numerosos países, ha posibilitado la portentosa expansión de las actividades de las transnacionales. Hoy se estima que una quinta parte del PIB de los países capitalistas desarrollados es generado por las transnacionales.

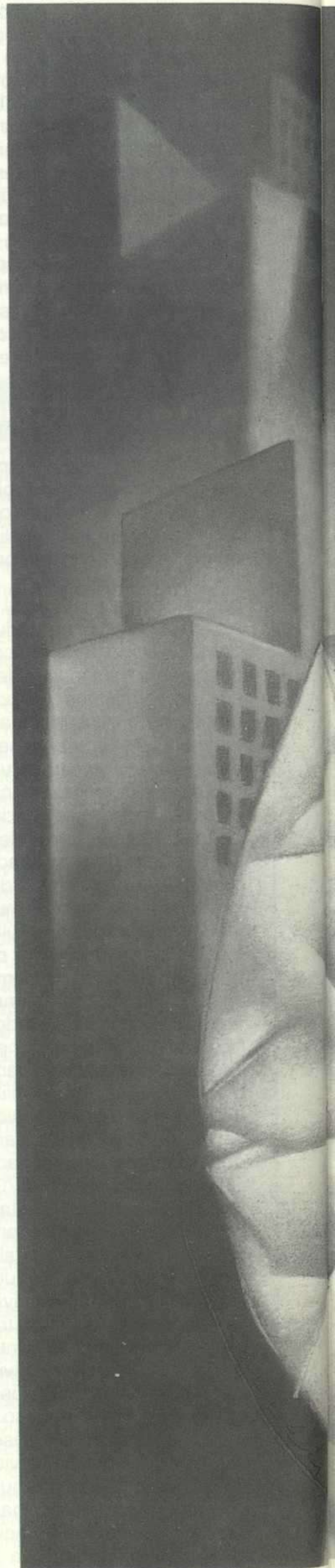
La crisis de los años 70 vino a dar a ese proceso una dimensión mucho más vasta. Por una parte, Estados Unidos —al abandonar su intervención en Indochina— redujo notablemente su déficit público, lo que dejó sin colocación segura al grueso del capital financiero internacional; por otra, la caída de la demanda mundial de productos industriales llevó a las transnacionales a buscar ventajas comparativas invirtiendo en países de bajos salarios, lo que creó cierta expectativa de industrialización en los países menos desarrollados. Para promocionar esa incipiente industrialización, sus gobiernos se han visto incitados a endeudarse (resolviendo así la crisis de oportunidades del capital financiero internacional). En los años 80, la eclosión de los nuevos países industriales ha conducido a un exceso de capacidad en los países capitalistas desarrollados (con sus secuelas de desempleo masivo), mientras que la gran mayoría de los países en desarrollo ha visto frustrada sus expectativas de industrialización —y dejado de pagar con regularidad el servicio de su deuda externa. Mientras que los Estados capitalistas nacionalizaban o subsidiaban sus industrias en crisis, el capital financiero internacional buscaba nuevas oportunidades en la compra de empresas saneadas con fondos públicos. Este cambio de orientación en las

inversiones del capital financiero internacional ha tenido por efecto desarraigar buena parte del tejido industrial de los países desarrollados, haciéndolo depender estrechamente de decisiones tomadas a escala internacional; y, por consiguiente, ha aumentado notablemente la subordinación de todo el aparato productivo del capitalismo a las corporaciones transnacionales. Durante cierto tiempo, este proceso ha alimentado la ilusión de una «modernización» general de las economías capitalistas, y creado el espejismo de una recuperación definitiva de la crisis económica, que se ha traducido en un alza espectacular de las cotizaciones bursátiles en los últimos años.

El ascenso de las transnacionales —cuyos intereses defienden hoy sin rubor el Fondo Monetario Internacional y todos los gobiernos de países capitalistas desarrollados— es considerado signo de modernidad y progreso desde el momento en que las transnacionales detentan el monopolio tecnológico en el capitalismo; todo lo que sea abrir camino a su libre actuación nos es presentado como apertura a las nuevas tecnologías. El hecho de que el progreso tecnocientífico en el capitalismo este subordinado a la carrera armamentista es entendido, en este contexto, como un «mal necesario». De hecho, la aminoración de las contradicciones militares interimperialistas no es algo circunstancial, sino una necesidad derivada de que la producción bélica de los países capitalistas es, cada vez más, una industria común, de la que todos participan en el grado que permiten la riqueza y el poder relativos de cada uno de ellos. Los medios de difusión de la ideología imperialista se han empleado a fondo en presentarnos a este moderno híbrido de Leviatán y de Midas: un supuesto poder supremo, situado por encima de los antagonismos nacionales y capaz de garantizar la paz del mundo por el terror que inspiran las armas que produce, así como de convertir en oro todo lo que toca.

La cuestión, sin embargo, no es tan sencilla. Ciertamente, se está gestando una estructura central nueva del sistema capitalista, bajo la cobertura superestructural provista por la OTAN y demás alianzas pro-occidentales. La Iniciativa de Defensa Estratégica (o «guerra de las galaxias») representa el esfuerzo más decidido por consolidar esa estructura; el umbral destinado a dar una dimensión cualitativamente nueva a la carrera armamentista, al forjar **la unidad orgánica** de las corporaciones transnacionales y los gobiernos de los países capitalistas, al servicio del proyecto de derrotar por la fuerza al bloque socialista militarizando el espacio. Hasta aquí, cuando se hablaba del «complejo militar industrial», se aludía aun grupo de presión integrado por los *halcones* del Pentágono y los fabricantes de armas norteamericanos; pero la militarización del espacio, con la participación exigida al Japon y los socios europeos de la OTAN, amenaza catalizar la formación de un complejo militar-industrial a su vez transnacionalizado un corazón nuevo para un capitalismo que está sobreviviéndose así mismo. Es éste (mucho más que el «escudo espacial», en el que ya casi nadie cree) el objetivo que se persigue con la IDE.

La crisis de octubre en las Bolsas de todo el mundo ha venido a marcar las limitaciones (sobre todo en cuanto a ritmos) de este proceso. Por una



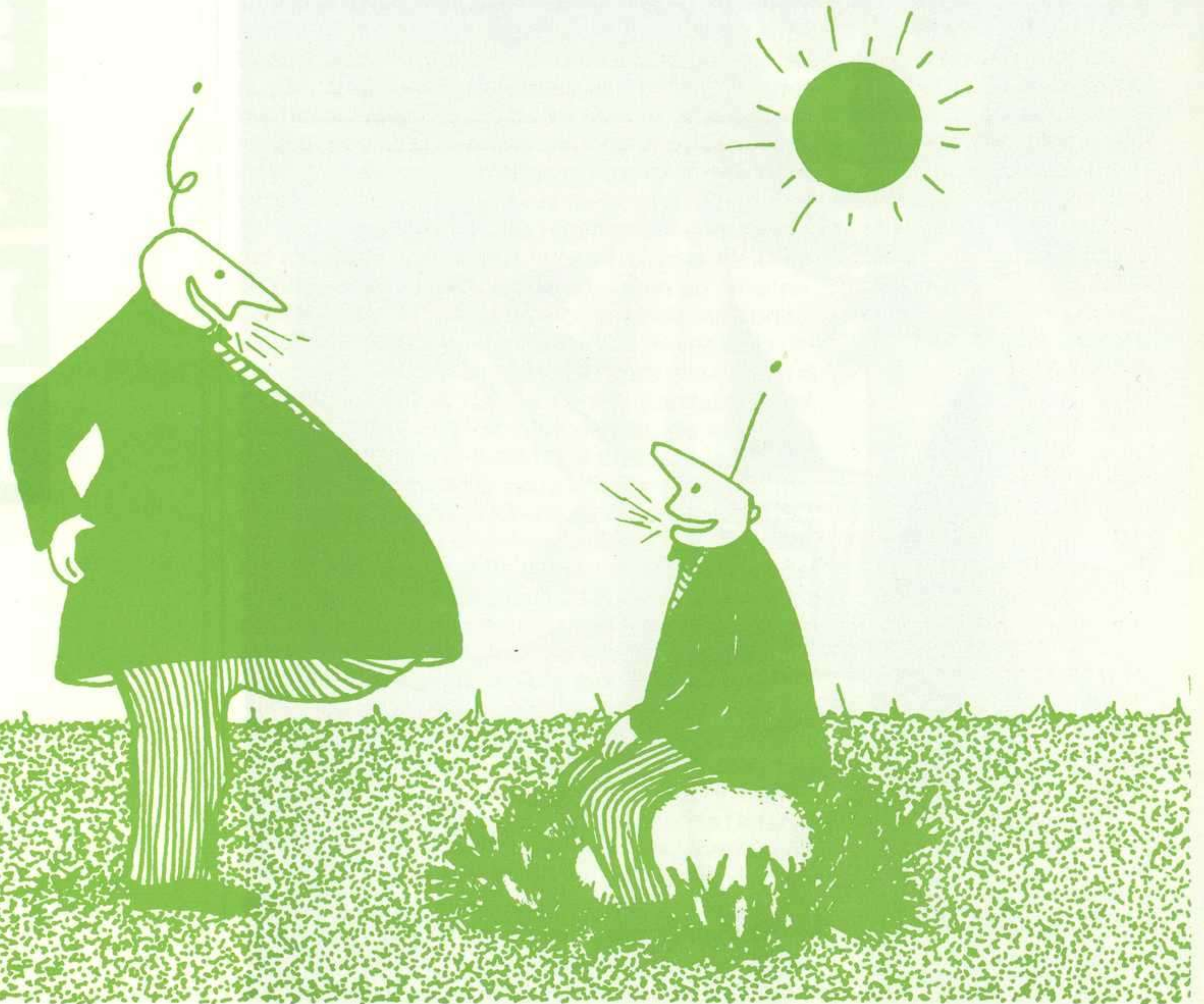


D
O
S
S
I
E
R

parte, ha mostrado que las actividades del capital financiero son **marginales** a las corporaciones transnacionales; es decir, que no son las fusiones y absorciones, las compras por sorpresa ni la proliferación de nuevos «productos financieros» lo que sostiene el capitalismo, sino el excedente económico generado por las transnacionales. Por otra parte, se ha puesto de relieve una fortísima contradicción en el hecho de que el grueso del excedente generado por las transnacionales depende de la investigación y desarrollo de nuevas tecnologías, y el cebo del progreso tecnológico hoy por hoy es la carrera armamentista. Pero sucede que la carrera armamentista sólo puede ser sostenida por los gobiernos con cargo a un renovado crecimiento de los déficits estatales lo que precisamente ha despertado la desconfianza y atizado el pánico bursátil.

Pero la crisis de la Bolsa no significa necesariamente un parón en el proceso de consolidación del complejo militar-industrial transnacionalizado. Representa, más bien, la quiebra de una determinada forma de financiar la carrera de

66



armamentos (a costa, sobre todo, del presupuesto estadounidense); desde este punto de vista, va a meter más presión en los gobiernos de Europa Occidental y Japón para acelerar la transnacionalización del complejo militar industrial. La administración estadounidense ya era consciente antes de octubre del riesgo que comportan los abultados déficits presupuestarios y comercial —determinados en última instancia por los gastos militares— y eso sin duda ha influido en la negociación del acuerdo sobre los euromisiles. Después de todo, ésta dinamiza refuerza la importancia de los arsenales nucleares del Reino Unido y Francia. Por otra parte, la perspectiva del eje militar París-Bonn ha venido impuesta en buena medida por el interés norteamericano de disminuir también sus fuerzas convencionales en Europa dentro de la política de reducción del déficit presupuestario. Finalmente, Estados Unidos no, parece dispuesto —a pesar de los esfuerzos de la diplomacia soviética— a renunciar a la «guerra de las galaxias», lo que evidencia que todos sus concesiones en las negociaciones de desarme tienen como propósito ganar tiempo.

No obstante, subsiste el hecho de que la transnacionalización del complejo

militar-industrial es costosísima; por ello, los obstáculos no radican tanto en lo que ha ocurrido como en lo que habrá de ocurrir. La retirada de los euromisiles y cierto repliegue convencional en Europa y otros teatros no pueden suponer ahorros considerables; el achatarramiento de material anticuado puede ser incluso funcional a los intereses de las transnacionales del armamento. Ahora bien, es muy improbable que el desarme aceptable para la administración norteamericana llegue al recorte de programas estratégicos tendentes al logro de avanzados sistemas nucleares y convencionales, en donde las transnacionales hacen sus negocios más rentables. Por tanto, la corrección de los desequilibrios básicos que afectan a la economía norteamericana vendrán más que probablemente vía una drástica contención de la inversión privada en ese país, a fin de financiar el déficit presupuestario sin forzar el déficit con el exterior; en otras palabras, una profunda recesión en Estados Unidos que no podrá dejar de hacerse sentir sobre la economía mundial. Es decir, los monopolios transnacionales sólo podrán continuar haciendo ostentación de riqueza y repartiendo abultados beneficios a costa de mantener al resto del mundo capitalista en una **depresión crónica**.

Así pues, la transnacionalización del complejo militar-industrial es no sólo la mayor amenaza que pesa sobre la paz del mundo sino también la principal fuente de **inseguridad económica**, tanto para los países en vía de desarrollo como para amplias masas de desposeídos en los propios países capitalistas desarrollados. Pero las transnacionales y los gobiernos que colaboran cada vez más estrechamente con ellas han desplegado activos esfuerzos para reconstruir el consenso social bajo nuevas formas. Estas parten de la aceptación de una profunda fractura social entre la parte «moderna» de la sociedad, que se vincula, más o menos directamente, al complejo militar-industrial; y aquella otra parte que obtiene sus medios de vida de actividades más tradicionales (y, en grado creciente, de la «economía sumergida»). El modelo social que se impone en los países capitalistas desarrollados es lo que empieza a llamarse «sociedad de dos tercios»; dos terceras partes de la sociedad ven mejorar su nivel de vida a expensas de la tercera, que pierden los mínimos alcanzados en la «sociedad de bienestar» anterior a la crisis. Tal es el contrato social implícito en la «sociedad de dos tercios». Una sociedad de «triunfadores» en pequeña escala, devota de electrónica de consumo y del turismo en masa; profundamente elitista e insolidaria, no ya con los países atrasados, sino con sus propios ciudadanos cuya miseria contempla impasible. Una sociedad en suma, dispuesta a correr riesgos crecientes de guerra mundial con tal de no ver perturbada la satisfacción de sus caprichosos hábitos.

Ciertamente, este modelo —lo mismo que el complejo militar-industrial transnacional— no está plenamente consolidado; en bastantes países, los sindicatos de clase mantienen posiciones de relativa fuerza en las corporaciones transnacionales y también las empresas públicas incorporadas a la fabricación de armamentos. Pero su capacidad de influir a nivel más global, es decir, a nivel internacional —que es el ámbito en que operan las transnacionales— es todavía limitada. La perpetuación de la división del movimiento sindical internacional, y el caso europeo es buen ejemplo, es una facilidad adicional para la consolidación del complejo militar-industrial transnacionalizado. Paralelamente, los procesos de fragmentación social que se han producido en la última década en los países capitalistas explican por qué muchas veces los sindicatos de clase se encuentran a la defensiva frente a una masa llaboral que, bombardeada a diario por los medios de comunicación, expresa su alienación en el deseo insaciable de ganar dinero y aumentar sin límite sus niveles de consumo.

Lo expuesto señala los límites de las negociaciones de desarme. El bloque occidental está dispuesto a retirar la mayor parte de los euromisiles (no franceses ni británicos) e incluso la mitad de los misiles intercontinentales, en un gesto de apaciguamiento de la opinión pública pacifista; ha tenido, por tanto, que encajar un resonante éxito de la causa del socialismo y la paz. Pero no parece que vaya a ceder en el intento de desarrollar armas cada vez más sofisticadas; esto supone avanzar a pasos de gigante hacia la transnacionalización del complejo militar-industrial. Es decir, riesgos mayores para la paz y costes en alza para la economía mundial. No cabe duda, empero, que la plena realización de esta tendencia se puede ver obstaculizada por dos factores: a) una recesión económica en ciernes, comparable a la gran depresión de los años 30, podría hacer esfumarse los presupuestos económicos de la «sociedad de dos tercios», debilitando la hegemonía de los monopolios transnacionales sobre las sociedades occidentales; y b) una eventual integración de los países socialistas en el orden económico internacional del que quedaron excluidos en la posguerra.

Nuevo Orden Económico Internacional

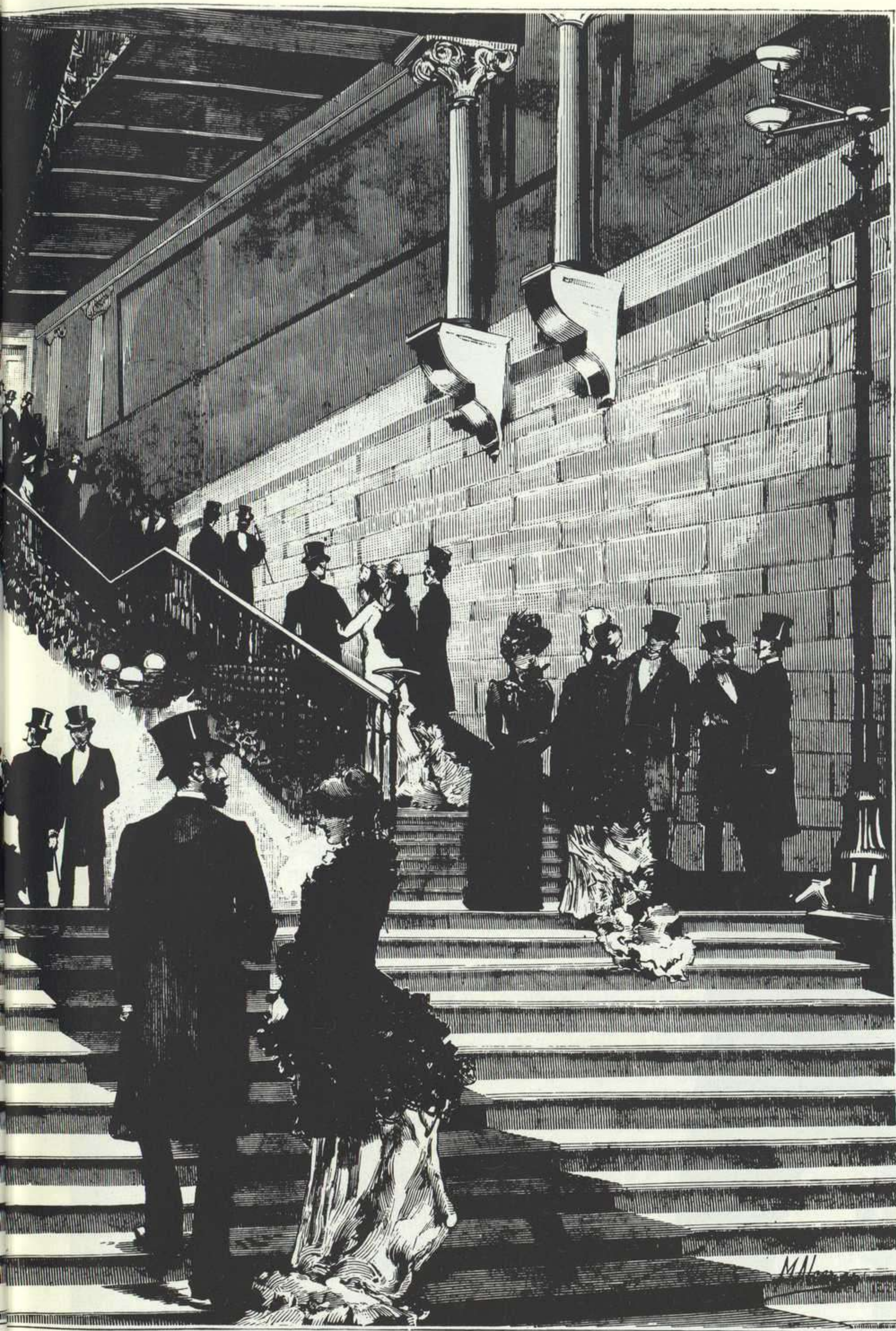
Como es natural, los países socialistas no van a integrarse en el orden internacional vigente. En primer lugar, porque ese orden económico está él mismo en crisis, sobre todo en el plano monetario, desde los primeros años 70. Y, segundo, porque ha venido siendo recusado por los países en vías de desarrollo como un orden injusto y favorable a los países capitalistas desarrollados. Hoy parece discutible incluso que éstos estén decididos a apoyarlos hasta sus últimas consecuencias, en la medida en que sus presupuestos se traducen en una anarquía creciente en las relaciones económicas internacionales.

El pilar fundamental del sistema monetario establecido en Bretton Woods (1944) ha sido el papel del dólar como moneda de pago internacional. Hasta 1971, el dólar estaba respaldado por el oro; pero, desde entonces, la divisa estadounidense ha desempeñado su papel clave en cuanto que manifestación pura del liderazgo USA sobre el mundo capitalista. Las consecuencias no pueden haber sido más desestabilizadoras para la economía internacional. En 1973 y 1979 se registraron dos formidables subidas de los precios del petróleo, como respuesta de los países exportadores de este producto (que perciben sus ingresos en dólares) a la insistente devaluación de la moneda norteamericana en la década de los 70; eso significa un drenaje muy severo al ahorro —y de rechazo a la inversión— de los países desarrollados, lo que afectó al crecimiento del paro en los mismos. En los primeros años 80, la política de altos tipos de interés en Estados Unidos (para financiar el rearme de Reagan) supuso un nuevo recorte al ahorro de

Europa occidental y Japón, drenando aún más los ya menguados recursos financieros disponibles para la inversión creadora de puestos de trabajo. Así, se ha estado dando la paradoja de que, mientras la tasa de beneficios se recuperaba en todo el mundo capitalista, la gran masa de capitales no se vinculaba a las economías nacionales sino al capital financiero internacional que basculaba hacia las altas tasas de interés en EE.UU.

A principios de 1985, la administración norteamericana accedió a reducir paulatinamente los tipos de interés, fundamentalmente porque la revalorización del dólar empezaba a crear un serio problema de balanza de pagos. En el llamado acuerdo del Hotel Plaza (septiembre de 1985), esta nueva política recibió el apoyo de los demás gobiernos capitalistas de primera fila. Con este cambio de orientación, el capital financiero internacional empezó a ver peor remunerados sus préstamos al gobierno estadounidense; pero entonces las grandes compañías —en su mayoría transnacionales— que cotizan en las Bolsas norteamericanas encontraron la ocasión de atraer (por medio de un espectacular pro-





D O S S I E R

69

ceso de fusiones, absorciones y en definitiva nuevas emisiones de acciones) al capital financiero internacional que se estaba desvinculando de los préstamos gubernamentales. Esto disparó hacia arriba las cotizaciones de Wall Street. Por un corto período de tiempo, pareció que el capitalimso había encontrado un mecanismo regulador, capaz de garantizar la estabilidad de los pagos internacionales mediante un patrón-dólar con tipos de cambio fluctuantes. Y ello, obsérvese bien, gracias a los pretendidos méritos «correctores» de los movimientos especulativos del capital financiero internacional. Dado que el déficit comercial de Estados Unidos no ha dejado de crecer desde 1984, el total de dólares ofrecidos por los importadores por sus operaciones corrientes supera cotidianamente el total de dólares que demandan los exportadores por las suyas; cada día, el exceso de dólares en el mercado de divisas sólo será adquirido por los especuladores con un descuento tal que les compense asumir el riesgo de adquirir acciones en el mercado de Wall Street con los dólares que toman. Mientras la cotizaciones de los valores estadounidenses estaban el alza,



el sistema guardaba ciertas apariencias de estabilidad; ya que el descuento impuesto no tenía que ser demasiado elevado, y el dólar podía depreciarse suavemente, tal y como fué pactado en el ya citado acuerdo del Hotel Plaza. Pero el sistema no ha funcionado mucho tiempo, debido a que una depreciación insistente del dólar, sin que el déficit comercial se redujera, no podía por menos que inquietar al capital financiero internacional invertido en acciones de empresas norteamericanas; ya que las subidas de cotizaciones se veían contrarrestadas por la diaria pérdida del valor del dólar. En un nuevo acuerdo, llamado del Louvre (febrero de 1987), los países capitalistas de primera fila se comprometieron a prestar un apoyo más activo al realineamiento de las principales divisas, dentro de la llamada «coordinación de políticas», a fin de mantener bajo control los movimientos especulativos. Pero todas las seguridades dadas no pudieron evitar el pánico. Después del desplome bursátil de octubre, la prima exigida por los especuladores ha aumentado, o sea, el precio que están dispuestos a pagar por el exceso de dólares es cada día más bajo, porque el riesgo de invertir en la bolsa de Nueva York se ha disparado. (También lo ha hecho en las restantes Bolsas del mundo —una diferencia importante en la crisis de 1929— y por esta razón el capital financiero ha entrado en una especie de «fase volátil», que hace extremadamente difícil predecir sus movimientos futuros). Por el momento, sólo la continua depreciación del dólar mantiene día a día en un muy inestable equilibrio el sistema monetario; pero esa depreciación es, al mismo tiempo, la mayor fuente de incertidumbre sobre el futuro a medio plazo. Puesto que la misma desvalorización del dólar, que aumenta la demanda de esta divisa por motivo de especulación, incrementa a la vez su oferta de dólares de aquella parte del capital financiero que no desea seguir soportando pérdidas a la espera de la recuperación de Wall Street. Así pues, el sistema monetario ha entrado en un círculo vicioso, que no parece tener solución en tanto se mantenga el doble déficit (comercial y presupuestario) de Estados Unidos. En este contexto, la llamada cooperación de políticas entre los gobiernos de Estados Unidos, Alemania Occidental, Japon y otros países capitalistas, tiene ya escasa credibilidad tras dos años largos de intentos por estabilizar los mercados de cambios.

En mayor o menor medida, de manera inmediata o a plazo más largo, Estados Unidos tendrá que reducir su déficit financiero con el resto del mundo. Económicamente hablando, la forma más equilibrada de hacerlo sería disminuyendo el déficit presupuestario del gobierno considerablemente inflado por los gastos militares. Ahora bien, si la administración norteamericana rehúsa recortar sus gastos militares, el déficit con el exterior tendrá que ser corregido provocando una recesión interior y, posiblemente, estableciendo medidas restrictivas de las importaciones. Esta es la alternativa más desventajosa para el mundo entero. Por cuanto que, una recesión en el mercado norteamericano (o su cierre a las exportaciones de otros países) no dejará de generar efectos negativos en las restantes economías. Es un supuesto comparable a la Gran Depresión de los años 30.

Esta alternativa arroja sombras tanto más siniestras sobre la economía mundial cuanto que subsiste el problema de la deuda externa de numerosas países en vías de desarrollo. Una recesión mundial, unida a un recrudecimiento del neoproteccionismo industrial, habría de crear, con toda probabilidad, los efectos siguientes:

- a) Una fuerte caída de los precios de las materias primas, que constituyen el grueso de las exportaciones de los países en vías de desarrollo.
- b) El cierre del mercado estadounidense a las exportaciones industriales afectará, por su parte, a los ingresos por exportaciones de los nuevos países industriales.

Es decir, una recesión mundial afectará desfavorablemente a los ingresos por exportación de la generalidad de los países en vías de desarrollo. Y así, con sus ingresos actuales, están teniendo serios problemas para devolver la deuda externa, es fácil imaginar lo que puede pasar cuando esos ya insuficientes ingresos disminuyan. Y, a su vez, el impago de la deuda puede dar lugar a una crisis bancaria de proporciones imprevisibles.

recientemente (julio 1987) se ha aprobado en el seno de la Conferencia de las Naciones Unidas para el Comercio y el Desarrollo (UNCTAD) un convenio para la constitución de un Fondo Común de materias primas, con el fin de estabilizar los precios de estos productos en el mercado mundial —una antigua reivindicación, hondamente sentida, de los países en vías de desarrollo. La particularidad de este convenio es que ha sido firmado por la Unión Soviética, hecho bastante novedoso que augura una actitud más beligerante asumiendo compromisos concretos— de los países socialistas en la lucha por un nuevo orden económico internacional. Por otra parte, la VIII Conferencia Arancelaria

del Acuerdo General de Aranceles y Comercio (GATT), se reúne actualmente en Punta del Este, Uruguay, en el espíritu de resistir las tentaciones neoproteccionistas. Pero estas medidas y pronunciamientos, o tienen un carácter marcadamente parcial (como el Fondo Común de materias primas) o pueden no pasar de expresiones de buena voluntad (como la filosofía del GATT). Lo que se acerca, si la estabilización del dólar ha de venir de la mano de una recesión generalizada, es de demasiada envergadura como para frenarlo sin una reforma en profundidad del sistema monetario internacional.

La cuestión básica es enfocar el problema de balanza de pagos con criterios de igual seguridad económica para todos. El vigente sistema monetario internacional su fundamente en le postulado de que ningún país puede mantener por largos periodos de tiempo déficits financieros con el exterior; es decir, el sistema obliga a los gobiernos a **estabilizar** sus monedas, lo que siempre provoca desempleo y miseria en sus economías. En el caso de Estados Unidos, la cuestión aún es más grave, dado que la estabilización de su economía —por su tamaño— ha de provocar paro y miseria en todo el mundo. En resumidas cuentas, lo que está en juego en la reforma del sistema monetario es establecer un nuevo marco global, que permita valorar políticamente las condiciones en que un país puede tratar de corregir sus eventuales desequilibrios con el exterior sin políticas de «ajuste duro». O sea, desterrar para siempre los «ajustes duros». Esto es lo que vienen demandando con insistencia los países más pobres. Se trataría, en concreto, de «neutralizar» la presión de la deuda externa sobre su balanza de pagos. Si la medida específica ha de ser la anulación pura y simple de la deuda o su aplicación a la constitución de un Banco Internacional de Pagos, es un detalle que no puede ser valorado sino dentro del marco general de la reforma.

Sin embargo, subsiste el problema de cómo se enfoca el criterio de igual seguridad económica para todos. Mirada desde este punto de vista, la recesión en ciernes es resultado de la inseguridad económica de un país, Estados Unidos. Para que el nuevo sistema sea viable, tiene que proveer una solución a este país —y a cualquier otro país desarrollado— lo mismo que a los países menos desarrollados. En suma, el sistema ha de explicitar las condiciones políticas en las que el resto del mundo ha de seguir soportando el déficit estadounidense con el exterior por un período prudencial de tiempo (que, en todo caso, permita su corrección sin provocar una recesión interior que se propague al exterior). Aproximadamente, lo que se está haciendo ahora, con dos diferencias fundamentales:

- 1) Se trata de una aceptación explícita por el resto del mundo y no implícita de unos cuantos países ricos.
- 2) Habrá de fijar una línea de crédito disponible, provisto por el resto del mundo, para que la economía norteamericana pueda financiar su déficit financiero con el exterior sin soportar continuas y desestabilizadoras presiones sobre su divisa.

Naturalmente, esto significa que el dólar dejará de ser la moneda en que se saldan los pagos internacionales. La clave, sin duda, de la viabilidad de un sistema así radica en las garantías de cada país con déficit de su voluntad de eliminarlo gradualmente, y en el establecimiento de excepciones para los países más pobres. En el caso de Estados Unidos, las condiciones políticas siguen el siguiente hilo conductor: la causa del déficit con el exterior estriba en el déficit presupuestario, a su vez provocado por los gastos de armamento; por tanto, la prueba de su voluntad política de corregir el déficit financiero reside en la renuncia al programa de la «guerra de las galaxias». Si Estados Unidos abandona el propósito de militarizar el espacio, estarán dadas las condiciones para que la Unión Soviética se una al resto del mundo en la tarea de sostener temporalmente el desequilibrio exterior de la economía norteamericana (lo que tampoco puede hacerse sin la ayuda soviética).

Por cierto que el capitalismo, cualquiera que sea el sistema que trate de regularlo internacionalmente, siempre llevará consigo una dosis considerable de especulación; y que para la Unión Soviética representa un arduo compromiso el tener que cargar con parte de los efectos de esa especulación en el plano internacional —de lo que se ha librado hasta ahora gracias al monopolio de los cambios con el exterior. Pero no es menos cierto que todas las piezas van encajando en la escena internacional para la convocatoria de una Conferencia Financiera Mundial de las Naciones Unidas que, bajo el lema **Desarme para el Desarrollo**, afronte de una sola vez el problema de la deuda externa de los países en vías de desarrollo, la inestabilidad de los cambios derivada del desequilibrio exterior de Estados Unidos y la reducción de los gastos militares de las superpotencias para promover el desarrollo en paz de todo el mundo.





Una nueva etapa de CC.OO.

ANTONIO GUTIERREZ

Me parece muy sugerente escribir de una nueva etapa de CC.OO., pero al mismo tiempo, me suena a algo conocido, porque CC.OO. desde su origen ha sido una experiencia sindical innovadora, la innovación determinó hasta el propio nacimiento y desarrollo de las CC.OO. Como todo el mundo sabe CC.OO., a diferencia de los sindicatos históricos, no es producto preconcebido de partido obrero, ni siquiera de reflexiones previas de colectivos más o menos organizados: desde experiencias sindicales espontáneas, inconexas al principio, después más coordinadas y estables, se fueron perfilando las señas de identidad del sindicato, sus principios, el soporte teórico que hoy tiene, que anima la acción sindical de CC.OO.. Esto es lo que en definitiva ha ido configurando lo que denominamos sindicalismo de nuevo tipo, definición abstracta pero muy útil porque inspira a los hombres y mujeres de CC.OO. para innovar permanentemente e incorporar los nuevos elementos que deparen las relaciones de la nueva producción, los nuevos procesos tecnológicos, las nuevas características que puedan adquirir la propia clase obrera; en definitiva nos estimula a enriquecer nuestro propio proyecto estratégico sin que al hacerlo pensemos que se tambalea ningún cimiento sin que esto suponga luchar contra lastres consolidados en la concepción del sindicato. Formamos un sindicato que ha estado y está en permanente innovación.

Tiene también sus desventajas. Tal vez nosotros no hemos podido ofrecer un



proyecto organizativo de encuadramiento de los trabajadores como un sindicato similar al de otras centrales sindicales, podemos tender hacia un cierto anarquismo interno; pero incluso esto, según la traducción práctica que le demos puede ser y es una componente positiva, que dota a la práctica sindical de CC.OO. de mayor versatilidad que a otros sindicatos.

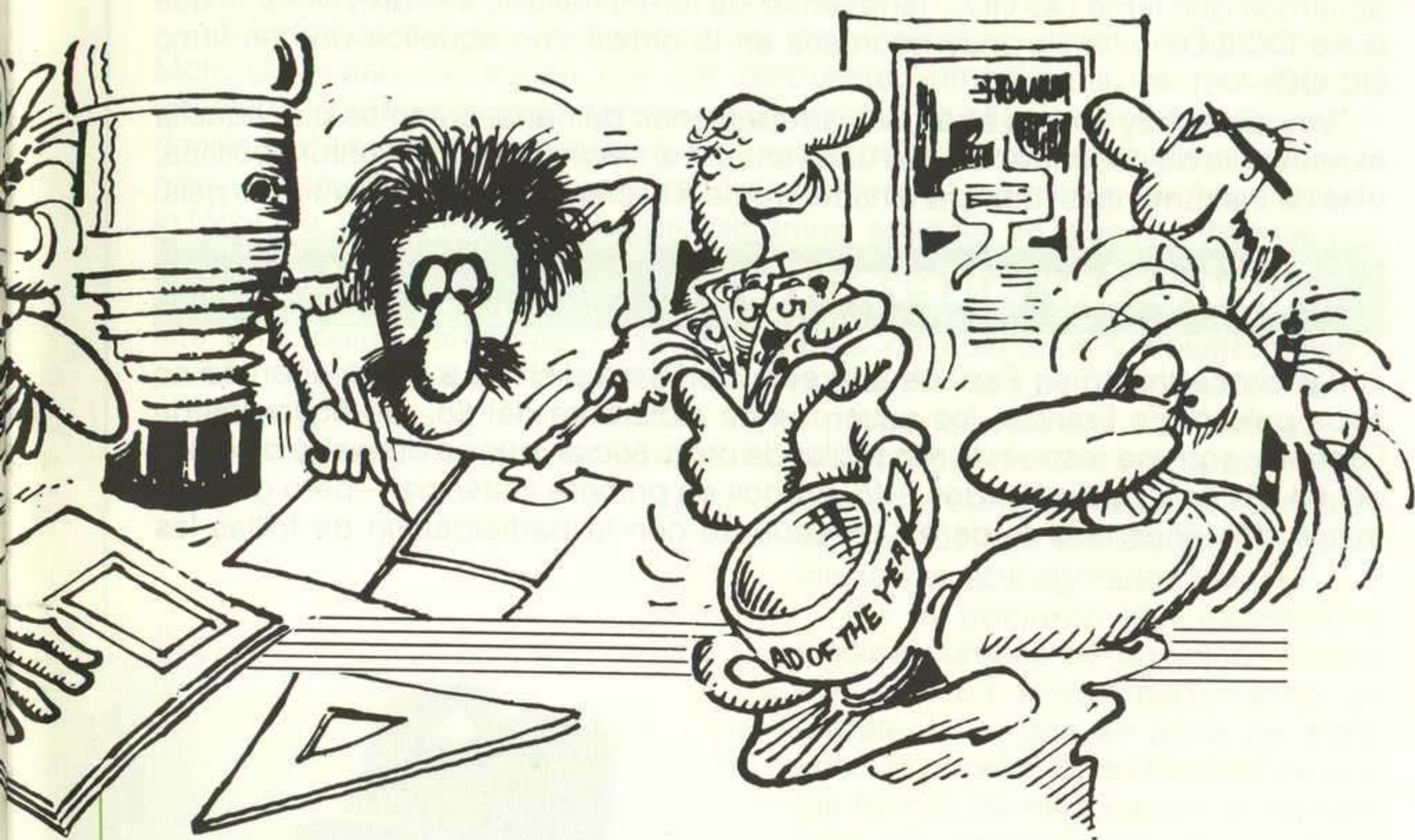
Después de la transición política

En el IVº Congreso Confederal, lo nuevo no ha sido precisamente lo que ha aparecido el último día del Congreso Confederal; hay todo un período previo de reflexión, de debate interno, lamentablemente ensombrecido para la opinión pública por otros acontecimientos de orden interno. CC.OO. ha conseguido consolidarse después de una etapa muy difícil en la que durante bastantes años ha sufrido todo tipo de dudas, de incertidumbres, que cuestionaban incluso su propio futuro. En el movimiento sindical, CC.OO., estuvo en primera línea en la lucha por la libertad y la democracia, y sin embargo, en la libertad, en la democracia, se ha cuestionado el futuro de CC.OO., desde el primer momento.

Incluso se ha cuestionado el futuro de CC.OO. a escala internacional. Por ejemplo, para vetar nuestro ingreso en la CES, uno de los argumentos que más se han utilizado ha sido precisamente ése: «era conveniente esperar, decían, dado que el modelo sindical de CC.OO. no acababa de cuajar, podía tener una evolución incierta, insegura, y que por lo tanto no se podía dar entrada en la

Confederación Europea de Sindicatos a algo que, en opinión de esas gentes, seguía siendo un magma fluido sin consolidar». Sin embargo, CC.OO. sin estar a la sombra —afortunadamente— de ningún poder político o económico, puede hoy presentarse claramente como un sindicato consolidado de primer orden, tan representativo como el que más (al margen de algunos datos oficiales que se han barajado para medir la representatividad). Precisamente por esto, porque podíamos ver nuestro futuro con más





confianza, quisimos hacer este Congreso desde la autocrítica. Confiamos en el futuro, discutimos libremente todas las deficiencias, errores, lagunas. Quien se instala en el triunfalismo de que «todo lo hicimos bien», esconde inseguridad; suele ser el triunfalismo la coartada de la inseguridad.

En primer lugar, hemos querido hacer una análisis de la transición desde el punto de vista sindical o, si se quiere decir más correctamente en el terreno social y económico más próximo al movimiento sindical.

Las transiciones, aún las más ejemplares — y la nuestra ha aparecido y se ha presentado como una transición ejemplar— dejan secuelas y vicios que conviene revisar, discutir y reflexionar a tiempo para superarlos. La transición permitió pasar de la dictadura a la libertad, a la democracia, sin producir enfrentamientos brutales entre los españoles; pero, aquel peculiar proceso en el que predominó más la política reformista que la de la ruptura, incluso que la de la ruptura pactada que propugnábamos desde el movimiento obrero, determinó, un proceso en el que quedó intacto el modelo de crecimiento económico y los poderes económicos. Se conseguieron cotas de libertad, contenidas en la propia Constitución, bastante avanzadas: sin embargo, en el terreno económico y social hemos estado sometidos a un permanente desnivel en el desarrollo de la democracia. De hecho, los sindicatos, también CC.OO., durante la primera etapa de la transición, actuaron más como fuerza que coadyuva a la consolidación de la democracia, que lo que entonces era por otra parte la preocupación fundamental, la estabilización de la democracia, que por los temas económicos y sociales. De todos modos hay que decir que fue CC.OO., quien aportó, tímidamente, las primeras iniciativas para hacer frente a una crisis estructural tan grave o más que la que ha vivido el resto del mundo capitalista. Pese a aquellas tímidas aportaciones tenemos que reconocer que nosotros mismos somos corresponsables en alguna medida de aquel pasar a segundo plano los problemas económicos y sociales en el desarrollo de la democracia en nuestro país.

Desde esa perspectiva, hemos analizado estos diez años de experiencia en la concertación, años de



acuerdos y de desacuerdos; lo hemos querido hacer sin olvidar aquellos acuerdos que firmó CC.OO.: tendíamos de forma natural, a sobrevalorar lo que firmó CC.OO., y a ser muy rigurosos en la crítica con aquellos que no firmó CC.OO.

Volviendo hoy la vista atrás, sin arrepentirnos de nada, creemos que aquella experiencia de concertación fué una variable al servicio de la coyuntura política, y no un instrumento eficaz para hacer frente a la crisis y al paro en nuestro país.

Concertar alternativas

La concertación en España aparece de forma distinta a como aparece en otros países. En Francia, los acuerdos de diciembre del 68, los Acuerdos de Grenelle, son una respuesta a la profunda crisis social, que se derivaba de Mayo del 68. En Italia, los acuerdos —frustrados en primera instancia— pero que terminan dos años más tarde en un acuerdo con la participación de todas las



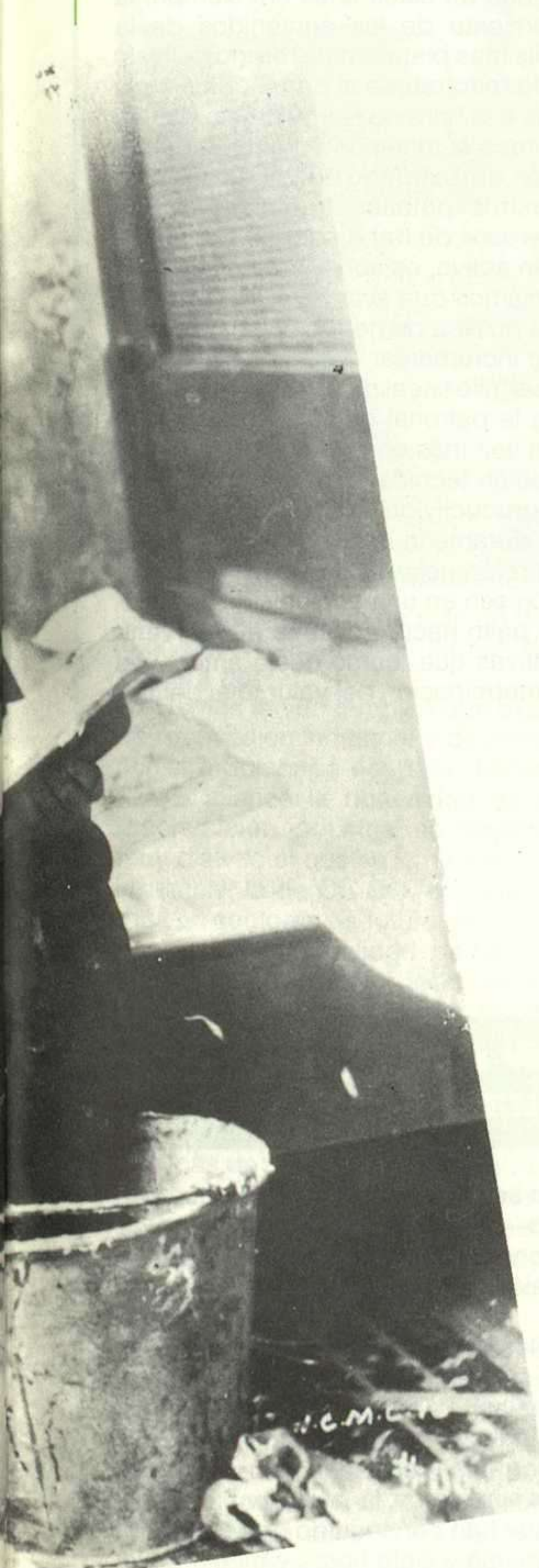
fuerzas sindicales del propio gobierno y de la patronal, surgen a raíz del otoño caliente del 69 y se empiezan a negociar en enero del 70.

En España no es así. En nuestro país, los primeros acuerdos, los Pactos de la Moncloa, están motivados por dar respuesta, inmediata a los movimientos desestabilizadores que se dan en aquél verano; en ellos participan, no ya fundamentalmente sino en exclusiva, las fuerzas políticas y quedan al margen de la mesa de negociación las fuerzas sociales. Nosotros asumimos los Acuerdos de la Moncloa, los defendimos, los proyectamos, además, en la acción sindical y en la negociación colectiva; pero no hicimos el suficiente hincapié en que los sindicatos tuviésemos el protagonismo necesario, siendo como íbamos a ser sus principales valedores y los encargados de aplicarlos y desarrollarlos. A partir de este análisis, nosotros hemos querido mirar y estudiar la experiencia nuestra y de esos otros países para proponer nuevas alternativas de negociación, superar el modelo que ha sido propio de una etapa política ya agotada, como es la de la transición, admitiendo que ese modelo de negociación estaba agotado también.

En el conjunto del movimiento sindical europeo se ha iniciado a partir del año 83 aproximadamente un debate en el que se pone de manifiesto la necesidad de cambiar no sólo las formas de negociación si no también las valoraciones de la propia crisis. Posiblemente el movimiento sindical en España y en Europa halla pecado de cierta resaca keynesiana creyendo que los efectos negativos de la crisis económica se podían contener a base de permutar los salarios y de modificar ligeramente las condiciones de trabajo, para así mantener el volumen de empleo. No nos dábamos cuenta de que precisamente lo que no estaba dispuesto a otorgar la otra parte, los poderes económicos, era justamente el empleo: el empleo era justamente lo que estaba en el centro del debate en esta situación de crisis. De ahí aquellas posiciones, que en algún momento hemos llegado a compartir, de que las reducciones de salarios podían ayudar a la creación de empleo en España (Acuerdo Nacional del Empleo). Como nosotros, el movimiento sindical europeo, en la Conferencia de Strasburgo de la Confederación Europea de Sindicatos de abril del 84, llega a una conclusión tajante: la reducción de los salarios, la pérdida del poder adquisitivo de los trabajadores en activo, no solamente no había supuesto la reducción de empleo, sino que, por el contrario, había llevado a expedientes de crisis generalizados en muchísimas empresas que dependiendo de la demanda interna se habían visto abocadas a situaciones de crisis y generando más paro.

De la negociación de concesiones se intenta pasar a un modelo de negociación en la que podamos confrontar y negociar alternativas ante la crisis. Esto es en síntesis lo que en materia de concertación hemos propuesto en el IVº Congreso.

Ha sido una de las propuestas más





debatidas pero que empezaban a estar aprobadas por la propia práctica aún antes de llegar al Congreso Confederado.

No hace ni un año todavía la concertación era el elemento de diferenciación y aún de confrontación entre los sindicatos, entre un sindicato que concierta y un sindicato que no concierta; sin embargo, con motivo de la última propuesta de Felipe González de establecer un pacto social a tres años, es la Unión General de Trabajadores la que entra en la vía de rechazar una concertación de esas características preconizando una negociación de aspectos más concretos que permitiera superar aquellas tendencias a declaraciones programáticas que con tanta profusión se utilizaban en todos los acuerdos, desde los Pactos de la Moncloa hasta el Acuerdo Nacional de Empleo, y ser más más efectivos: apretar más en definitiva en las cuestiones concretas que nos permitan ir superando los desequilibrios sociales generados en los últimos años.

Nosotros también consideramos que el movimiento sindical estaba limitando su poder contractual año tras año, a determinar el salario directo. La valoración de la negociación colectiva al finalizar cada uno de estos años era siempre la misma: una lamentación por el empobrecimiento de los contenidos de la negociación colectiva y la reiteración de amplísimas plataformas reivindicativas.

En resumen, por esa vía el sindicato podía retrotraerse al papel que ejercía hace muchos años: al de simple intermediario a la hora de fijar el precio de una mercancía —la fuerza del trabajo— y no de toda si tenemos en cuenta que la dispersión de la mano de obra, la disgregación del mercado de trabajo, elimina de nuestra área de influencia, y de nuestros ámbitos tradicionales de negociación a colectivos cada vez más numerosos de trabajadores. Limitarnos a fijar el salario directo de los trabajadores en activo, es sencillamente jugar el papel de hace cien años. Por el contrario, teníamos que avanzar y pasar de las lamentaciones a la elaboración de una nueva política de negociación colectiva que nos permitiera de verdad abrir brechas e incrementar el poder contractual de los sindicatos, que no viene sólo por el desarrollo lineal de plataformas reivindicativas muy amplias si no por disputarle a la patronal cotos vedados hasta ahora a los sindicatos pero que inciden cada vez más en la determinación del valor total del trabajo: las formas de la valoración técnica del trabajo, las innovaciones tecnológicas, los incrementos de la productividad, parcelas en las que casi nunca hemos intervenido los sindicatos durante la negociación colectiva; han quedado en el mayor de los casos como referencias literarias en las plataformas de negociación, pero sin que se tradujesen en una acción sindical concreta. Consideramos imprescindible dar un paso hacia adelante e intervenir con más decisión frente a las plusvalías relativas que, como decía antes, van adquiriendo un peso cada vez mayor en la determinación del valor total del trabajo.

Ampliar el poder contractual

También consideramos que el sindicato no sea sólo el intermediario que fija el precio de mercancía— la fuerza del trabajo— sino que decida o participe en la decisión al menos, de cómo y en qué condiciones y en qué cantidad se emplea la mano de obra, así como la interrelación entre distintas reivindicaciones.

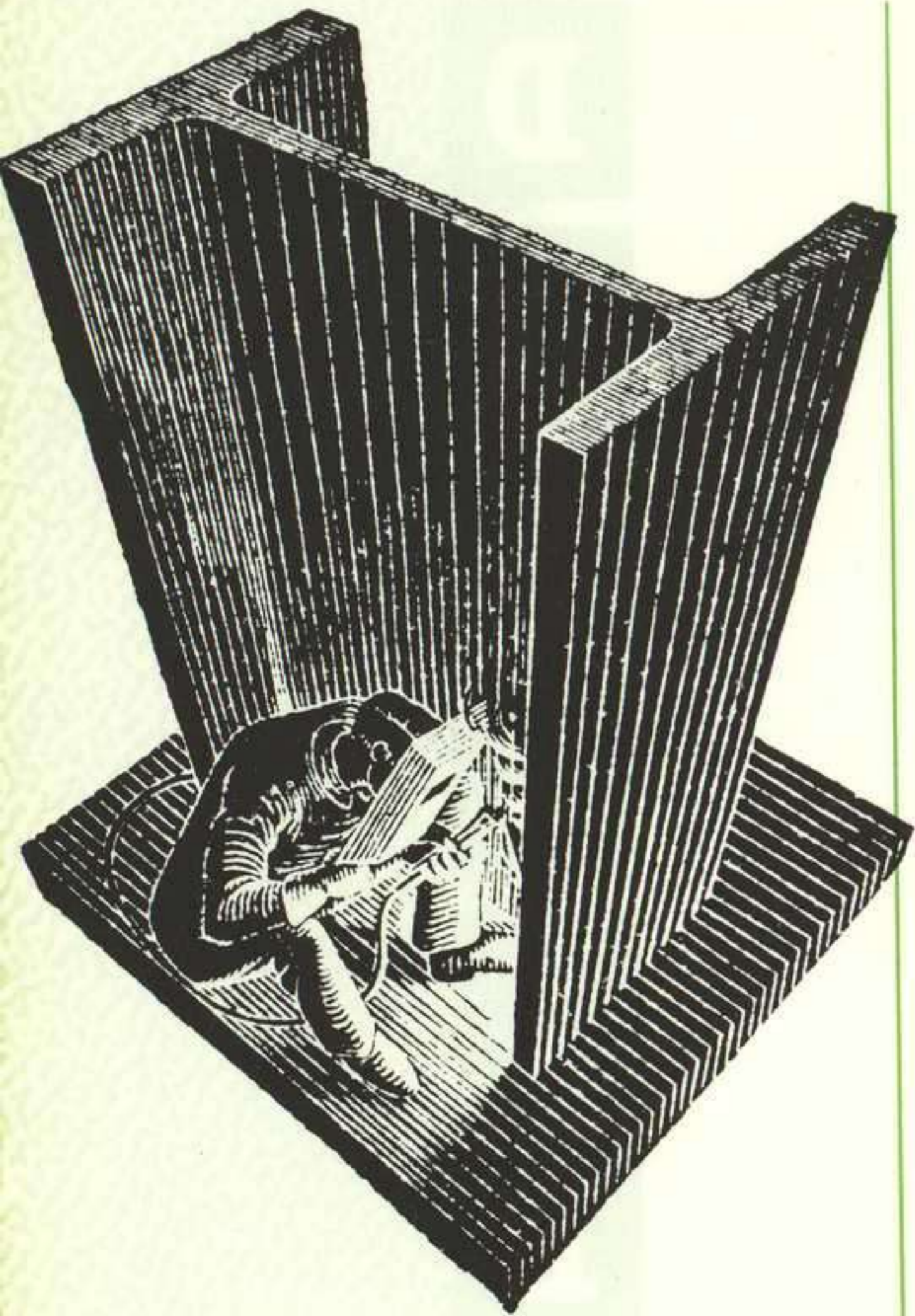
Propugnamos la reducción de la jornada. Nos hemos quedado en creer que, de forma automática, la reducción de jornada crea empleo; bueno, pues esto no es verdad: la práctica nos dice que esto no es así. La reducción de la jornada podrá crear empleo si al mismo tiempo el sindicato interviene en los nuevos procesos productivos y determinar, en qué forma se reparten los incrementos de la productividad. Las experiencias de otros sindicatos, la experiencia de los sindicatos alemanes del metal por ejemplo, que han conseguido crear cien mil puestos de trabajo a raíz de la reducción a treinta y siete horas y media de la



jornada semanal, no ha sido un proceso automático: el sindicato ha tenido que intervenir en las nuevas formas de organización del trabajo para que esto se pudiera dar.

Hemos tenido también que examinar nuestras posiciones ante los procesos de renovación industrial y de innovación tecnológica. CC.OO., antes de que el ministro Solchaga ocupara Ministerio antes de que hubiese un Gobierno del PSOE avanzó la necesidad de acometer un profundo y serio proceso de reconversión industrial en nuestro país. Evidentemente, nuestro enfoque era muy distinto al que se le ha dado después, la llamada política de reconversión industrial; la de CC.OO. era una renovación industrial que nos permitía invertir más en sectores de futuro, en sectores competitivos, aunque matizando que en nuestro país en realidad no hay ningún sector, ni de la industria ni de los servicios, que halla tocado techo en cuanto a inversiones: era un proceso que hubiera deparado la traslación de un trabajo a otro trabajo, aunque evidentemente no hubiese sido una acción simultánea en el tiempo, pero sí una perspectiva, más segura de reindustrialización que absorviera la mano de obra que quedara excedente en los procesos de reconversión. Lo cierto es que la forma en que se ha aplicado la política de reconversión en nuestro país, más próxima a las políticas de reestructuración salvaje de ajuste de plantillas que a la reconversión dicha, ha colocado el movimiento sindical en posición defensiva: esa posición defensiva ha sido justa, y necesaria en algún momento, pero a veces, aún con la mayor combatividad, y hemos desplegado una gran combatividad en estos años frente a los procesos de reconversión industrial, se puede estar a la defensiva.

El sindicato, aprendiendo de su propia experiencia, avanza la idea de que en los procesos de reconversión industrial no es posible quedarse en paliar al final los efectos negativos de los procesos de reconversión: la cantidad de inversiones que se necesitan para esos procesos, los recursos que se movilizan hacen muy difícil compensar totalmente los efectos negativos de la reconversión si solo se participa en la última etapa. Es decir, en los procesos de reconversión: no se trata de curar si no que hay que prevenir hay que participar desde las fases iniciales, incluso desde las fases del diseño, de los procesos de



innovación tecnológica; es uno de los retos más serios que tiene el movimiento sindical en España y en el mundo desarrollado. Para eso, es imprescindible que también el sindicato adecúe incluso sus propias formas de organización en la empresa, los comités de empresa y las secciones sindicales de empresa; ninguno de ellas, ninguna de las estructuras del sindicato o de los órganos representativos de los trabajadores en las empresas, aborda hasta ahora como área específica de trabajo, de primer orden, las innovaciones tecnológicas.

Hemos intentado, desde este IVº Congreso Confederado aportar algunas propuestas en este sentido. Empezar por la adecuación desde la fábrica del sindicato a los nuevos procesos de innovación tecnológica para permitir también al sindicato estar en mejores condiciones para abordar desde el principio la innovación tecnológica y disputar a las patronales su enfoque desde la fase inicial hasta la orientación final. En este sentido, creo que avanzamos respecto a la posición un tanto ingenua que se tenía en el IIIº Congreso Confederado en el que veíamos la innovación como algo bueno, necesario, positivo, para el desarrollo de la humanidad —cosa que no se discute—pero sin ver que depende de quién la use, con qué orientación, con qué objetivos para que algo que en el abstracto facilita el desarrollo de la humanidad se convierta de verdad en algo positivo o negativo.

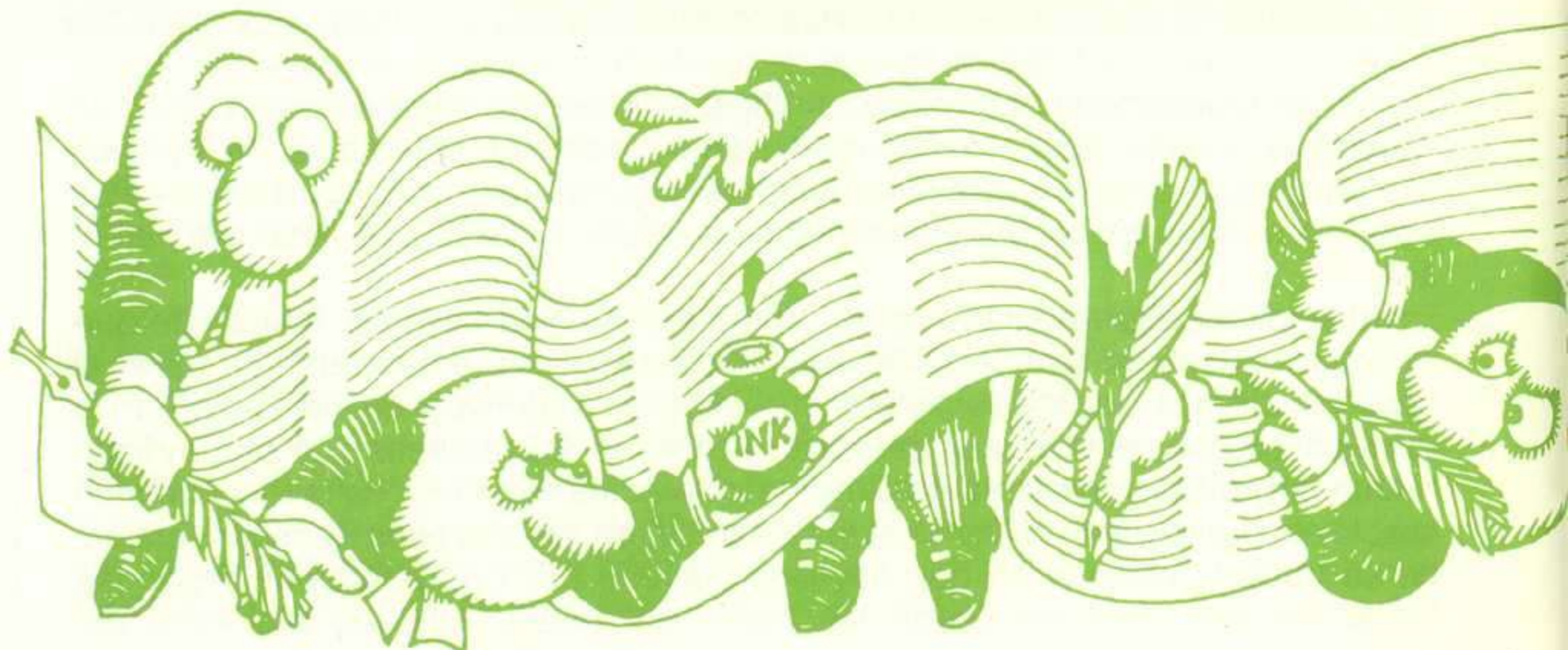
Para resumir diría que el sindicato además de hacer caracterizaciones globales de la crisis económica, analiza las vías de recomposición que está utilizando el capital y en función de ello buscar la estrategia sindical más adecuada: si hay de recomposición del capital constante al pasar del maquinismo a la robótica el sindicato está abligado a dar una respuesta; si estamos ante una profunda mutación del capital variable, si vemos cómo el empleo estable, el empleo fijo pasa a precariedad, y se generaliza la eventualidad el sindicato aborda nuevas políticas de negociación colectiva que hagan frente a ese proceso.

Sindicalismo y recomposición del capital

Pero nos falta un aspecto esencial: avanzar en la concepción del sindicato para adecuarlo a una clase trabajadora cada vez más diversa en su composición interna.

Nuevas categorías, técnicos, profesionales, cuadros juegan un papel decisivo en las empresas y determinan cada vez más los procesos de producción. Solamente si somos capaces de llegar a esas categorías, el sindicato podrá sobrevivir y proyectarse hacia el futuro. Hemos tenido siempre la tendencia a que aquellos fenómenos nuevos que no acabábamos de comprender tratábamos de darles soluciones organizativistas: al menos controlar lo que no se entiende, podría resumir una pauta de comportamiento tradicional en las organizaciones obreras.

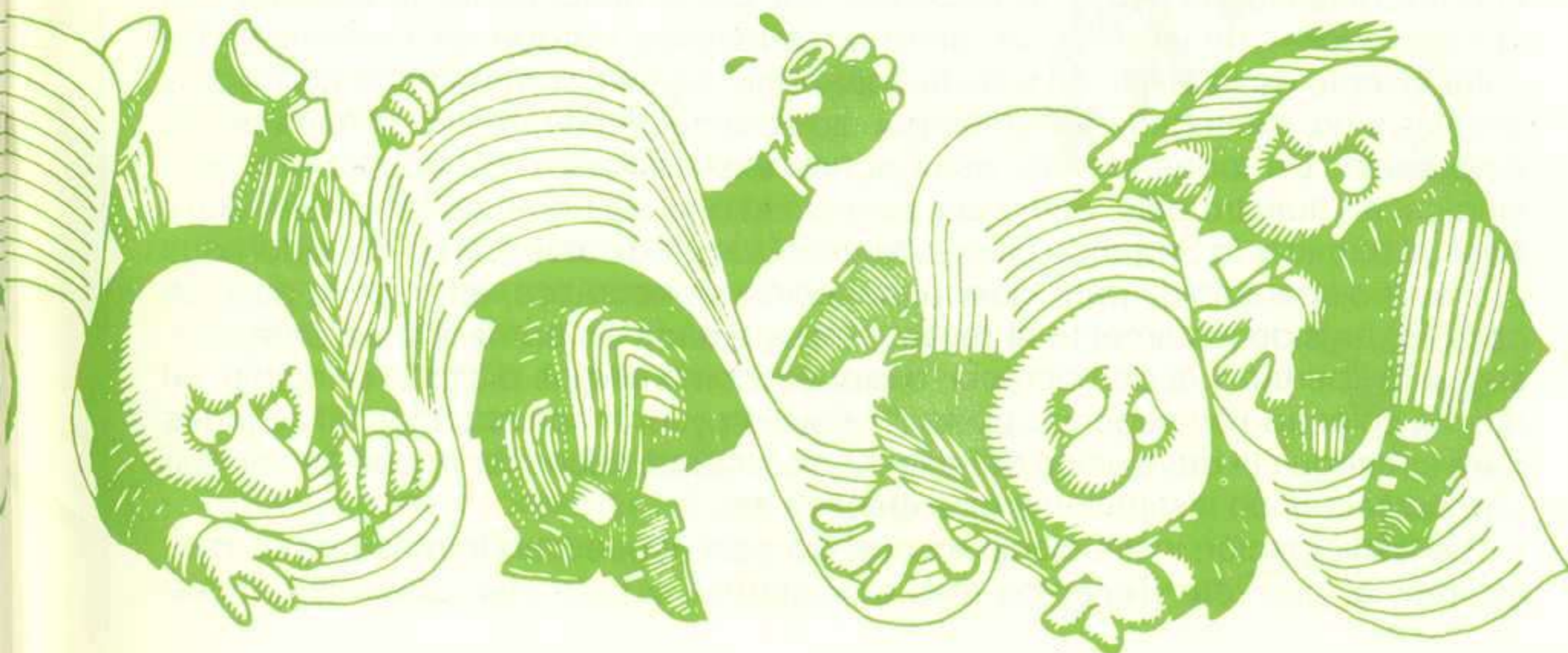
Pués bien, en el terreno de los técnicos, profesionales y cuadros, hemos estudiado las experiencias de otros países, muy diversas. Algunas son muy próximas, como las de Francia donde el sindicato se dota de formas organizativas propias hacia esos sectores, dentro del marco confederal pero con grandes dosis de autonomía. Nosotros, antes de dar una solución de este tipo hemos creído más útil, pero también un primer paso ineludible aportar una política



sindical capaz de demostrar la utilidad del sindicato a estos nuevos colectivos, para que las formas organizativas que se adpoten finalmente sean el resultado de lo anterior. No queremos empezar con formas organizativas muy bien diseñadas en el papel pero que al no contar con la política sindical adecuada, no resultan atractivas para estos nuevos colectivos de trabajadores; algo así le ha ocurrido a la UGT, que ha fracasado a los muy pocos meses de haberse puesto en marcha.

Que demos una gran importancia a los nuevos colectivos de profesionales y cuadros no quiere decir que nos olvidemos de otros sectores más tradicionales del movimiento obrero. En nuestro país, tenemos fundamentalmente concentrada la afiliación en los grandes centros fabriles y en el caso de CC.OO., más que en otros sindicatos. Sin embargo, tenemos bajas tasas de afiliación. Nuestra organización en esos grandes centros fabriles es todavía —pese a ser importante— insuficiente. Existe un riesgo de que surjan, involuntariamente, tendencias al neocorporativismo en esos grandes centros fabriles, que se recluyan en su propia vida sindical, dentro de las cuatro paredes de su empresa, desentendiéndose del resto. En este sentido, nosotros consideramos que es imprescindible fortalecer la organización del sindicato en las grandes empresas, pero no para recluirse en ellas, sino precisamente para tirar hacia afuera, para proyectar el sindicato hacia los nuevos colectivos, los nuevos sectores que todavía no se han incorporado al sindicato, o a los que el sindicato no ha sido capaz de llegar todavía. Para combatir eso, para combatir la tendencia al neocorporativismo hemos querido dar el primer paso en un viejo debate —ya viejo—, del movimiento sindical español. Un elemento fundamental de la confrontación entre UGT y CC.OO., entre nuestros respectivos modelos sindicales ha sido precisamente el sindicalismo en la empresa: UGT, durante todos estos años ha preconizado la prioridad de las secciones sindicales por encima de los órganos representativos fundamentales, los comités de empresa, argumentando que esa era la única forma de fortalecer a los sindicatos, de darles un mayor protagonismo de potenciar la afiliación; nosotros por el contrario hemos hecho incapié en subrayar el papel fundamental de los comités de empresa, su capacidad de negociación en exclusiva en las empresas. Pues bien, después de estos diez años, yo creo que es posible encontrar un punto de encuentro y hacia él ha querido caminar CC.OO.. Entiendo que después de cuatro procesos electorales, de una confrontación y una división sindical que en nuestro país ha tenido rasgos más duros que en la mayoría de los países europeos era imprescindible dar por zanjada también desde el punto de vista sindical la propia transición; nosotros hemos puesto la primera piedra.

Consideramos que la Unión General de Trabajadores, debía entender definitivamente que el protagonismo sindical en nuestro país no puede lograrse a costa de eludir la participación de los trabajadores, en las decisiones que les afectan; el fortalecimiento de los sindicatos no puede construirse sólo a base de la división. Nosotros consideramos que la unidad en los órganos representativos y participación en la vida sindical deben ser compatibles con el fortalecimiento de los sindicatos, de sus secciones sindicales, que pueden y deben dotarse de mayores funciones, incluso equiparables en muchos casos a las del propio comité de empresa. A partir de ahí, creemos, podrían ir superándose no solo la diferencia entre el movimiento sindical, si no prevenir esas tendencias neocorporativas que se dan en las grandes empresas. Tenemos otros sectores hacia los que el sindicato necesita expandirse, y tal vez con más urgencia que hacia



los otros que he mencionado anteriormente. En nuestro país el sector terciario ha adquirido un peso no sólo cualitativo, sino cuantitativo: ha pasado a ser el sector mayoritario dentro de la población activa, sector que a su vez es el más perjudicado por la precarización del empleo; es decir, es el sector que más necesita de la cobertura sindical y de la solidaridad de clase que más necesita en definitiva de la solidaridad de clase.

Expandirnos hacia ese sector exige también avances, si no cambios, en toda la estructura organizativa del sindicato. Hemos tenido grandes discusiones en CC.OO entre los partidarios del desarrollo de la estructura vertical de rama y los de la estructura territorial. Pues bien, en la expansión del sindicato hacia esos sectores, creo que puede encontrar un terreno de confluencia entre estructuras: precisamente si buscamos la expansión hacia esas pequeñas empresas del sector servicios a las que no llegaremos solo confederaciones de servicios o de industria siendo éstas muy importante y tampoco podemos llegar solo por organizaciones de tipo horizontal, territorial, que atienden temas y problemas de carácter más general del ámbito donde están ubicados.



82

Afiliarse al sindicato no es definirse políticamente



Para terminar, señalaré que los sindicatos en nuestro país, cuenta con una muy baja tasa de afiliación. Hay gran disparidad en los estudios y apreciaciones que se hacen: hay quien nos da el 10% ó el 12% de afiliación y hay quien nos da hasta el 25%. Esa misma disparidad es todo un dato, porque implica no que los sindicatos adolezcamos de un gran oscurantismo a la hora de dar nuestros datos de afiliación y que tengamos un interés perverso en ocultar la cuota afiliada real, si no que viene a demostrar que en nuestro país la democracia en el terreno de las relaciones laborales está todavía por desarrollarse. Tiene todavía enorme dificultades. Hoy no podemos dar datos absolutamente exactos —sí aproximados— de la afiliación; entre otras razones porque los mecanismo de sostenimiento de la afiliación y de la cotización siguen dependiendo de medios propios y no de la generalización por ejemplo del descuento en nómina de las empresas. De todas formas, aunque hay explicaciones de la baja afiliación sindical en nuestro país, como por ejemplo el que así como en los países europeos al terminar la Segunda Guerra Mundial los sindicatos fueron considerados piezas indispensables para la reconstrucción democrática, en nuestro país, en cambio, ha sido justamente al revés: hemos estado en primera línea para conseguir la libertad y la democracia, después, como hemos dicho al principio, se nos ha colocado en segundo plano. Todavía hoy tenemos enormes dificultades para conseguir la devolución del patrimonio sindical acumulado, para conseguir una participación institucional más efectiva etc.

La participación institucional en nuestro país, sigue siendo más formal, mas testimonial que real. Tenemos más dificultades, y todo ello, unido al agrava-

miento de la crisis económica, ha afectado fundamentalmente a la base de la que se nutren los sindicatos.

Sin embargo ha llegado el momento en que los sindicatos dejemos de justificarnos con esas condiciones por muy objetivas que estas sean: no podemos seguir eludiendo el reto de incrementar la afiliación. Somos sindicatos representativos con un índice de participación en las elecciones sindicales que superan el 80%, tenemos una capacidad de convocatoria social que nadie discute, equiparable o en muchos casos superior a la que se da en otros sindicatos europeos; pero seguimos teniendo una debilidad organizativa importante. Claro que en esta etapa, nosotros no podemos pensar que se superan esas deficiencias con campañas exclusivamente propagandísticas presentando al sindicato como un producto perfectamente acabado que se vende en el mercado sindical; no podemos tampoco pensar en la oferta de servicios muy atractivos, como los que se podrían utilizar en una época de desarrollismo en la que los Estados derivaban hacia los sindicatos la gestión de áreas de la vida social importantes, útiles para el conjunto de los trabajadores.

Hoy el reto de la afiliación lo planteamos así: es una expresión de la lucha de clases. Cuando hablamos de la ofensiva ideológica de la derecha, con la ayuda de algunos conversos que decían ser de izquierdas y que se han liberado del conservadurismo de izquierdas para caer en el de derechas, cuando hablamos de esa ofensiva ideológica contra los sindicatos, en bastantes ocasiones nos quedamos simplemente en un diagnóstico abstracto. Pero en la práctica la ofensiva ideológica de la derecha se materializa en todo lo que hemos dicho anteriormente: dispersión del mercado de trabajo, precarización del empleo, limitación del poder contractual de los sindicatos, etc. Por lo tanto será con la puesta en marcha de los contenidos sindicales discutidos aquí expuestos con lo que podremos ir consiguiendo que los trabajadores vean la utilidad de estar afiliados. Hay más cosas también: nosotros no podemos aspirar de momento a servicios otorgados por el Estado, por el contrario el área de servicios que podamos ofrecer a los afiliados será fruto de una fuerte lucha; ya no serán los servicios de los sindicatos un sustituto de la acción reivindicativa; serán, en todo caso, un complemento, una proyección a otro campo de la propia acción reivindicativa de los sindicatos.

Pero también es imprescindible avanzar en algo que CC.OO. ha sido pionera, en superar viejos esquemas que polarizaban ideológicamente a los trabajadores y a los sindicatos hace cincuenta años, que curiosamente tratan de reproducir en la actualidad los que más hablan, usan y abusan de términos como el de la modernidad; el binomio sindicato comunista/ sindicato socialista, reiterado hasta la saciedad en estos días, viene de alguna forma a reproducir aquéllos de sindicato anarquista, sindicato socialista. Pero CC.OO. también lo decía al principio, no es el producto de ningún partido. Otra cosa es que militantes fundamentalmente comunistas hayamos desarrollado, y consolidado, esta gran Confederación Sindical de Comisiones Obreras; pero CC.OO., por su propio origen, por su propio carácter supera esas divisiones ideológicas, u otras, de los trabajadores. Respetando la diversidad ideológica de nuestra clase fuimos capaces de construir una expresión sindical unitaria, hoy es imprescindible dar un paso más: estar afiliado a un sindicato no comporta compromiso político ideológico ninguno. Proclamarlo, practicarlo, es indispensable para superar los márgenes estrechos de afiliación que tenemos en los sindicatos.

Otra cuestión es que subrayemos, y cada día más, nuestra perspectiva transformadora, nuestra perspectiva de clase, nuestros rasgos de sindicato socio-político que no se queda reducido simplemente a lo reivindicativo: se puede ser un sindicato reivindicativo y no por ello dejar de ser un sindicato reformista; no se trata de esto. Tendremos, insisto, que aspirar incluso a ampliar nuestro horizonte en el terreno social y político, a profundizar más en nuestra perspectiva de clase, pero dejando bien claro que no hay limitación a la libertad individual de nadie, de ningún trabajador, por el hecho de afiliarse a un sindicato, si no que por el contrario, es precisamente en los sindicatos donde esa libertad individual puede expresarse, puede verse enriquecida, puede verse incrementada, con las aportaciones de todos.



Mostrando Carretera